

XXI

siglo  
veintiuno  
argentina  
editores  
sa

DE VIDA O MUERTE se integra con las nueve narraciones que más recientemente ha escrito Martínez Moreno. A tenor del título del volumen —que no es el de ninguno de los relatos— esas narraciones refieren historias de amor y de vida (*Adriana en el Adriático* y *El tren, la mujer, el hombre*) o de amor y de muerte (*Biografía, La puerta*) cuando no historias de infancia en su dimensión real (*Para matar a Gabriel*) u onírica (*El hijo pródigo*). Tres de ellas, que no llegan sin embargo a separarse abiertamente de las demás (*Lo reconozco, Miraballes, Ni siquiera Antígona* y *El caballito gris*) se inspiran en este tiempo presente uruguayo de crisis, de angustia y también de esperanza. Las nueve ilustran por igual la actual manera del escritor en su madurez. Y acaso sea éste, de los nueve libros que —aparte de antologías— lleva publicados hasta hoy el autor, el que mejor ofrezca, en su vastedad y riqueza, toda la gama de los registros de la narrativa de Martínez Moreno; una narrativa compleja como pocas pero dotada ahora de una cifra de diáfana expresiva que la acerca muy comunicativamente al lector.

De vida o muerte  
Carlos Martínez Moreno

MARMOR

V

# De vida o muerte

## Carlos Martínez Moreno

XXI

siglo  
veintiuno  
argentina  
editores  
sa

**LA CREACION  
LITERARIA**

**Fernando Alegría**

Los días contados

**Homero Aridjis**

Ajedrez. Navegaciones

**Miguel Angel Asturias**

El espejo de Lida Sal

**Mario Benedetti**

La muerte y otras  
sorpresas

**Jorge Luis Borges**

Nueva antología personal

**Julieta Campos**

Celina o los gatos

**Luis Cardoza y Aragón**

Dibujos de ciego

**J. E. Clemente**

Historia de la soledad

**Julio Cortázar**

La vuelta al día en  
ochenta mundos.

Ultimo round

**Fernando del Paso**

José Trigo

**Carlos Fuentes**

Zona sagrada

**Juan García Ponce**

La aparición de lo  
invisible

1/72

rac

306.00

la creación  
literaria

3769  
Moreno

# DE VIDA O MUERTE

*por*

CARLOS MARTINEZ MORENO



siglo  
veintiuno  
argentina  
editores  
sa

*siglo veintiuno argentina editores, sa*

 TACUARÍ 1271  
BUENOS AIRES, ARGENTINA

*siglo veintiuno editores, sa*

 GABRIEL MANCERA, 65  
MÉXICO 12, D. F.

*siglo veintiuno de españa editores, sa*

 EMILIO RUBÍN, 7  
MADRID-16, ESPAÑA

Primera edición, 1971.

© SIGLO XXI ARGENTINA EDITORES S. A.

Viamonte 1536, piso 1º — Buenos Aires

Hecho el depósito que marca la ley

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

## INDICE

Adriana en el Adriático	9
Biografía	25
Lo reconozco, Miraballes	37
Para matar a Gabriel	49
El hijo pródigo	63
La puerta	85
Ni siquiera Antígona	99
El tren, la mujer, el hombre	115
El caballito gris	133

Don Guido piensa que han pasado tantos años que ya puedo escribirlo. Hace más de cuarenta que él vino al país, se casó aquí dos veces y del segundo matrimonio tiene una hija que adora y a quien puso, precisamente, el nombre de Adriana. Su segunda mujer (no hablemos muy fuerte, ella anda siempre acomodando ropas en la habitación vecina, entra y sale silenciosamente, vela sobre uno sin que se le sienta), cree que es un hombre de familia, traído de Italia, y no averigua. La familia, por lo demás, existió al sur de Italia, en Potenza. Los años del fascismo se interpusieron entre Guido y sus hermanos, alguno de ellos aceptó cargos del régimen y no han vuelto a escribirse. Ni sabe concretamente cuáles viven. Y son años...

Los años de Mussolini, faccia di cane, muso di cane. Guido llegó a verlo alguna vez en el norte de Italia, tal vez en Milano, ¿o simplemente lo cree? No, piensa que llegó a verlo, el Mussolini joven que se había hecho pasar por socialista y había traicionado a los socialistas. Son esas fotos del Mussolini de grandes ojos ojerosos y abiertos y sombrero de fieltro; Mussolini con Borsalino, tan distintas a las fotos imperiales del Duce; un hombre con la marca de la obstinación en el rostro —¿lo entiendo?, claro que no es un elogio, jamás los haría de él, nunca un elogio, simplemente una comprobación— pero todavía con los aires del pequeño agitador y periodista sindical de provincia, aunque estuviera en Milano. Después creció y creció y fue un error no detenerlo, no resistirlo *consistentemente* —Don Guido se incorpora a medias para acompañar el adverbio con un puño que emerja de las sábanas— cuando aún era tiempo. Ahora ya pasó, ¡pero el mal que hizo! Y cuando él vio en la prensa la foto del cadáver yaciendo en la plaza de la República, también

en Milano, el cadáver puesto allí para el escupitajo, sintió cualquier cosa menos la satisfacción de la venganza. ¿Le creo? Era toda su vida desde la juventud y desde Adriana —y bueno... Adriana (horror) era en cierto modo ya él y las persecuciones y los asedios y las purgas— era toda su venida a este país y las dos familias que ha tenido aquí, y todo eso estaba ahora allí para que cualquiera lo escupiese. *Povera Italia*, exclamó, y era el único compadecimiento verdadero. Que yo le perdonase que hubiera dicho que Adriana era él. Adriana era lo único grande que le había llegado gracias a él, una espléndida compensación de la adversidad... ¿No creía ya que esa era tal vez la causa que impedía su odio? *Non era ancora vecchio*, podría odiar perfectamente, podría haber odiado al cadáver con los años del siglo, que entonces eran sólo cuarenta y cinco. ¿Le creía yo?...

Me lo ha contado varias veces, aunque nunca con tanto detalle como hoy, ¿por qué tomo apuntes? Bueno, tal vez ya no tenga ocasión de contármelo más, y la mano que había salido a afirmar *consistentemente* toma ahora la vuelta de la sábana superior y la tira hacia el borde del tórax... Si ella entra, ¡pero de todos modos es verano!

Bueno, el Maestro había tenido que refugiarse. Se decía que lo buscaban para matarlo, Matteotti ya había aparecido en un bosque, no lejos de Roma... La historia era ésta: no había que dar una facilidad, un pretexto: había que custodiarse para vivir. Después, ya ni siquiera fue posible.

La Policía Secreta sabía muy bien dónde estaba el Maestro, figúrese. Pero había que crearle dificultades. Dificultades que un día habrían cedido, si el Maestro no se hubiera expatriado... Ya se sabe de qué le valieron tantas precauciones a Trotsky, y eso que estaba en México... Alguien le prestó un castillo junto al Adriático y el Maestro, ignorando que el mundo hervía hasta los bordes del castillo, decidió no ser un prisionero sino un intelectual *in villeggiatura*. Escribía y pensaba, de la mañana a la noche. Sí, él ya lo sabe, se piensa siempre, el pen-

samiento jamás se detiene. Lo que él quiere decir es que el Maestro pensaba con vistas a sus libros, a la política de Italia, al mundo entero de esos años inciertos. Él lo veía en sus paseos matinales, su porte tan cuidado, su aire sufrido y noble. Ah, sobre todo noble. Si piensa en el Maestro, veamos su cara en la contratapa de este libro, lo que en seguida salta a la cabeza es la idea de *nobiltà*, de nobleza... Más que la de inteligencia, aunque tal vez fuera un genio.

El Maestro se confinó en el castillo junto al Adriático y hubo que formarle una especie de guardia de corps... Ahora diríamos guardaespaldas, y eso da la idea de pistoleros pagos. Pero ellos no eran pistoleros ni cobraban sueldo. Eran gente joven e idealista, dispuesta a morir cuando el castillo fuera asaltado por los fascistas: eran *partigiani*, reclutados según principios que se suponían honoríficos: los mejores, los más leales, los más abnegados...

Guido tenía veinte años y lo habían traído desde el sur. Tal vez se había buscado que la guardia no fuera toda del Veneto o toda toscana, o toda de un sitio dado, para que resultase así más segura... porque había jóvenes, recuerda ahora, de todas partes de Italia... y él era el único de Potenza.

Lo ve pasear aún algunas veces por el patio del castillo. Sí, hay noches en que sueña con Adriana, claro está, noches en que Adriana le habla en su sueño, en que su hermosa cara aparece intacta, al detalle increíble, tal como era... pero hay otras noches en que nadie le habla, en que nadie se dirige a él y es la imagen ensimismada del Maestro la que pasa por el patio principal del castillo y saluda apenas con la cabeza, distraídamente. No dice nada y lo dice todo, en su distracción no hay menosprecio, es algo así como un señorío negligente y abatido, sí, sobre todo abatido, como un hermoso parque en el cual el abandono hiciera crecer la hierba... Ha alzado la voz pero estas cosas no importa que ella las oiga, no podría entenderlas, ella tan pegadita a la tierra de todos los días, tan buena, tan... Oh, es la imagen pen-

sativa del que camina la que lo obsede: en el sueño, a veces, ocurre como si él —no Don Guido, sí el Guido de veinte años— quisiera decirle algo, interceptarlo, plantearle su cuestión de conciencia. Pero la figura pensativa sonríe, como si ya supiese lo que son los graves escrúpulos de un muchacho, sonríe y pasa. No hay diálogo, nunca lo hubo con el Maestro, un giovanotto de su edad tenía que conformarse con admirarlo, con verlo pasar a distancia, con no interrumpir las cavilaciones y los silencios que podían estar llenos de Destino, así creyese tener algún título escabroso que lo autorizase a abrir una conversación privada, soltando cinco minuti, un piccolo colloquio. Nada, la figura pasa y seguirá pasando, ¿por cuánto tiempo?, las manos venosas al borde de la sábana predican que ya no será por mucho.

Tenía veinte años pero parecía aun más niño, con un cabello oscuro corto ensortijado que le caía en cerquillo sobre el rostro entre griego y sarraceno, non la faccia bruta di questo vecchio, pero no, se insulta por puro miedo a la vejez y a la corrupción de la vejez, hay que reírse y uno podría decirle que la suya es todavía una hermosa cabeza, pero ese todavía, pero ese elogio circunscrito a la cabeza le haría aun peor que el denuesto. Tenía algo del muchachito pastor de cabras, un aire fragante de campiña meridional, una tez cobriza o tostada y una risa fácil de grandes dientes, que seguramente contrastaba con la tez pálida, con la boca crispada y enjuta, con la sonrisa agria y lineal de la gente del norte. Vaya a saber... Lo cierto es que Adriana lo eligió. No puede engañarse: Adriana lo eligió. No sabe, no recuerda si él era propiamente virgen, propiamente un efebo, no sabe, no sabe... o tal vez sabe, sí, pero ¿qué vergüenza podría tener un viejo en decirlo ahora?, oh, no puede estar pensando en el rubor de un adolescente difunto, de un muchacho que sólo existe cuando Adriana lo besa en el sueño, cuando el Maestro lo saluda con un simple movimiento de sus blancas cejas preocupadas en el sueño. Qué importa, en todo caso: alguna experiencia con una contadina, si la hubo antes que Adriana, ¿quién la cuenta? No, esto es lo cier-

to: él prefiere creer que Adriana fue absolutamente la primera, que Adriana le enseñó a nadar (o a mejorar su natación rudimentaria, porque mal que bien nadaba en los ríos del paese desde niño), que Adriana le besó por primera vez los labios, algo que una madre del campo jamás habría hecho... Es absurdo, ¿no?, un joven que creía tener ya ideas socialistas y que estaba dispuesto a jugarse la vida contra el fascismo y que todavía no había conocido a una mujer... ¡Qué chasco habría sido, lo dice sin malicia, morirse entonces! La vita è bella, ahora lo sabe, después lo ha sabido, pero nada fue tan hermoso y, ¿cómo decirlo?, tan majestuoso y ritual como fue con Adriana, hay oberturas más famosas que las óperas, éste es su caso, y la franca risa del pastor de cabras reaparece ahora, fulge sobre los blancos de la cama, arriesga atraer a la hormiguita de la casa.

La primera vez que la vio fue un deslumbramiento, pero la hija del Maestro debía estar tan distante, ser tan inalcanzable como el Maestro mismo... Sí, debía ser, debía ser y las primeras veces fue: muy blanca de origen, pero con la piel ligeramente atezada por las intemperies solares del castillo y unos rasgados y enormes ojos verdes y una cabellera negra y unas cejas negras para asordinar —¿o para acentuar?— el brillo marino, el brillo adriático de los ojos de Adriana. El brillo adriático de los ojos de Ariadna, porque ella después le hizo ver que su nombre y el de Ariadna se escribían con las mismas letras y podían mudarse uno en el otro, y a veces su capricho fue que él la llamara Ariadna y se sintiese por dentro como un toro, en el mito que ella le contaba, al lado de la poza del Adriático Ariadna... Porque la primera y la segunda vez ella pasó al lado de él sin mirarlo siquiera y él ya pudo sentir que la presencia de la única mujer viva en aquel castillo, que la presencia de Adriana en aquel encierro era algo misterioso, ¿una bendición, una maldición?, no se sabía, una sed a lo mejor sin agua, un aliciente para vivir entre aquellos muros pétreos grises poliédricos, aquel paisaje árido, arrasado que todavía hoy se le aparece en los sueños pero que ya en-

tonces tenía algo como impalpable de ensoñación... ¿He visto los cuadros de un pintor moderno de Italia, jamás recuerda los nombres actuales, un pintor que pinta un gran patio abierto de damero y unas columnatas al fondo y un caballo de larga crin y larga cola en libertad sobre las losas que van cerrándose en una perspectiva fugada hacia las columnatas?... ¿Chirico?... Ah, no, no recuerda el nombre, o tal vez no lo supo nunca. Seguramente ése... Bueno: así se le aparece a menudo el patio principal del castillo en los sueños, con algo irreal y lleno como de un cauteloso orden mágico, algo cuajado y en suspenso donde va a pasar algo disparatado y todo el escenario está pronto para que ocurra. ¿Qué cosa más disparatada que comparar a Adriana con un caballo de larga cola o a sí mismo con un toro?... Bueno, lo que en el sueño ocurre es que Adriana viene desnuda por ese patio, desnuda y hermosa y siempre igual a como llegó a verla al borde de la poza pero nunca en el patio, en ese patio donde siempre estaban los otros, los del norte, los tristes, casi tan silenciosos como el Maestro, que se animaban de pronto como gallinas que se revuelven hasta acomodarse en el dormitorio y callan, o como pajaracos, sí, le daban esa impresión de pajaracos que dan en la *commedia dell'arte*, casi hoy diría que los ve vestidos a panes, a franjas, a rombos, aunque jamás sueña con ellos, aunque han tenido el buen gusto de desaparecerse en los sueños... Y ella no lo vio la primera vez ni la segunda, pero un día — sencillamente, como si fuera la proposición de un paseo rutinario — lo convidó a bañarse en la poza. Y él nunca había visto la poza ni oído hablar de ella, no sabía los caminos estrechos y curvos, las escaleras angostitas de piedra húmeda y resbaladiza que Adriana le enseñó, era como si de pronto se pusiera a descubrir los nervios o las tripas o las caries secretas del castillo, algo receloso y hasta desagradable en sí, pero fascinante, sobre todo porque Adriana siempre iba un paso antes — aquí sí me gustaría llamarle Ariadna, pero él no lo hace, tiene, ha vuelto a tener veinte años, no inventa efectos, no adorna sus recuerdos, solamente ase-

gura el pie para no resbalar, porque si se cayera de traste ella se pondría a reír y él no tenía aún con ella confianza suficiente como para afrontar el ridículo y sobrevivir al ridículo — y el reflejo vivo oscuro de su cabellera de mujer marcaba el camino. Había altos ventanillos finitos como tajos que echaban una luz turbia sobre esa bandera de pelo que relampagueaba a trechos y él ha olvidado el traje pero en la fantasía le parece una túnica griega, algo flotante y grave y pesado, a pliegues geométricos a la vez y según el paso, no sabe cómo definirlo, los ojos verdes rasgados indagando el camino, invisibles para la escolta que él le hacía, él se guía sólo por la cabellera, ni siquiera por el toque de luz en los hombros. Y Adriana habla muy poco y alguna rara vez se vuelve y sonríe perturbadoramente a su miedo de pastor de cabras por los meandros del castillo, a su torpeza hecha tan sólo a saltar apriscos, no a bajar las gradas mohosas de la piedra y los siglos; sonríe, él ve sus ojos, casi no le habla. Y finalmente llegan y hay una puertecita de oxidados duros chirriantes pesados cerrojos y ella parece tocarlos tan sólo con la punta de los dedos y abre. Sésamo, Ariadna, todos los conjuros, ella abre y una luz espumosa y acuchillada de reflejos y verde y rumorosa y revuelta inunda los últimos escalones del trayecto. Ah, cómo le gustaría poder describirmelo bien... pero si su verba (no digo napolitana) es maravillosa... no, no, aquello precisaría otras palabras: Adriana de pie y un rellano como un umbral apenas más ancho que todos los umbrales y al pie el agua del Adriático y la poza o la hoya que es como una piscina apenas irregular... y mirando hacia arriba otra forma de vértigo, un muro impenetrable y ciego, invulnerable, el muro que guarda al Maestro, a pico sobre el Mar Adriático. ¿Cuántos metros? Si se atuviera a su impresión, diría que más de un centenar de metros... pero no sabe, no puede decirlo: una eternidad de piedra ciega que les guarda la espalda. La luz golpea en la piedra, como una cresta de gallo en lo alto, pero allí abajo hay sólo una luminosa tiniebla marina, como adentro de un enorme botellón ver-

de, una luz recogida y ubicua, viene de todos lados, no lastima, no muerde, entibia apenas la apariencia fantasmal de los cuerpos, por más que sean seguramente las doce del día, il proprio mezzogiorno en verano, qué disparate. Y esto tengo que creérselo o salir a decir ahora mismo que todos los viejos corrompen primero su cabeza y mueren por eso. Esto tengo que creérselo: Adriana comienza a despojarse de su ropa —el Guido de veinte años no se anima a decir aún, a pensar aún desnudarse— para echarse a la poza a nadar; se vuelve hacia él, con la mayor naturalidad del mundo, proponiendo con los ojos Haz-otro-tanto, Desnúdate-tú-también, nada de esto lo dice, ¿comprendo?, es tan sólo un mandato que está en sus ojos y que el pequeño pastor meridional obedece. Desnúdate, Arrójate conmigo, lo haría aunque no supiese nadar pero algo sabe. El agua de la poza es helada y ella lo celebra nadando, viniendo hacia él en el agua, enroscándose fugitivamente a su cuerpo con su cuerpo desnudo, descendiéndose cuando todavía el frío del agua y el pasmo de la sorpresa pueden más que sus piernas, que el garabato de sus brazos, que sus muslos maravillosos y Guido comienza a dominar su estupor y su frío pero aún se abstiene de abrazarla, no puede asirse a una situación tan irreal, el Maestro allá arriba, meditando en Italia, caminando en los patios, ¿podría imaginárselo?, no, no lo piensa, esas cosas se piensan después, cuando esa noche no se duerme en el camaastro de soldadito, esas cosas pinchan y saltan después... No, no lo pensó entonces, sólo sintió que debía dejarla ir hasta donde ella quisiera, pero ella pareció simplemente conformarse con divertirse, con levantar espuma en su boca húmeda, espléndida, carnosa, un chorro de agua como en las ilustraciones de las ballenas, pero no hay ballenas en el Adriático y tal agua maravillosa era del Adriático, la poza, el cuenco del mundo frío y luminoso hacia adentro, con algo de órbita excavada, con algo de bonete sumergido en el agua para recoger la luz, con algo de cáliz, y nada peor entonces que mirar hacia las altas ciegas impenetrables paredes del castillo, Adriana le dijo a partir de la

segunda vez que jamás lo hiciera, podría perder pie de quedarse mirando hacia arriba aquel friso más que de abandonarse en el agua, lo decía y reía con su boca húmeda y carnal que aquella vez no se le acercó, no lo dejó acercarse, era posible ver sus senos y su pubis y hasta la perfección partida de sus nalgas bajo la vaga protección espumosa del agua, pero ¡quién la tocaría, quién se animaría a aproximarse más, a alargar una mano! No él, en todo caso, no Guido, Guido frente a Adriana, el pequeño cruzado y la doncella medioeval, todo lo que le daba al asunto un carácter imposible de sueño, de quimera, de trampa en cuyo fondo alentase la muerte. ¿Cuántos años tendría?, se lo ha preguntado muchas veces. Piensa que un par de años más que él: veintidós, no más de veinticuatro, pero con una plenitud de mujer que no precisaría esperar más tiempo... ah, qué diferentes, él con su duro orgullo intacto hirsuto de muchachito del campo, a quien ella ni siquiera había preguntado el nombre, ella con su morbidez de mujer que sabe estar desnuda, que no se crispa de pudor ni de frío ni de miedo, que ha aprendido a vivir a partir de su cuerpo, que acaso ha decidido —prisionera en aquel castillo, sola en la soledad de los perseguidos por ideas— jamás negarle nada.

Ahora la patrona ha vuelto a irse y esta horrible compota de orejones ha pasado y podemos regresar a la historia, ¿cómo hará para contarme lo mejor, las veces en que el baño fue de noche y había luna y Adriana sabía, al parecer con precisión fantasmagórica, en qué pedazo justo de la noche la luna habría de caer sobre la poza y dormir sobre las aguas heladas?

Bueno, esto ya nadie, ni... ¿cómo se llama?, ni Chirico lo pintaría: el umbral como una piedra lunar, lustroso y con una apariencia al mismo tiempo de piedra y de piel y los dos dejando colgar las piernas hacia la poza, donde la pleamar entraba con fuerza y salpicaba hacia los cuerpos desnudos. Y de golpe, la segunda vez, Adriana le toma la cara y se pone a besarlo y Guido queda con el rostro volcado hacia arriba pero ya no se

ven los límites cimeros del muro, sólo la forma dentada de un recorte de pálido cielo allá arriba, y el vértigo no está allí y ella comienza a besarlo y él, ahora sí, él la abraza y ella lo atrae hacia el borde interior del umbral y se van deslizándose hacia el último rellano interior de la escalera y allí sí es la noche profunda y él cae en ella como en el sueño de los sueños, como en la profundidad de las delicias, como en otro portento, no puede convenirse de que lo estén haciendo, ella lo besa y se enrosca a él pero casi no le habla, y él siente el vientre de ella mojado por la pleamar y firme adentro y penetra sin ningún asombro, sin ninguna violencia en las entrañas que parecen haber estado largamente esperándolo, donde nada se quiebra, donde todo cede armoniosamente, donde nada es violento —las manos de Don Guido se juntan para hacer un cuenco, quisieran apresar en el tiempo la ilusión de una concavidad protectora, la mujer saliendo de su propia valva de amor, la *Nascita di Venere*— donde él siente la turgencia primero y la rendición después de su propia fuerza y cree que ha de morir, comienza ese día a morir, sabe ahora mejor que frente al miedo abstracto y ominoso y nocturno a los fascistas por qué caminos nos viene con el tiempo la muerte, ah, sí, lo sabe, ésa es Ariadna y ése es el hilo, Adriana de cabellera salitrosa la que él besa y la que él sorbe —ah, sí, es demasiado tarde para enrojecerse ahora, él sorbió sus cabellos, él besó su vientre, él le puso redondas ventosas de mar en los senos, eso era lo mejor del mundo, no había padre ni madre, fue el único rato en que pudo distraerse de la figura del Maestro, no atenacearse pensando ¿lo sabrá, no lo sabrá, la tolera, la quiere tanto que se lo permite, se aflige y la perdona, no le importa, está dispuesto a que hoy sea conmigo, haya sido antes con otro, sea mañana con quién sabe cuál?, ah, nada de eso se pensaba allí, en el umbral de piedra, al borde de la poza de agua, lanzándose primero a morir en su cuerpo y a nadar en su abrazo y después, los cuerpos agotados y radiantes, los cuerpos envueltos en ellos mismos, a bracear o flotar jun-

tos en la poza, magullándose, macerándose, mortificándose, purificándose de frío.

¿Nunca pensaron que podrían haber engendrado un hijo, el nieto bastardo del Prócer en su desgracia? Guido jamás se lo planteó, Adriana jamás lo dijo, Don Guido no lo sabe. Aquél era un juego tan libre, tan libre y, en el fondo, tan cándido: el juego de los cuerpos, en que el muchacho había sido elegido por ser el más joven, el más bello, el más inocente. Él, el más bello: que no lo juzgue ahora, dice sonriendo. Y lo otro sí, sin duda alguna: el más inocente. Traído del sur a formar en la guardia del Prócer, consultado o halagado en sus sentimientos pero no en su razón; traído a morir allí, viajado como un pájaro en una jaula, suelto como un mastín en un castillo. Ni más ni menos. Adriana era un golpe inesperado de la suerte, el ventanillo abierto súbitamente a la vida, algo que hacía renacer en el giovanotto di vent'anni las ganas animales de vivirla, de vivirla en cualquier lado con Adriana, de vivirla en cualquier lado sin ideas, de vivirla... Estas ganas lo absolvían por las noches, cuando se daba a pensar ingenuamente en perfidias, en la hija del Jefe ultrajada por uno de sus devotos guardianes, en la imagen egregia del Jefe insultada en los sucios besos que alguien daba a su hija y todo eso... Malos pensamientos nocturnos de un joven en la vigilia de una mazmorra, muy lejos del paese, de un joven fogoso que no tiene en su cama a la mujer de sus pensamientos, para consolarlo y aparejarle el sueño... ¿Puede comprenderlo sin haber vivido la situación? Un viejo quisiera explicármelo ahora, explicar lo que sentía entonces... ah, no, este viejo no tiene esa simple memoria mecánica de los viejos para repetir un cuento que haya hecho cien veces y que ya no pueda verificar a qué grado de emoción original corresponde. Ah, no, él todo esto no lo había contado nunca, y ahora, giunto sul' passo estremo, como cantan en el aria de Mefistófeles... ¿no es en el aria de Mefistófeles?... ahora, recién ahora lo cuenta a alguien y siente renacer la emoción de los veinte años dentro de él, en sus vísceras más que en los recuer-

dos. Muchas veces, fuera de Italia, lejos de Adriana, lejos del Maestro, sabiendo del Maestro, no sabiendo de Adriana, ha vuelto a preguntarse si todo no había sido un horrible tradimento, una felonía, una villanía impulsiva que una mujer como ésa, una verdadera sirena como ésa, puede hacernos cometer a los veinte años... Pero no, cree que no, ¿qué pienso yo?... Ah, sí, mi opinión le importa, ¿qué me creo?, le importa y le reconforta, aunque sabe que la gente de hoy tiene una moral demasiado libre, oh, ni mala ni buena, tal vez mejor que la de antes, tal vez menos hipócrita, sólo que demasiado libre... Bueno, claro, ninguna moral era más libre que la de Adriana, volviendo una y otra vez sobre el cuerpo de Guido, acallando sus labios con una mano llena de sal del Adriático, con una boca llena de sal del Adriático si el joven quería ponerse a monologar su culpa, a hablar del Maestro, de aquello que estaban haciendo a sus espaldas, porque ahora Adriana había dicho riendo que no, que a quién se le ocurre, que su padre no lo sabía, que jamás lo habría permitido. Pero, ¿qué otra cosa puedo hacer yo dentro de esta prisión?, dijo, mirándolo con sus ojos imperiosos, y él pensó por primera vez, y aquello también contribuiría a absolverlo con los años, que él mismo, Guido, no contaba demasiado, que él era el simple entretenimiento de una mujer dentro de una prisión. Qué puedo hacer yo dentro de esta prisión, no qué podían hacer ellos dos, igualmente presos y él por razones más gratuitas, él sin ninguna lev de la sangre. ¿comprendo yo?, para estar dispuesto al sacrificio en la flor de sus hermosos veinte años... Ah, sí. ¿qué otra cosa podía hacer élla dentro de esta prisión? ¿Qué otra cosa que tomarlo y abrazarlo y estrujarle el sexo y morderlo trezada a él como un perro a su presa, sacudiéndolo encima del umbral, al borde de la poza, sobre el agua acechante del Adriático? Y si alguna vez consintió en hablarle del Maestro lo hizo de un modo extraño, a la vez con veneración filial y con rencor, con una extraña mezcla de sentimientos que (ha pensado con el tiempo, no lo notó entonces) tenía mucho que ver con su extraña y alucina-

nante estampa de mujer desnuda sobre aquella losa húmeda y tenebrosa. Sí, por supuesto, la situación es melodramática, parece ideal para una de esas tapas de la Domenica del Corriere: joven, hermosa, perturbadora mujer desnuda, con profunda cabellera negro de cuervo cayéndole sobre un hombro, con dominantes ojos verdes, semiabrazada a un joven inocente después de haberlo usado para el placer y hablándole mal de un padre ilustre; era truculento pero era así, la vida a veces —esto lo piensa un viejo— es más truculenta que los peores folletines... Egoísta como todos los grandes políticos, así dijo ella que era el Maestro. Dispuesto a sacrificar los afectos privados en aras del deber público, como todos los conductores políticos... ¿Qué habría sido de la madre de esa joven fascinante que lo decía? ¿Habría sido la primera en la cadena de sacrificios, la víctima más temprana? Ah, Don Guido no lo sabe, ¡cuántas cosas no supo, no pudo, acaso astutamente no quiso preguntar el joven Guido! Porque haber sabido algo de la madre, ¿y no hubo hermanos?, haber conocido otra cosa que aquel vínculo de admiración y rechazos que la unía al Prócer, habría sido entrar un poco más en la vida de Adriana, en los misterios de su vida como había entrado en los misterios de su cuerpo, y a ella no se le ocurría esconder el cuerpo, negar los senos, esquivar su vientre, pero quizá no le habría gustado develar su infancia, decir de su madre, abrir esas puertas... Ah, qué arrebatadora y absurda impresión la de haber amado a una mujer que era sólo un cuerpo y un nombre, por él a quien no se le había pedido otra cosa que ser un cuerpo, ni siquiera un nombre. Todo eso que oscurece la relación animal y dichosa de dos seres humanos, las confidencias y las frustraciones y los resentimientos y las culpas y los recuerdos, todo eso no existió nunca, Adriana no demostró tenerlo, Adriana jamás se inclinó a buscarlo en él. Por eso fue el amor más perfecto, el más simple y el más fuerte, como una luz de mediodía ¡Así mismo!: como una luz de mediodía.

Y por eso Adriana, la hermosa Adriana —no, que no me preocupe, una vez que le ha hecho tragar la com-

pota lo deja en libertad por un cuarto de hora, el tiempo de la digestión y de los recuerdos— sigue teniendo exactamente la edad de entonces, veintidós si eran veintidós, o veinticuatro... Oh, él no sabe si ha muerto, porque cuando se vino a América los diarios solían hablar del Prócer, y el Prócer emigró a París y después vivió en Marsella y todo eso, pero de ella, de la hermosa Adriana los telegramas no decían nada. Pero no, Adriana no puede tener setenta años, no puede ser una matrona rodeada de un enjambre de nietos... ¡Vaya! eso es redondamente imposible. Cuando los diarios dieron la noticia de la muerte del Maestro, en el exilio siempre, él no llegó a volver a Italia como otros, tampoco dijeron quiénes rodeaban la cabecera del moribundo... Acaso un día —¿pero queda ese día?— algún viejo garibaldino o socialista que haya vuelto a Italia se lo aclare. Casi no ve gente de ésa, su familia verdadera es de aquí, a quién le importa. No tener de ella una sola mención, no haber guardado de ella nada, ni siquiera haber sabido que la última vez de la poza era la última vez, todo esto es un apogeo abrupto sin decadencia y sin muerte, y en el centro de ese apogeo ella sigue teniendo veintitantos años... Un día lo llamaron a la comandancia del castillo y le anunciaron su relevo: iba a ser licenciado, había cumplido su tiempo de guardia, había afrontado su riesgo de muerte y había salido indemne. Todos los que recibían esta orden se alegraban, lo festejaban como si saliesen de una jaula, de una trampa, del equilibrio en un andamio sobre el vacío, tan grande era allí la inminencia de la caída y el final, todos iban hundiéndose día a día un poco más junto con el Prócer, mientras el Prócer seguía pasando junto a ellos, irreprochable, meditativo, impasible, inmovible, un Jefe de piedra para dirigir a una tropa en desbandada... Todos se alegraban pero él solamente pensó en Adriana, si volvería a verla, si podría proponerle —oh, él era demasiado insignificante y el Maestro era una figura tremenda— que se fugasen juntos, que se perdieran incluso entre la gente más enemiga, en medio de las mesnadas fascistas, para estar lejos de él, de la justi-

cia de sus partidarios, de las manos leales que quisieran consumir la venganza... Sí, otros pensamientos melodramáticos sin audiencia posible: Adriana no apareció por ningún sitio y esa misma noche él fue sacado de allí, pasó de mano en mano entre partigiani que se escondían y lo obligaban a esconderse, todo en un ambiguo cortejo sigiloso donde nadie le dijo si había cumplido su misión, si la causa le estaba agradecida, si la causa lo consideraba un tráfuga... Y la familia existió por última vez para ponerlo en el camino de América: tenía sólo veinte años y estaba sentenciado a muerte... ¿Era cierto, lo creyó? Le es indiferente ahora, pero no querría haber muerto entonces. Adriana vuelta un nombre para siempre, nada más que un nombre, no una palabra, ni una carta, ni un cabello, ni una foto, nada... La pura sustancia del recuerdo. Ah, bueno, pero esa sustancia sí es inmortal, que yo lo crea: sigue visitando el lecho de muerte de un viejo, sigue pasando con un rostro intacto por el aire de sus últimas noches. ¿Adónde se irán juntos?

## BIOGRAFÍA

Querido Manfredo, te lo dice Elena, Elena tu mujer tu viuda, llorándote sobre este montón de escenas que ahora, como tú, han muerto.

Manfredo se asoma a la borda del yate. Su rostro aparece curtido por el sol, se adivina el reflejo del agua que se mece debajo, el yate está fondeado en una calma chicha de altamar o en una rada, Manfredo inclina su cuerpo para que el rostro recoja ese cabrilleo de agua quieta y, en la realidad, para que sus antebrazos reposen en la baranda de madera lustrada (se ven las vetas en increíble detalle, es roble con guarniciones y remaches de bronce) y una de las manos, adelantándose en un aire también amortecido y hacia el centro de la atención del lector, alce un cigarrillo recién encendido. Un cigarrillo Gentilhombre, se lee la marca con sorprendente claridad, sube en el aire perezoso la perezosa estela de humo. Julio decía siempre: "Vos tenés ese tipo delicado pero viril, que da tanto en la publicidad" y acomodaba el ángulo del Gentilhombre en su mano. A veces Julio se imaginaba un palco de teatro en la mesa que hacía jugar como borde para la flexión del cuerpo, el cigarrillo siempre hacia adelante. Otras veces se imaginaba el balcón del palco de socios en Maroñas, con una esquina de hiedra amortiguando las formas vivas de la cabeza, ora la borda del yate: "Falta el reflejo del agua, un juego de luces que dé los relieves y el movimiento desde abajo, se hace con una candileja y un ventilador y unas tiritas de papel". El rostro es atrayente —Elena lo sabe— atrayente dentro de cierta carnal y sustancial vulgaridad, que sirve muy bien para que el común de la gente se sienta representada en ese tipo módicamente ideal del "buen mozo", boca fina, bigotes recortados y patillas que comienzan a encanecer,

cabellos todavía negros, labios entreabiertos, buenos dientes, cintura delgada, nada de desafiante inteligencia o de agresiva personalidad en la mirada. "Si a vos te queda bien un traje, todos los gordos se imaginan, con tu cara de bueno, que a ellos también va a quedarles precioso", decía Julio. Pero, por el momento, sólo el rubro Gentilhombre y las ceremonias de displicencia, de concentración mental, de galantería amorosa que pueden improvisarse con unas manos sensibles y un cigarrillo largo, de doce centímetros. "Las manos así", decía Julio, "hacia afuera de la borda". "Las manos fuera de borda, como los morteros Johnson".

Vivir no fue tan fácil, sabe Elena. Manfredo no quiso estudiar, era el inagotable reproche materno mientras la madre vivió, ni siquiera logró ingresar a un banco. Sus progresos de empleado municipal fueron muy lentos: tal vez no era demasiado trabajador y seguramente no era nada adúlón. No, no era nada adúlón, y ese es el único romanticismo del recuerdo, tras esta vida conyugal que finó. Nos casamos casi unos niños y casi en seguida vinieron los nuestros. Acaso alguna vez hayas tenido ganas de salir en un yate, de tenderte en cubierta al sol, fumando un cigarrillo o sosteniendo el vaso de un trago, y no pudiste hacerlo. No tenías yate ni amigos de yate. Y ella recuerda en cambio la cara gastada, el gesto agrio y semidormido por las mañanas, la cara sin afeitarse y el pelo cayendo sobre la taza de café con leche en el horario de verano.

Julio estaba entusiasmado, ofrecía quinientos pesos por pose, ¿cuánto sacaba él?, piensa ahora Elena. Quinientos pesos y no era demasiado trabajo, porque todo el estudio, todo el diagrama de las actitudes, la borda del barco o el palco de socios y o el rincón del restaurante corrían por cuenta de Julio. Y Julio lo venía a buscar en su autito y sonreía a Elena —Julio no tenía gracia contagiosa en la sonrisa como Manfredo, incluso tenía unos dientes desparejos y feos y sólo alma propia en la sonrisa, pero no fotogenia, pero no telegenia, pero no irradiación del encanto hacia la multitud consumidora— son-

reía para apaciguarla porque sabía que Elena no estaba contenta a pesar de los quinientos, algún día serían mil de cada pose y desconfiaba y sentía celos por aquellas escenas en que entraban una rubia platinada o una morocha o una pelirroja de la televisión, y detestaba ese mundo de utilería del que Julio extraía sus maneras y sus camisas y sus corbatas y hasta se diría que su olor. Sonreía a Elena y le prometía copias personales y le decía cosas como "Qué más querés, estar casada con un caballero que fuma en los slides para que todo el mundo fume"... Y ella se acordó de la frase "Estar casada con un caballero" cuando la hermana de Manfredo se acercó a la cabeza yacente y dijo, barbotó a un pañuelo que se llevaba sus lágrimas su baba su llanto. "Era un gentleman"; sí, era un caballero, todos y no sólo Julio y no sólo la hermana de Manfredo podrían reconocerlo y decirlo, ante la cabeza rapada y en lamparones de Manfredo muerto, ante el término de tanto sufrimiento callado y de tanta morfina, ante la imagen de aquello tan escueto que quedaba en el hueco de la almohada después del cobalto. Sí, era un caballero pero si ella decía "Era un gentleman" era porque había alzado la vista desde aquella cabeza mondada y hundida por el tumor cerebral y la había fijado en la foto que Julio había cortado y ampliado, sólo él, sólo Manfredo sin la mujer de turno, tú en el hipódromo, los largavistas cerca de tus ojos, el estuche de cuero colgando al lado de tu cuerpo, sobre el listado a rayas de un pantalón de fantasía que nunca tuviste, ah, sí, eras un gentleman, frase que tu pobre cabeza semirrapada y dormida a muerto sobre tu almohadita predilecta no habría justificado pero que la foto teatral del "sportman" (pudo decir "era un sportman", le faltó la palabra debajo del pañuelo y los mocos) sí justificaba.

Julio prometía otras series después del gran triunfo de la del cigarrillo, la serie de la cerveza con gran cuello de espuma, la serie del whisky en las rocas, la serie de los casimires, y había una curiosa escala que iba desde el Gentilhombre hasta Perrods, una escala que Manfredo no alcanzó a recorrer porque empezaron aquellos

atroces dolores de cabeza y hubo que correr hacia las radiografías y los análisis y los neurocirujanos del Sindicato y todo se echó a perder. Julio es demasiado buen amigo, pero debe haberlo sentido como una frustración, como un negocio arruinado, el rostro de Manfredo había pegado, gustaba, encajaba bien, fotografiaba espléndidamente, elogios que Julio, en los buenos días y sobre cada quinientos pesos que pronto serían mil no regateaba, elogios que habrían tenido una vaga índole homosexual si Julio no los hubiera dicho con un jocundo tono vendedor, que quitaba toda blandura a las palabras más blandas.

Manfredo sonríe en un jardín, recoge en su sonrisa y en su bigote bien cortado toda la prolijidad de un escenario en que el césped ha sido tusado con el mismo cuidado que el bigote, recorrido por peluqueros no menos escrupulosos, y hay un juego de mesitas y sillas de jardín, de hierro forjado, y encima de la mesita —hacia allí parece haber mirado Julio más que hacia el rostro de Manfredo— esplende una cajilla del Gentilhombre y Manfredo estira la mano hacia la cajilla y la mujer lánguida y rubia, una raqueta en la mano izquierda (la tipificación de las muchachas de jardín) apoya su mano derecha en el hombro izquierdo de Manfredo, y se adivina que él va a extraer del atado dos cigarrillos, uno para la tenista y otro para él, y encenderá primero el de ella y ella le devolverá el cumplido con un mohín carnoso de sus labios fruncidos, sus hermosos labios donde espejea y hace laguitos la luz del mediodía (¿una luz natural, una luz de escenario?, no, no, esta foto fue tomada *verdaderamente* al aire libre, en un jardín que consiguieron los muchachos, siempre hay una pandilla providencial de muchachos detrás de estos pequeños negocios publicitarios). Y Elena sabía que precisaban el sobresueldo de las fotos pero detestaba esas tardes de verano, esas mañanas de sábado, esas noches de entresemana en que Julio venía a buscarlo y no podía eludir equívocas menciones a los muchachos, una invocación tras la que Elena se ponía a pensar en jovencuelos melenudos, en esos andróginos de voz engolada que “pasan” pantalones y camisas

en la televisión y luego se van —¿quién se lo había dicho, acaso el cine?— al night, a buscar mujeres, a drogarse, a emborracharse hasta quedar dormidos sobre las mesas. Pero Manfredo nunca llegaba tarde, aunque volvía con un rostro cansado —el rostro que Julio exigía que hubiese sido rigurosamente afeitado y emparejados los bigotes a tijera (aquí intervenía personalmente Julio) dos horas antes— un rostro cansado y ajado y como envejecido, “terminás de posar y te marchitás de golpe, como si te sacaran fuera de Shangri-lá”, decía Manfredo. “Te desarmás, no sé, es como una tensión insoportable aunque sólo te hayan obligado a estar sentado un minuto, teniendo un cigarrillo en un ademán elegante, que en seguida se te agarrota”.

Y más rabia y más encono contra la vida que los forzaba a estos pequeños simulacros galantes para redondear unos tristes pesos, sintió ella el día en que Manfredo, sin darle importancia, sin ningún fastidio, como extrayendo una anécdota del montón (pero había esperado que estuviera Julio, que Julio le tomara la cara con la pinza del índice y el pulgar, para ir abocetando una actitud fotografiable sobre una hojita de cuaderno cuadriculado) dijo con desabrida neutralidad “Ya soy famoso, en el Municipio todos me llaman Gentilhombre”; y contó que una chiquilina riquísima, una funcionaria seguramente, se le había arrimado en el ascensor y con un mimo de gracia y casi de cariño había dicho, en la monotonía de gente que viajaba en la caja, “Yo me pongo bajo el ala del Gentilhombre” o “A mí que me proteja el Gentilhombre”; no recordaba la frase exacta pero sí la cómica situación, en medio de la cual la muchacha buscaba un refugio para escapar de tipos que tal vez querían rozarla o fregotearla y se guarecía no tanto en la hermosa cara sin sorpresa de los cigarrillos sino en las obligaciones de conducta que suponía la condición de Gentilhombre tan publicitada en los diarios, en las revistas, en la TV. “A mí que me ampare el Gentilhombre”, o cosa así.

Y Elena sintió rabia e impotencia y fastidio, no por el cuerpo frágil de la muchacha que buscaba en la axila

del Gentilhombre un hueco protector que ella, Elena, en su gordura había perdido muchos años atrás, sino porque el Gentilhombre jamás la protegía en la vida real, y estaba ahora mirándola con ojos cansados, esos ojos que Julio no habría fotografiado, y se quejaba de los atrasos en los pagos y de las injusticias del Municipio y echaba groseras. sopas de pan en el café con leche, como ningún gentilhombre de jardín o de yate o de castillo se habría animado a echar.

El cirujano —estas imágenes no las tomaba Julio, estaban patentes en la memoria de Elena— la había hecho pasar a la salita, la había hecho sentar mientras él permanecía de pie; súbitamente su rostro se había enternecido (él también debería tener en las retinas las poses del Gentilhombre, pero ahora venía de andar por su cerebro, de tenerlo en sus manos) y con una campechanía que apenas sonaba a simpatía, a compadecimiento o a consuelo, pero era el mejor tono posible para aquella escena imposible, no diagramada en el cuaderno de Julio, había dicho: “Compañera, el caso es muy fiero”. Y luego le había contado lo poco que se había podido hacer y había agregado que habían extirpado algo pero que aquello era una enredadera que abrazaba la masa encefálica, y que no había nada más, salvo evitar el sufrimiento y tener coraje. Y el gentilhombre dormido en la salita de recuperación, cuarto piso, no podría ya ampararla, y tampoco era imaginable ampararlo a él, “pobre muchacho”, dijo el cirujano, pobre muchacho por el que ese hombre proclamaba haber hecho todo lo humanamente factible.

Que todos supieran que Manfredo, a los cincuenta y tres años, estuviese desahuciado y él no lo supiera o no lo preguntara o no quisiera imaginárselo: Elena sentía el horror de tal situación. Que en el cuarto de al lado se cuchicheara de su muerte y él estuviera echando una mirada sin interés a los diarios, donde seguían apareciendo los inmortales gentilhombres en los parques, los inmortales gentilhombres siempre jóvenes y sonrientes en las playas, los gentilhombres maduros en las boîtes, los gentilhombres entusiastas en el Estadio, toda la larga y

ritual representación de la vida, de los actos cotidianos, de las fruslerías placenteras o intensas o ensimismadas de la vida; y dejara caer el diario y lo sintiera resbalar de la colcha al suelo, empujado por un leve movimiento de las rodillas, tan luego en el momento en que alguien más, un visitante entre murmullos, un atolondrado compañero de oficina que ya no se atreviera a pensar Gentilhombre y dijese Manfredo, abandonara toda esperanza, se conformara con el veredicto, dejara caer la máscara de confianza en la vida e hiciera como si pensase en Manfredo al pensar conmisericordiosamente en sí mismo, si también él tenía alrededor de cincuenta y tres años. “Quién iba a decirlo, quién iba a decirlo tan joven” o “Quién iba a decirlo, tan bueno” o “tan amigo” o “tan fiel compañero”, la inminencia de la muerte abre las compuertas de la estupidez y la estupidez se vende allí como gentilhombre, como angustia.

Y ahora estás en el Estadio, rodeado de la multitud que grita Peñarol o grita Nacional, rodeado de la muchedumbre pero más nítidos que los demás tú y ella, tú de remera y lentes oscuros —unos lentes oscuros de patillas como espátulas, no los débiles anticuados lentes oscuros que llevaste los últimos días de los rayos Röntgen— ella también de remera y enormes lentes de bobo que le toman el ancho de la cara y salen fuera de la línea del pañuelo que comprime su cabeza, y los demás borrosos, como fijos en un gesto de ansiedad por la suerte del partido que transcurre más abajo, a la vista de todos ellos pero fuera de cuadro, ¿de cuadro Peñarol, de cuadro Nacional?, de cuadro de Julio, Julio seguramente de espaldas al campo de juego, tomando el primer plano de tu rostro que casi mastica la punta del cigarrillo, un Gentilhombre enhiesto por la emoción, un Gentilhombre como una raya blanca hacia arriba, hacia el centro del rostro crispado en la jugada, a la espera del corner o en el salto de Spencer. Si se mira más cuidadosamente, los dos, tú y ella, parecen sobreaplicados a la multitud, estampados sobre la multitud más que elegidos entre ella, ¿fue un truco fotográfico o los sacaron realmente en el Estadio?, te olvi-

daste de preguntarlo Elena, preferiste dirigir tus miradas a los anteojos redondos y enormes, a aquella refulgencia óptica donde se ven brillos oblongos que no repiten nuca ni trozos de pasto y de sol y sólo rebotan luz en alargados destellos: desconoces los ojos de esa mujer, no la identificas. Y es inverosímil que aquel cigarrillo terciado en tu boca, como un termómetro en la infancia pero sin el refunfuño y los puchereros de la boca infantil, Manfredo de ocho años con escarlatina (elijo este nombre por el sonido, largo sonido liso como Gentilhombre, pero es una peste de todos los niños, y además sé que tú la tuviste), es inverosímil que en la curvatura cilíndrica de aquel cigarrillo se lea todavía Gentilhombre, Julio es verdaderamente un astro, un astro al aire libre o en el laboratorio de montaje, la diferencia no se computa.

Julio tiene una cara angostita y una nariz enorme, un bigote casi a lo Chaplin o a lo Hitler en un rostro afilado, que fluye hacia adelante, como la cara de un caballo o mejor de un potrillo vista en uno de esos anteojitos de visión en relieve y unos ojos muy negros debajo de unas cejas truculentas. Y Elena sabe ahora que siempre le ha tenido prevención, a pesar del pregonado cariño, porque lo que en él se ríe estruendosamente es la boca de dientes desparejos, la garganta que hace saltar una nuez gigantesca, como el péndulo mal soterrado de una nariz enorme; y ríe la boca y ríe la garganta y ríe la nuez pero no ríen los ojos, los ojos siguen siendo feroces debajo de las cejas, siguen fotografiando al interlocutor, siguen inconquistables. Por eso Julio no pudo pensar jamás en sí mismo y sí en Manfredo, tu cara tan buena, tu cara para consumidores, esa cara que debe haber estado fotografiando mentalmente desde los días de la escuela, si es que ser fotógrafo es una vocación como la de escribir o mandar, si es que esa vocación puede traerse desde la niñez al resto de la vida. Y Manfredo se queja de que haya que envararse en trajes con demasiado apresto o distenderse falsamente en remeras demasiado chicas, y acaso desde los días de la escuela Julio haya vivido dictando las condiciones y Manfredo cumpliéndolas. Sólo

que ahora Julio lo sabe moribundo y levanta la guardia y deja de imponerse, pero al dejar de imponerse, con su risa sólo de boca, deja al mismo tiempo de existir, de estar al lado del enfermo, de tomar aquella cabeza semi-rapada y moribunda con la pinza de dos dedos como tomaba antes la cabeza de la cabellera poblada y el rostro de los bigotes tusados al centímetro y hoy tan flojos y desiguales y colgantes en la flaccidez de un rostro que se excava a sí mismo para morir, o bajando con sus guías por las comisuras del rictus y de la enfermedad y de las últimas palabras. Julio te ha abandonado, Julio debe estar corriendo con su Rolliflex detrás de algún otro rostro sano recordado de prisa, de otro rostro que habrá de empezar a manar cigarrillos y sonrisas, la historia de la publicidad es dura, no se puede parar un minuto, hay compromisos de urgencia, siempre urgencia, Julio pregunta por teléfono y la voz de "Vos tenés ese tipo delicado pero viril, que da tanto", dice ahora simplemente "Qué vas a hacerle, Elena, no tenés que reprocharte nada, nadie tiene que reprocharse nada", como si lo principal —ante la muerte de un ser querido— fuera no sentir remordimientos. ¿Y él no los tiene?

El moribundo sólo ha dejado radiografías de cráneo y el funcionario sólo ha dejado fotos de carnet de salud y de pase libre de Amdet y de cédula de identidad y de credencial cívica; fotos no sacadas por Julio, fotos sin gracia, duras, inamistosas, ajenas, fotos con encortinado detrás o fotos con tablilla numerada en la crisma. Fotos plastificadas, fotos ahogadas en torpes excesos de luz, por diafragmas demasiado abiertos, fotos muertas de inexpresión y de vulgaridad. Sólo quedan, para el recuerdo íntimo, las que Julio compuso, las que abocetó en sus cuadernitos, las que diagramó como escenas de teatro, las que trabajó con amor y sin fatiga, eterno perfeccionista. ¡Oh, tu naturalidad de gentleman, querido Manfredo!, piensa sin sarcasmo Elena.

Y hay por lo menos un rostro misterioso, Manfredo, el que tienes ahora en ese ángulo de restaurante, semienvuelto en la banda de humo del cigarrillo; es un rostro

preocupado, no el plácido rostro de sobremesa de un burgués cualquiera, del burgués apócrifo de rôtisserie que te mandan ser; no, nada de eso, es un rostro misterioso, que esta vez, por fin, piensa casi dolorosamente en algo. No se confía a los largavistas, a los brillos del agua, a los lentes de patillas como espátulas. No. El humo envuelve tus rasgos, desdibuja el mentón, fluye hacia la base de tu nariz y trepa hasta la mitad del caballete. Pero los ojos están intactos, mientras la mano acerca un encendedor (¿Dunhill, Ronson?, un trofeo quedó después entre tus manos, como sobrepaga de la mejor foto, un Ronson a gas, de llama regulable, que alzabas orgullosamente a arder con la uña del meñique) y va hacia el cigarrillo, hacia la trompita avanzada de la adolescente que quiere fumar contigo. ¿Por qué has empezado a fumar tú primero, querido Manfredo?, ¿eso no es muy de gentil hombre! Tu mano aproxima el encendedor pero aún no ha saltado la llama y tu gesto está en otro lado, tu rostro más allá de la chica y de su insuficiente compañía para el hombre maduro y cansado que en ese instante seguramente has sido, tu rostro no se deja aprisionar por las volutas del humo ni por un paisaje de conversación muerta y de tazas de café vacías y de servilletas estrujadas y manchadas y puestas a un lado. Aquella vez acaso comieron de verdad y ella te contó su tímida historia precoz de la semiprostitución de los canales, quizá sea la chica que pasa las novedades de Sudamtex o de Ildu. No se sabe si no ha sido una historia inventada previamente por Julio para hacértela contar por ella en medio del almuerzo, entre sus flashes, y hacerte bajar a la cara ese cansancio compasivo de hombre maduro, eso que él quería. Y entonces has estado frente a esa chica (y esa chica, ¿no estuvo por un momento y trajo unas flores para poner al lado de tu cabeza en la almohada? ¿o fue una amiga de Elenita del liceo y todas las chiquilinas me parecen iguales?) has estado frente a esa chica como otras veces frente a mí, sólo que la taza de té es de porcelana Rosenthal y frágil y pequeña y llena de transparencia y no la gorda taza opaca de melamina en el

café con leche de las siete para el horario de la mañana, has estado verdaderamente frente a ella como un hombre con todos sus gastados y transidos pensamientos de hombre y eso ha sido lo que Julio ha querido; hay un cenicero de Murano al que ninguno de los dos mira, pero en casa dejabas caer la ceniza del cigarrillo en el platillo de la taza y hay cicatrices de quemaduras en la melamina y ya no te lo reprocho como cuando lo hacías y te quejabas y te distraías de mis quejas domésticas y vivías; y tu cigarrillo de casa no era un Gentilhombre rubio sino un cigarrillo negro, preferiblemente Republicana y también cigarrillos armados por ti hacia fines de mes de los tiempos pobres. La chica frunce el hociquito pero acaba de contarte algo, ¿qué acaba de contarte?, y tú nada, tú te compadeces, porque tú no has tenido jamás necesidad de contar nada a nadie, tú has sido tan sencillo y tan fácil y tu muerte fue tu única cosa complicada y difícil y tu gesto de esa foto del restaurante dice que Manfredo vivía para escuchar a los demás, para atender a los demás y ése solo, ése solo entre las muchas fotos ha sido, amor mío, el gesto que me cuenta, que contará a tus hijos, que dirá a todos tu verdadera biografía.

Mire Miraballes: ¿usted comprende, tan rápido como yo comprendí todo aquella mañana, por qué le pedido que este reconocimiento lo hiciéramos de a uno? Bueno, cuando usted entró y estiró los brazos para que le quitaran las esposas, el secretario me dijo que usted no era el guardiacivil. Él había sido herido de un balazo que le atravesaba el pecho —¿a qué se lo digo, si fue usted quien se lo pegó?— y creía que iba a desangrarse allí, en el asiento del coche. Aquello le daba una visión muy especial de las cosas, como una emoción de rabiosa despedida, no sé explicarlo bien, pero se sentía. Es un muchacho valiente, claro que sí, y no había perdido la lucidez: pero estaba muy emocionado, muy emocionado... Y ahora, cuando usted entró, él acercó su boca a mi oído y dijo: No era ése, aquél tenía los ojos más saltones y las cejas más pobladas... Entonces yo pensé que era mejor proponer esto que propuse: que él saliera y que el chofer saliera... que los reconocimientos fuéramos haciéndolos de a uno por vez. ¿Sabe por qué?... Yo tengo ascendiente sobre ellos y no quiero influirlos: si me ven tan seguro como estoy, el secretario puede dudar, puede cambiarse... Y yo no quiero. Así que no va a pasar nada... yo voy a decir que Sí y el secretario va a decir que No... ¿Y el chofer? Ah, ésa es otra historia, una historia cómica: el chofer va a decir que No sin mirar, frente a cualquiera que le pongan delante. Mientras veníamos hacia aquí me lo dijo. Su mujer le dio la orden: tenemos un hijo en el liceo y vos no vas a provocar que le hagan nada, le dijo. Así que, sea quien sea el que te muestren, vos no lo reconocés... ¿Estamos? Ése tampoco va a reconocerlo... no va a reconocer a nadie; cuida a su hijo, se cuida de ustedes... Es un modo de encarar

el asunto como cualquier otro... Así que usted no se aflija: yo voy a decir que Sí, ellos van a decir que No y no va a pasar nada...

...Y yo, ¿por qué voy a decir que Sí? Bueno, porque yo no fui herido, apenas fui empujado, nunca fui insultado; yo estaba muy tranquilo y muy frío, muy dueño de mí mismo viendo todo lo que me pasaba como si le pasara a otro, presenciando todo como un espectador y como un espectador que tuviera que recordarlo luego... Y creo que en buena parte fue usted mismo, Miraballes, el causante de que yo estuviera así y reconocerlo, créame, no es un acto de odio ni de venganza, no es un desquite... Es un deber de testigo ante la Justicia, un deber que yo no cumplo con ganas... Pero apenas usted estiró las manos para que le quitaran las esposas —o antes, apenas entró a esta pieza— yo lo reconocí... No crea que estoy sugestionado por las fotos de los diarios: yo estaba por unos días en Europa cuando a usted lo detuvieron, y puedo asegurarle que casi no vi fotos. No, en absoluto, no hay tal sugestión... Mire, si yo fuera una cámara podría pasarle todo lo que ocurrió esa mañana sin una sola deformación, sin una desprolijidad, sin una mancha... Y desde que usted entró dije "Es éste" y cuando usted habló unas pocas palabras con el Juez confirmé "Es éste" y ahora que lo tengo delante tengo que repetirle "Es éste". Sí, usted niega con la cabeza y claro, ya sé, usted tiene que negar... Usted está en su juego... pero vuelvo a decirle: Créame que yo no estoy simplemente en el mío. Podría decir Ustedes me secuestraron, alguno de ustedes, cualesquiera de ustedes y el asunto frente a mí les concierne a todos por igual, y tanto da que el falso guardiacivil que dirigió el secuestro, que ordenó a todos, haya sido usted o cualquier otro de sus compañeros, esté en esta pieza de la cárcel o esté en la clandestinidad, ¿qué sé yo? Y yo podría sentir que descargo mi conciencia reconociendo a usted o reconociendo al que sea o a nadie... pero no es así, sino todo lo contrario... Yo reconozco sus manos cuando usted las estira, sus manos no demasiado grandes pero nervudas, sus ma-

nos pálidas con venas como cordones, sus manos de escultor o picapedrero, según dicen que usted dice que era... y después reconozco su voz cuando habla... Porque usted no habló demasiado durante el secuestro, pero usted dirigía y tuvo que hablar algunas veces, dar algunas órdenes... Y también habló conmigo, en seguida de haberme empujado o después aún, después que el secretario quiso resistirse y usted, con la metralleta que llevaba, le disparó el único tiro, ese tiro que le rozó el pecho pero pudo haberlo matado... Ya habían dejado al chofer abajo y todavía no se habían descargado del secretario y ya estábamos en marcha cuando usted —bueno... usted dice que no era usted y la voz calmosa con la que lo dice me confirma que era usted—... cuando usted me preguntó si sabía qué era aquello y yo dije que un secuestro y usted insistió, porque no era eso lo que quería que yo le contestara y me preguntó si entendía por qué estaban haciéndolo y yo le dije Supongo que por publicidad y usted me dijo Veo que usted comprende en seguida —sin duda porque la cosa no era tan difícil pero las circunstancias, claro, no eran las mejores para razonar—. Veo que usted comprende en seguida y no va a ser necesario hablar mucho con usted para ponerse de acuerdo... Eso lo dijo usted con una voz, ¿cómo decirlo?, con una voz tranquilizadora, una voz que estaba diciéndome que no me iba a pasar nada si yo mismo no me lo buscaba... Y hasta creo que lo dijo y agregó que el secretario era estúpido por habérselo buscado, porque ni siquiera era con él la cosa, como se vio a las claras cuando después lo dejaron caer en la vereda o en la calle... Así que si yo tuviera que decir la verdad, fíjese qué extraño, y a pesar de que usted era el que había disparado la metralleta y herido al secretario, yo tendría que decir que usted fue el que me infundió calma, el que me dio a entender, con pocas palabras, que no iba a pasar nada si yo mismo no me buscaba complicaciones, si sabía acomodarme a la situación... Una situación difícil, claro, porque uno baja de su casa y se acerca a su auto para irse a la sesión de directorio y ustedes aparecen y unos toman por los brazos al chofer y

otros inmovilizan al secretario en el asiento delantero del coche y usted me empuja, no para golpearme sino para apremiarme y dice algo así como Vamos, suba y entonces uno tiene que darse cuenta instantáneamente de todo, de que usted, vestido de guardiacivil, no es el guardiacivil de mi custodia sino —discúlpeme la palabra, porque repugna al trato que usted me dio— un terrorista y que aquello no es un viaje de tantos hacia mi despacho sino un viaje no se sabe adónde, un secuestro, un rapto, lo que sea... Pero eso mismo me hizo sentir que, mientras usted dirigiera, a mí no podía pasarme nada irreparablemente malo, si yo contribuía a que no me pasara, por supuesto... Usted me dio esa certidumbre, no sé cómo, con muy pocas palabras, con ninguna, y si yo lo pienso en ese momento tengo que estarle agradecido... Por eso le digo que esto es un reconocimiento pero no una venganza... ¿qué sentido tendría, si usted se comportó así conmigo y yo supe en seguida que tendría que conducirme con calma y que no iba a pasar nada?... Créame que tengo que cumplir un deber, un deber con la Justicia, no un deber contra usted, no un deber contra nadie... Soy un testigo, fijese, ésa es mi situación... Soy un testigo y me traen frente a usted para que diga si lo reconozco, si creo que lo reconozco, si estoy seguro de que lo reconozco... y yo tengo que decir lo que tenga por cierto... ¡Un testigo! Parece increíble, después de todo, que yo quede reducido a eso, a ser un testigo para decir si usted era el guardiacivil o si el guardiacivil era otro... Bueno, un testigo o la víctima... o el sujeto pasivo, como dicen los abogados... Pero ninguna de esas palabras cambia la situación: a mí me invitan a venir hasta aquí... y si no quisiera venir me traerían por la fuerza pública... , me invitan a venir hasta aquí y a usted lo sacan de la celda y nos enfrentan... Y créame, a pesar de que usted se sonríe con cierto desdén y está aquí quieto frente a mí y a su abogado y a todos y no habla, y a pesar de que aquello fue un hecho violento y tan repentino y había un herido sangrando y con la camisa desabrochada entre usted y yo y usted le había llamado

estúpido y él era mi secretario de todos los días, a pesar de todo eso, a pesar de todo tengo que confesarle que es más violento ahora que entonces... Violento que usted no me entienda, que me suponga intenciones que no tengo, que yo pueda aparecer rompiendo un pacto de caballeros que no contrajimos de manera expresa pero que estaba entendido desde que usted me dijo que era fácil entenderse conmigo y que no habría por qué hablar demasiado... Después estuvo todo lo otro y eso no tiene nada que ver con usted, porque ahí sí podría asegurar que usted no volvió a presentármese, a pesar de que, como usted sabe muy bien, los que me cuidaban en la pieza y me traían la comida o me alcanzaban una palanquilla o me daban La República de Platón para que leyera estaban encapuchados y no era posible individualizarlos... bueno, usted conoce todo esto porque sabe cómo es su organización y cómo proceden... en fin, nadie fue grosero o descomedido o brutal y no tengo un odio particular contra nadie... pero la situación me crea deberes muy claros, y deberes que llegan a ser casi odiosos si ahora, por encima de tantos meses, tengo que volver a enfrentarme con usted y decirle Fue Usted, Usted era el falso guardiacivil, Usted era el que mandaba, Usted era el de la metralleta, Usted fue el único que en ese momento me habló, se encaró tranquilamente conmigo, me hizo una pregunta, no creyó necesario hacerme otras cuando oyó mi respuesta... Bueno, también todo eso usted lo sabe... Mire, le repito: no creo que usted haya vuelto a aparecer durante los días del secuestro, porque, aunque estaban encapuchados, ellos no deformaban las voces y su voz, de eso estoy bien seguro, no volvió a escucharla... Sí, por supuesto, usted niega, usted me dice ahora que No con la cabeza e incluso la mueve como en algún momento de aquel viaje, contrariado, vi que la movía... y yo también diría que No si estuviera en su sitio, ¿cómo no voy a comprenderlo?... Mire, yo estaba en el medio del asiento trasero del coche y un poco echado hacia atrás y con la cabeza en alto, porque tenía sobre mi pecho la cabeza volcada del secretario y en cierto

modo, ayudado por un hombro de usted, estaba sosteniéndolo hasta que en algún momento del viaje, cuando ya era evidente que nadie nos seguía, arrimaron al cordón de la vereda y lo hicieron resbalar y lo dejaron sentado o semicaído y seguimos y entonces sí, entonces usted volvió a hablarme y me previno que iban a darme una inyección, nada más que para dormirme, usted volvió a tranquilizarme, usted me aseguró otra vez que no iba a pasarme nada... Mire, Miraballes, póngase un segundo de perfil... Sí, así... Bueno, mire: ahora le digo otra cosa. También reconozco su patilla, el nacimiento del pelo en la patilla, esos primeros hilos grises del pelo en la patilla que encanece, unos hilitos grises que corren como hacia adentro, hacia la oreja, vi ese pelo ligeramente aplastado y como con algo de sudor cuando el coche arrancó y usted se sacó el quepis y se pasó la mano izquierda por la cabeza, como en un acto de refrescarse o de infundirse usted también un poco de calma, usted que estaba dándola a los otros... Sí, en ese momento el secretario decía algo contra usted, palabras rencorosas, que ya volverían a encontrarse y que él iba a matarlo —él, que ahora en seguida va a decirle en su cara que usted no era usted, que usted tenía aquella mañana los ojos más saltones o las cejas más pobladas... así es la memoria de la gente, y la memoria del odio, que algunos creen tan ciegamente infalible, tan patente, tan irrecusable, en fin, todo eso... — y usted no le hacía caso, creo que usted y yo sabíamos que el muchacho no iba a morir si cuando habían pasado algunos minutos del tiro seguía hablando, aunque fuera con una voz tan cambiada... yo al menos, por efecto de la tranquilidad que usted me infundió, estaba seguro de que el muchacho no iba a morir... y me pareció bien que usted no contestara los insultos y entonces, por encima de la cabeza del muchacho lo miré y vi su cabeza recortada contra el cristal de la ventanilla trasera, a mi derecha, y vi el arco de su frente y el dibujo de su nariz, no para recordarlos, no para decirlo ahora, lo miré no más, para cerciorarme de que usted no volvería a tirar contra el muchacho,

porque ya la metralleta no estaba en su mano derecha, me parece, sino al costado suyo, entre usted y la portezuela... sí, sí, porque volvió a empuñarla cuando hubo que abrir la portezuela para dejar que el muchacho se deslizase hacia la vereda y dejarlo allí... y miré su cara, que había quedado enteramente libre de sombras cuando usted puso el quepis sobre sus rodillas y la mano que alisaba el pelo bajó y era posible mirarlo de cerca sin que usted se cuidara... Sin que usted se cuidara ni se hubiera cuidado, porque vi el sudor en sus sienes, por efecto del quepis y vi su frente y su pelo aplastado y estoy completamente seguro de que usted no estaba maquillado ni desfigurado y era así, tal cual lo veo ahora, sólo que entonces lo veía de más cerca y con un detallismo más nítido... No más exaltado, no, porque usted también sabe que yo estaba tranquilo y podría seguir registrándolo todo... Pienso que todo es muy claro: usted me dice que No con la cabeza y sonríe casi desdeñosamente porque usted tiene que hacer esa parte, como yo la mía. Pero en el fondo, usted no está muy convencido. Porque le digo esto: si usted no desfiguró sus rasgos ni me ocultó la cara requintándose el quepis ni me obligó a mirar hacia otro lado ni tomó ninguna otra precaución, es porque usted confía en la vida sin términos medios: o seguía en la acción, burlando a la policía y a cara descubierta, y entonces toda su cautela consistía en no parecerse demasiado a su vieja foto de los grandes bigotes —y usted se los había afeitado— o usted caía y entonces ya nada tenía importancia para usted, y haber dirigido mi secuestro o no haberlo dirigido no iba a cambiar el destino, llegado el caso... por eso usted piensa que todo lo que ahora pasa es una tontería y tal vez tenga razón, y por eso sonríe y mira a menudo a su abogado y al Juez, como si toda la situación —no sé cómo explicarme, pero lo siento aquí adentro— como si toda la situación le diera lástima, lástima y ganas de disculparse y hasta vergüenza, yo también lo siento, la vergüenza que nos provocan las situaciones sin sentido... bueno, pero usted siente toda esa lástima por la situación en conjunto y por todos

los que estamos en esta pieza y no sólo por mí ni por usted, ah, no, pienso que menos que nadie por usted, porque usted es el dueño de la situación otra vez, dueño con su silencio, dueño con su desdén... fijese que yo he tenido que venir y alguien ha filtrado el dato y me han fotografiado en la puerta y apareceré esta noche de cuerpo entero en los diarios, mientras usted no ha hecho más que dar unos pocos pasos desde su celda hasta aquí y está esperando lo que yo pueda decir para contestar simplemente que No con unas pocas palabras... ah, sí, su papel es fácil, fácil otra vez, más fácil que el mío... Y si yo le pido que se ponga de perfil usted lo consiente con cierta sorna, como si obedeciera con indulgencia a los caprichos de un niño, como si todo esto fuera una ceremonia o un acto ritual, no sé cómo decirle, y usted tuviera que hacerme los gustos por un momento, como si fuese un precio para desatar un pacto, el pacto de que pudiéramos comprendernos sin necesidad de hablar demasiado... Mire, todavía no me habían dado la inyección, todavía no habían dejado al secretario, todavía no había pasado nada de eso en el momento en que yo lo vi a usted de perfil, con una aflojada posición de descanso en sus rasgos, como ahora, sí, tal como ahora, sin la pequeña burla en los labios y los ojos que hay ahora, pero eso no cambia, al contrario, casi le diría que refuerza la impresión de que sean los mismos labios, los mismos ojos, como es la misma frente y la misma patilla y las mismas canas de la patilla y las mismas manos... y si vuelvo a mirarlo ahora casi podría decir que siento las palabras del herido, Ya vamos a encontrarnos de nuevo y te juro que voy a matarte, hijo de puta, decía, y usted había decidido ignorarlo y dejarlo, aun sabiendo que no eran los insultos de un moribundo sino de alguien que iba a salvarse, alguien que va a pasar a esta pieza en un momento más y... entonces sí que usted va a sacarle una moraleja a toda esta historia, una moraleja que diga algo así como Es mejor herir a un hombre que tranquilizarlo, porque él va a venir y va a decir que No, prefiere la foto de algún otro en la galería policial a su misma

cara de aquella mañana puesta aquí enfrente... Bueno, y también recuerdo su único momento de rabia, cuando el chofer del coche, a quien yo nunca pude verle más que la nuca, tomó por un lado distinto del que usted había indicado y fue el corto trecho en que nos siguió una camioneta y usted se irritó y le dijo Pedazo de tarado, ¿no te había dicho que doblaras?... Bueno, no sé, usted dice que jamás le llama tarado a un compañero y posiblemente así sea, pero en aquel momento lo venció momentáneamente la contrariedad y usted lo dijo, sí que lo dijo, me acuerdo de sus palabras más aún que de las del secretario... Y usted lo dijo pero se tranquilizó en seguida porque un Volkswagen que venía casi al costado nuestro y que era seguramente de ustedes se interpuso, cerrándole el paso a la camioneta, y entonces la perdimos de vista y fue cuando usted se sacó el quepis y se borró en seguida de su cara la huella de cualquier crispación, de cualquier rabia... ah, sí, no tengo ninguna duda... ¡Vi de tan cerca su cara, su patilla izquierda, el ojo de ese lado, la curva de la frente, el filo de la nariz, el nacimiento del pelo! Era usted, sin duda... yo no tengo interés en perjudicarlo, pienso que entre usted y yo está ahora la cárcel y yo no tengo por qué empujarlo a ese abismo más de lo que usted pueda estar en él, ni siquiera empujarlo con la fuerza justa para hacer sentir la urgencia, como usted lo hizo para meterme en el coche, no, ni siquiera eso... Porque usted me había dado a entender que no iba a pasarme nada y volvió a decírmelo cuando volví a hablarme para anunciar que me darían una inyección, nada más que para dormirme, nada más que para eso... Y yo creo que su voz apelaba a aquella comprensión fácil y rápida que usted había pronosticado y yo ni siquiera tuve que contestarle cuando el sujeto que estaba a mi izquierda me hizo quitar la manga del saco —ya el secretario había quedado por el camino— y me hizo arreglar la camisa y con las mismas precauciones que en una clínica, empezó a refregar en redondo un pedacito de algodón empapado en alcohol, mientras me acercaba la aguja... Pero aun en ese momento yo rehusaba mi-

rar hacia mi brazo, hacia aquel practicante o enfermero... Pensaba que iba a dormirme en un segundo, usted me lo había dicho, y prefería seguir mirando hacia el lado de usted, que ahora miraba simplemente adelante. Por eso le digo: no tengo, no podría —... aunque quisiera— tener ninguna duda. Y tampoco sé, Miraballes, si querría tener esas dudas. Alguna vez leí que el amor es una larga paciencia... Bueno, ahora podría decirle que el reconocimiento de un hombre, en circunstancias como las que usted y yo vivimos en aquel coche, aquella mañana, es una larga prolijidad... Una larga prolijidad del recuerdo, un detallado acto de memoria... Acto de memoria, no esfuerzo de memoria... Porque no me cuesta nada recordarlo y queda flotando delante de mí como algo recortado y transparente, que jamás se mezcla a los otros recuerdos de aquellos días..., al cautiverio, como le llamaron los diarios... Allí las cosas son más encontradas y se mezclan, si pienso lo que comí, si pienso lo que leí, si pienso lo que hablé, si quiero detenerme en una sola de las capuchas que se turnaban alrededor de mi cama o de la silla en que a veces me dejaban sentar... ah, todo eso puede ser confuso... y creo, estoy seguro de que usted no estaba allí, nunca estuvo allí... Ustedes se compartimentan... ¿no es así como dicen? Se dividen trabajos y creo que el suyo estaba cumplido y usted no volvió a aparecer pero el recuerdo de aquella mañana, hasta que la inyección me hizo perder la conciencia, resulta de una nitidez absoluta, transparente... No importa, los otros dos van a decirle que No, que usted no estaba allí, que era otro o que no era nadie... Y es mejor que sea así, y por eso, le repito, para no influir en ellos los hice salir antes de ponerme a hablar... Mejor que sea así, que yo haya cumplido con mi deber de testigo y que usted no pueda pensar que yo he querido vengarme, tan luego de usted, causarle un perjuicio, empujarlo más aún al fondo de la celda... Nada de eso, nada de eso... Pero tengo que decir lo que recuerdo, no puedo negarme a la evidencia de un pedazo de vida... ¡y qué pedazo de vida! Y por eso le digo sin ninguna

duda, no ya porque estemos frente al Juez sino como si estuviésemos frente a una especie de Juez Supremo que cada uno puede pensar o creer si existe o no existe... Por eso le digo sin ningún odio, sin ninguna animosidad, sin ninguna sombra de rencor ni desquite... Lo reconozco —créame— lo reconozco, Miraballes...

## PARA MATAR A GABRIEL

Playa Verde es hermosa. El sol de mediodía acaba por fermentar las algas y levanta de la orilla un olor acre y como embalsamado, un olor a pequeña muerte vegetal que es impotente frente a la gloria sideral de la vida. Y si Mauricio y Martín van por esa orilla al lado de Papá (pero no pueden ni podrán siempre andar por la playa, andar por la vida de la mano de Papá, al lado de Papá, custodiados por Papá) la existencia es hermosa y ellos dos, niños como son, lo sienten; y alguna vez Mauricio, que es el más propenso a las frases, con cuatro o cinco palabras lo ha dicho. Y Papá se ha llenado de orgullo, porque Mauricio es el intelectual y Martín es el práctico y la vida, según Papá, está hecha para el triunfo de los tipos inteligentes y de los tipos prácticos, y en cada uno de sus dos hijos cuaja uno de esos modelos de triunfo.

La vida es hermosa al lado de Papá, junto al mar y bajo el sol de mediodía, a pesar de la evaporación gruesa de las algas. Es feo pisarlas, saben los niños; tienen una blandura de carroña. Pero la vida es hermosa aun en ese momento, aun en el trance de pisar las algas. Es hermosa y sería constantemente hermosa si Papá estuviera siempre a nuestro lado. ¿Pero estará? Y ésta es una alarma más penosa que la de respirar, que la de pisotear la muerte de las algas.

La vida sería hermosa si estuviera siempre Papá o, al menos, si Gabriel dejara de estar por allí, detrás de cualquier árbol, detrás de cualquier montículo de arena, detrás de cualquier roca, detrás de la casilla para el motor del pozo o en cualquier otro sitio, siempre amenazante, siempre en acecho.

Mamá. —Gabriel, Gabriel, Gabriel... ¡con ese nombre!

Papá. —No tiene nada de arcángel, ja, ja, ja.  
 Mamá. —¡¿Qué va a tener?! Es un demonio.  
 Papá. —Un verdadero demonio, ja, ja, ja.

Pero otras veces Papá no lo encara con tanto buen humor. Si Papá pudiera comprar la casa de los padres de Gabriel e impedir que el muchacho viniese desde San José por todo el mes de enero, como ellos vienen desde Montevideo, la compraría. Pero el padre de Gabriel, dominado por la madre de Gabriel, dominada por Gabriel no vende nada. Y Gabriel, con sus doce años de una maldad activa y confusa —ya está haciéndose hombre, ya le apunta el bozo, ya empieza a saber inmundicias y una forma más intelectual de su perversidad consistirá, dentro de poco, en decírselas a Mauricio y a Martín (piensa Papá) — por ahora los mortifica, los agrede, los golpea, los usa para la puntería de su honda con carozos, para correrlos con una rama incendiada, para hacerlos saltar descalzos arrojándoles una brasa a los pies. Gabriel es el defecto irreparable de Playa Verde; algún día tendrán que cambiarse si Gabriel sigue viniendo. ¿O él cambiará con la edad y empezará a perseguir muchachas y se desinteresará de sus otras maldades, de matar las gallinas que Papá mete en un jaulón para el veraneo, de merodear por las noches, de arrojar piedras a los postigos, de castigar a Mauricio y a Martín?

Playa Verde, ¿se llama así porque las algas ponen un flojo ribete verde, como una gorguera, como una bocamanga en la orilla, o se llama Playa Verde porque el campo baja también como una ola desde arriba hacia las rocas y a veces yergue sus últimos pastos junto al agua salada? Papá no lo sabe, Papá el omnipotente no lo sabe (como Papá el omnipotente no puede con Gabriel, le está prohibido castigar a Gabriel, le está prohibido —o sería inútil— desafiar al padre de Gabriel). Papá, Mamá: el mundo no lo sabe.

Oh, Papá ríe y ha acabado por tolerar que Mamá le llame Papá. Más todavía: él ha acabado por llamarle Mamá. Es una invención edípica de la clase media —dice después a los amigos, tomando un trago en la terraza

desde la que se ve caer el sol como una naranja encendida sobre el horizonte del mar, mientras sube el abrazo emoliente del olor de las algas— ésa por la que un individuo llama Mamá a su mujer tan sólo porque ella sea la madre de los hijos que él engendró, y la mujer llama Papá al marido porque él sea el padre de esos mismos hijos. Ni el proletariado ni la alta burguesía aceptan esa tolerancia del lenguaje cotidiano —dice Papá, que es abogado—. Cuando una mujer dice Papá a su marido, cuando un hombre dice Mamá a su mujer, es porque los dos (además de tener hijos) viven en el centro de una sociedad, no en su orilla de abajo ni en su orilla de arriba.

Ahora no es verano, ahora están en la casa del Prado, en lo que Papá llama “el tallercito” y es, en realidad, toda una carpintería, con sus formones, con sus morsas, con sus tenazas, con sus pinzas, con sus martillos, con su sierra eléctrica y sus serruchos, con sus guarniciones de llaves diferentes desplegadas como en una panoplia sobre un gran cuadro de madera lustrado por las frecuencias de la mano. Papá ha entrado y los ha visto. Pronto será el tercer verano y ellos fabrican látigos, cachiperras, mazas, flechas.

—¿Para qué?, pregunta Papá.

Y Martín, que tiene sólo seis años, con la tranquila franqueza de los seis años:

—Para matar a Gabriel.

Papá se lo cuenta a Mamá, sonríe complacido. De los dos, Martín es el que sobresale por la habilidad de sus manos.

—Ya sé para quién puse el tallercito —dice Papá—. ¡Para Martín! Para Mauricio van a ser tus libros...

—Martín Pescador, pájaro carpintero —dice Mamá.

Nadie entiende a Mamá cuando dice frases como ésta, ella que ha leído tanto. Frases en que mezcla y liga sin sentido parejas de palabras cerradas, que el uso consagra como expresiones acuñadas pero no para acoplarse

de ese modo, sin significado alguno: Martín Pescador, pájaro carpintero.

Gabriel no se lo espera. Ellos dos se preparan a matarlo y ya no será como el segundo verano, como el verano pasado con la historia de los dos látigos. Ah, no. Ahora están fabricando empuñaduras fuertes, ahora los látigos llevan una perforación en el cuello de esas empuñaduras y por allí pasarán lonjas de cuero que se tornearán a las muñecas. Van a castigarlo sin piedad y los rebenques no saltarán de sus manos, como la otra vez. Ah, no.

¿Qué no haría Gabriel con ellos dos si no le quedara un resto de miedo (no se puede llamarle respeto, ese desalmado no conoce el respeto), un resto de temor por los súbitos estallidos de Papá? No siempre le ha ido bien en esos casos, y lo sabe.

Papá. —Sí, la historia de la arena en los ojos.

Mamá. —¡No lo cuentes, por favor, Papá! Es infantil, es odioso.

Papá. —Todo lo que quieras, Mamá. ¡Pasó!

Mamá. —¡Pasó, pasó!... ¡Claro que pasó! Y fue una chiquilinada que debería darte vergüenza, Papá.

Papá. —Si el tipo hubiera sacado la cara por él, habría sido una pelea entre grandes y no una chiquilinada, Mamá.

Mamá. —Pero no fue.

Papá. —El tipo no quiso.

De todos modos, Papá lo cuenta. Mediodía. Papá y el padre de Gabriel están sentados en las rocas y se supone que desde allí vigilan a sus hijos. Sin hablarles, sin hablarse. No están juntos, no son amigos. Mucha gente mayor elige las rocas para sentarse, en Playa Verde. Ellos dos, como mucha gente.

Mauricio y Martín sí están juntos, jugando juntos, en la mitad de ese escenario vacío que queda entre los hombres y la orilla del mar. De pronto, Gabriel está al lado de ellos dos, acercándose a sus espaldas. Cuando los llama (desde las rocas no se oye, parece haberlo hecho

con su voz más suave, una voz que va hacia los niños pero que se achica y no sube en la calma del mediodía) ellos dos se dan vuelta y Gabriel, sin decir otra palabra, les arroja un puñado de arena a los ojos. Se lo arroja y se va, sin reír sin detenerse a festejarlo. Gabriel es un malvado sin jactancia, un malvado silencioso.

Mauricio y Martín chillan, se restregan los ojos, empujan aun más la arena hacia sus lacrimales que lloran. Los hombres tienen que haberlo visto. Papá, por lo menos, está seguro de que el padre de Gabriel lo ha visto. El padre de Gabriel está sentado algo más adelante, en una roca más baja que la de Papá y le da la espalda. Papá es mucho más alto y más grande, pero no se precisa ser alto ni grande para haberlo visto, no hay obstáculo alguno a la visión, entre ellos dos y los niños. Están sentados en el mismo roquedal, el padre de Gabriel algo más adelante, algo más abajo, en una roca de color herrumbre. Papá un poco más arriba, en una roca gris a lamparones de musgo. Los mismos roquedales, las mismas manadas de rocas, como dice Mamá, cambian de color de una a otra roca en Playa Verde. Es uno de los encantos del paisaje.

Tiene que haberlo visto (el padre de Gabriel) pero no se ha movido, no ha dicho una sola y mínima palabra (¡Gabriel!), no se ha alzado en actitud de reproche, no ha insinuado un solo gesto. El padre de Gabriel tiene siempre (comprueba otra vez Papá) una actitud como resignada o vencida ante las travesuras, ante las malignidades, ante las felonías de su hijo.

Mauricio y Martín, llorando, han mirado hacia el sitio en que está Papá. Pero Papá —esto ya forma parte de una intención— no se ha movido: se ha quedado mirando la nuca del padre de Gabriel, el padre de Gabriel debe haber sentido la fuerza de Papá en ese sitio de su cuerpo. Mauricio y Martín han decrecido en su llanto, no han pensado en vengarse, han acabado por volver a su juego. Gabriel ya está lejos, a la orilla del agua. Parece haberlo olvidado todo. Primero la crueldad y después, como un lavado, la inocencia.

Entonces Papá ha esperado un poco más y luego se ha levantado lentamente y ha bajado de su roca, pasando al lado del padre de Gabriel, siempre inmóvil. Se ha agachado al empezar la arena, ha seguido hacia el agua, ha flanqueado a sus hijos sin mirarlos. Se ha aproximado a Gabriel, por su espalda; y una vez a su lado, lo ha llamado del modo más persuasivo, del modo más suave: del mismo modo en que Gabriel llamó hace unos minutos a Mauricio y a Martín. La agresión de Gabriel ya pertenece al pasado remoto y Gabriel conoce bien la voz de Papá. Se ha dado vuelta entonces y la enorme mano izquierda de Papá (Papá jugó durante años a la pelota vasca y es zurdo) ha soltado una enorme nube de arena, que ha ido a parar directamente en los ojos de Gabriel, cegándolo. Es mucho más arena pero es la ley del Talién.

Papá —es la pura verdad, por eso le ha dicho a Mamá que la historia podría no haber sido la de una simple chiquilina— ha vuelto a apretar el puño después de soltar la arena. Gabriel mantiene cerrados los ojos (puede haber más arena en el puño derecho de Papá) y, más astuto que Mauricio y Martín, se lava ahora silenciosamente la cara —pero la salazón del agua duele al mezclarse a la arena, enrojece las escleróticas de Gabriel— en cuclillas al borde del mar.

Y con ese puño izquierdo cerrado al nivel de su cintura —sin alzarlo, sin fanfarronear, sin amenazar— Papá dirige su mirada hacia la roca color herrumbre. Pero el padre de Gabriel, que no había visto antes a su hijo, tampoco ve ahora a Papá. Parece a punto de disolverse entre las vibraciones luminosas del mediodía en el paisaje de rocas y de arena; es una simple suma de partículas, allá, sentado, con su camisa blanca y sus piernas pendulantes, que acompañan el declive de la roca color herrumbre. Gabriel no lo precisa, no debe haberlo precisado nunca. Gabriel se lava la cara, Mauricio y Martín siguen haciendo su castillo de arena y Papá retorna a la roca gris a lamparones de musgo, al mismo sitio en que había estado antes. Mediodía.

Papá está orgulloso de que ellos fabriquen látigos,

porque lo considera “un acto de educación para la vida”. Papá ha leído mucho menos que Mamá pero la graduación universitaria le ha dado una suficiencia más espontánea, un aire más sólido. Ah, bueno, físicamente también lo tiene. Mamá es un pajarito, pero no un pájaro carpintero, al lado de Papá. Mamá es un gorrión y Papá es un toro, esa es la proporción. Pero Mamá no es un tordo y no se sube al lomo de Papá. Anda por la vida a su entera cuenta, como los gorriones. Papá suele llamarle así, El Gorrión, y ha prometido que cuando tengan una casa en Punta del Este, donde tanta gente cursi y esnob le pone nombres tan sofisticados a las casas, él le pondrá sencillamente, en homenaje a ella, tal cual, El Gorrión.

Mauricio y Martín no saben que es un acto de educación para la vida, pero Papá les ha enseñado que no hay que rehuir a Gabriel sino enfrentarlo. Les ha inculcado un calmoso fanatismo del coraje viril y ahora ellos saben (Mauricio tiene siete años, Martín seis) que hay que matar a Gabriel. Por eso van y vienen por el taller-cito, toman martillos, clavetean la lonja de los rebenques al palo del mango, pulen las mazas en forma de botellas o de clavas con que le golpearán la cabeza (¿no piensan que van a ensangrentársela, y a asustarse cuando lo vean ensangrentado? Tal vez no, su crueldad es sumaria y sin detalles, no minuciosa como la de Gabriel). Papá los ayuda muy poco, apenas los mira hacer. Sólo recurren a él cuando se precisa manejar la sierra eléctrica, cuya llave de contacto está a una altura a que no pueden llegar. Y Papá, casi refunfuñando pero con una secreta satisfacción por este ritual preparatorio del coraje de los niños, consiente y los ayuda.

El verano pasado —el segundo verano contra Gabriel— apenas se les ocurrió llevar un par de látigos muy toscos, para zurrarlo. Mauricio tenía entonces seis años, los hizo él solo. Eran dos lenguas de cuero, tal vez dos cintos viejos claveteados a un trozo de palo de escoba. Pero cuando Gabriel apareció y empezaron a darle, se vieron de pronto perdidos. Porque Gabriel no retrocedió. Soportó los primeros latigazos y logró por fin asir, uno en

cada mano, como riendas, los viejos cintos con que querían castigarlo. Y cuando tiró de allí con fuerza, los trozos de palo de escoba resbalaron hacia arriba, escapando del cartucho de las manos que querían blandirlos y fueron a quedar enteramente en las manos de Gabriel. Y aquella vez la crueldad de Gabriel fue otra: la crueldad de un ladrón y de un esbirro, decía Papá. Gabriel les quitó los látigos y no los castigó con ellos. Pero ese mismo verano daba latigazos a otros chicos, en presencia de ellos dos, diciéndoles: "Ahora te doy con el látigo de Mauricio, ahora te doy con el látigo de Martín". Y ellos dos se sentían confusamente culpables de que no les tocara nunca, como si el hecho de haber sido los dueños de los látigos los asociara al castigo irritante que debían sufrir los otros chicos. Así era Gabriel.

Ah, sí, pero ahora no pasaría eso. Ahora los látigos eran perfectos, irían atados a las muñecas. Papá tiró, Papá hizo la prueba: era posible arrastrarlos con ellos, no quitárselos. Y Papá tenía mucho más fuerza que Gabriel y Papá podía emplear toda su fuerza porque no estaban castigándolo. Gabriel tenía menos fuerza y los látigos estarían lloviéndole encima. O también las mazas, las mazas con su forma de botellas panzonas, con su forma de clavos. Papá no dejó que hicieran "piñas americanas", no, eso no. Darle una paliza a Gabriel —pero ellos querían matarlo, eso pensaban en invierno y primavera, tal vez el verano, la presencia de Gabriel y la playa trajeran la imagen de castigos más suaves— pero no abrirle la cara. Eso traería complicaciones mayores y Papá, que es abogado, lo sabe muy bien. Lo suficiente para que Gabriel los deje en paz (¿y a eso no podría llamarle, en sentido figurado, la muerte de Gabriel?... Mamá piensa que sí) y no más allá. Ustedes tampoco deben pasar a ser matones. Claro, claro, esa ya no sería una forma de educación para la vida; por lo menos, para la vida tal como la concibe un abogado si piensa en sus hijos.

Las humillaciones impresionan a Gabriel más que los castigos. Papá lo ilustra con el ejemplo de la torta

de brea. Papá le llama así: es el montón de alquitrán semilíquido, endurecido en la base, blando arriba ("como una torta de vaca", dice Papá, pasando a una misma repostería la deyección de los buques y del ganado) que queda a veces en la arena de Playa Verde, traído desde altamar por el agua. Gabriel acaba de golpear porque sí a Mauricio. Pero Papá y el padre de Gabriel están al lado. Y como Mauricio ya sabe la desproporción de fuerzas que hay entre Papá y el padre de Gabriel, se siente repentinamente protegido por esos dos testigos y toma de la arena la torta de brea y se la refriega por el pelo de Gabriel. Sí, lo peor es la humillación. Porque la brea se endurece en el pelo de Gabriel y la madre de Gabriel, tras darle de bofetones, tras increpar la flojedad del padre de Gabriel (en voz alta, para que la vejación no quede allí, para que Mamá lo oiga y salga a retrucarlo si quiere) tiene que cortarle mechadas enteras de pelo. Y Gabriel parece esa tarde un pollo rabón, dice Papá, con su pelo en lamparones, con los claros sarnosos de los cortes. Eso le ha dolido más que la arena en los ojos.

Papá declara no haber odiado nunca a un niño en singular, hasta que conoció a Gabriel. Pero sí haber sufrido siempre por la inconsciente agresividad de los niños en bandadas (no le gusta decir en patota) desde que él era niño y hasta ahora. Sí, hasta hoy mismo. Porque Papá, por rotundo que ahora sea, fue —dice siempre— un niño ensimismado, inseguro, infeliz. ¡Qué transformación!, dice Mamá. Sí, todo lo que quieras, pero aún hoy le horrorizan las fiestas de cumpleaños de sus hijos. En fiestas así, en su infancia, obligado porque eran sus primos, obligado porque eran sus vecinos, obligado porque eran sus discípulos (la madre de Papá —habría que llamarle Abuela, pero nunca la conocieron— tenía un sentido estricto de los compromisos sociales de un niño, era tal vez su forma de educación para la vida) Papá debe haberse sentido terriblemente solo y desdichado. Cuando va a dejar a Mauricio o Martín en casa de algún amigo, to que festeja su cumpleaños (y sus hijos parecen ir con menos resistencias de las que él recuerda haber ensayado)

y ve acercarse por el jardín de una casa una banda de niños agitando matracas, sonando pitos, explotando cohetes, Papá —tan firme como es— siente un inevitable encogimiento de horror. Habría dudado en engendrar a sus hijos si, en el momento de hacerlo, hubiese tenido ante sus ojos una visión como ésta, una figuración tan atroz de los placeres infantiles. Y ahora mismo, en Playa Verde, cuando Mauricio y Martín, traídos por él, vuelven del baño con un montón de otros chicos y llegan hasta la casa, porque es de las primeras, y allí se despiden gritando ¡Hasta luego! todos a la vez, con chillidos revueltos y exagerados, como una bandada de gaviotas, siente otra vez el horror que la memoria de su niñez le provoca. Sí, dice Mamá, pero es que entonces son como una bandada de gaviotas (y aquí aparecen, volando, sus lecturas). Son como una bandada de gaviotas porque vienen de la playa y han estado jugando en la arena mientras encima de sus cabezas dan vueltas y chillan las gaviotas.

—Sí, dice Papá. Será; pero me crispa los nervios.

No crean por esto que Papá sea un sensitivo ni un frágil. ¡Qué va a ser! Papá es un gustador de la vida, dice Mamá. (¿Pero cómo le gustó entonces Mamá, ese gorrión?) Si Papá se pone a hablar, por ejemplo, de las rocas de Playa Verde, dice que hay rocas de todos los colores y las describe así: verdes, de un verde oscuro y rugoso y granuloso como cortezas de zapallo; rojas, de un rojo intenso como ajíes o como conserva de tomate, no color tomate sino lo que en las casas se llama pomidoro y es una pasta blanda, como una arcilla o una plasticina casi rojo vinoso; rocas de color cobre, y hasta con el picado del cobre de esos tachos de gitano pasados mucho tiempo por el fuego, batidos y rasqueteados con cucharas de madera para que los dulces no se peguen al fondo. Todas las asociaciones, todas las percepciones de Papá se vinculan a un mundo de placeres gustativos, a copias de manjares: soles de naranja, lunas de limón. El mundo exterior es para él como una gran alacena de placeres

disponibles y lo disfruta con los ojos, con las manos, con toda la fuerza de sus despiertas apetencias sensoriales.

Cuando en el colegio de jesuitas les hacían aprender al canto la nómina de los pecados capitales, y Papá canturreaba —junto a otros niños— *Lu/ju/ria, apeti/tes/or/de/na/do/de/carnáales de/lei/tes*, lo de apetito y lo de deleites carnales sólo le sugería al niño que era entonces Papá un gran filete de lomo como los que su padre le hacía preparar en los restaurantes, con papas fritas, con huevos, con tiritas verdes o rojas de morrones. O, abstrayéndose aun más, podía pensar en inmensos pasteles de dulce. Su madre lo había castigado una vez, allá por sus tres años, por mordisquear las esquinitas de hojaldre y sorber el dulce de toda una bandeja de pasteles puestos a enfriar en la ventana. O podía pensar en tarros de mermelada a extender sobre tostadas o a apretar entre dos galletitas María, porque aquellos eran los apetitos desordenados y los deleites impetuosos (¿carnales no querría decir eso, atropellados, groseros, desconsiderados?) de su infancia. ¡Lo que se me ocurría entonces!, dice Papá. Y le pone el colofón de una gran carcajada, eso que Mamá sigue llamando “una carcajada homérica”, por más que Papá le haya preguntado más de una vez, sin respuesta, de dónde saca que los personajes de Homero se rieran de ese modo descomunal.

Mauricio y Martín preparan también hondas para acribillar a Gabriel. Han aprendido a manejarlas contra postes y carteles en el otoño por el Prado (Mamá —por algo Papá le llama El Gorrión— no deja tirarle a los pájaros) y pueden imaginarse a Gabriel atado a uno de aquellos postes (como San Sebastián, dice riendo Mamá si ellos le confían sus visiones) y a ellos dos tirándole hondazos y hasta flechazos, porque han hecho flechas y arcos y Papá les ha enseñado a tensar la cuerda para que la flecha salga bien disparada. Y también, como residuo de historias infantiles, pueden verlo arder en una hoguera, retorcerse quemado como una bruja o despedazarse por cuatro potros que, tirando de sus muñecas y de sus tobillos, partieran espoleados hacia los cuatro pun-

tos cardinales. Estas imaginaciones son más culpables y se las confían sólo entre ellos, sin pasárselas en limpio a Mamá. El odio secreto que alienta allí va a ser su fuerza.

Papá tenía razón: entre tanto, han adquirido los rudimentos de un oficio. Y en el mundo de mañana, nunca se sabe... "Nunca se sabe" es la única contraseña de Papá cuando alguien habla de la Revolución o de transformaciones profundas, y aun cuando alguien profetiza que correrá mucha sangre. Papá lo ha leído en los libros de Historia; pero ahora, en este mundo en que vive, no lo encuentra realmente necesario.

Gabriel no era sólo perverso, había que reconocerlo, Gabriel era también arriesgado, temerario: "Inconsciente", decía Papá. En el segundo verano robó un bote y salió mar afuera. Se levantó una tormenta inesperada, tras la calma bochornosa y el calor quieto del día, y el mar alzó grandes olas. Gabriel nunca había remado: simplemente, había visto remar. En el espigón de cemento que apenas entra unos metros en el mar y hace de precario embarcadero, el padre de Gabriel —desesperado pero tan irresoluto como siempre— gritaba el nombre de su hijo al revoltijo de las olas y parecía esperar alguna respuesta. Una respuesta que de pronto vino: Gabriel, no se sabía cómo, había imitado a la perfección los movimientos de los remeros que había visto: había logrado navegar sin que el bote golpeará contra el espigón y había podido desembarcar, empapado y pálido, pero indemne. Sólo su madre se había animado a levantar la mano para pegarle; pero algo la había hecho desistir a medio camino, y sólo había estrujado, como para escurrirlas, las guedejas chorreantes de su hijo.

O la morosa perversidad del valor en la calma: tomaba un cangrejo vivo de la orilla, lo lavaba, se lo metía en la boca, se acostaba en la arena entre los demás chicos, iba entreabriendo lenta y cuidadosamente la boca, como si fuera a expeler una pompa de jabón y el cangrejo empezaba a salir por allí —primero una pinza, luego otra— y se ponía a caminar por la cara de Gabriel: se diría que

casi se asomaba, recién parido, a los ojos abiertos y malignos del muchacho.

El tercer verano, armados hasta los dientes, Mauricio y Martín llegan a Playa Verde. Llegan a matar a Gabriel. La misma tarde de la llegada rondan su casa, enarbolando cachiporras, escondiendo los látigos debajo de sus camisas flotantes. Tienen que anticiparse a él en un acto de agresión, para exorcizar el miedo: el miedo que, aun sintiéndose invulnerables, sigue inspirándoles Gabriel.

Gritan su nombre, en un acto ambiguo de amistad que puede acercarlos al suplicio. Pero la casa está cerrada y se cansan de llamarlo.

Esa tardecita, conversando en la terraza, el vecino lo dice. ¿No lo sabían? Los vecinos no vienen este año. Porque el muchachito, aquel Gabriel que era el diablo, había muerto de pulmonía a raíz de una mojadura. En San José: se había empapado volviendo del liceo, en pleno invierno.

Todo el armamento (no lo tienen encima a esa hora) cae sin ruido de sus manos para siempre. Por un rato no hablan: se sientan a esperar que llegue la noche, en el terraplén que flanquea ese sitio por donde la terraza da al mar. Papá prepara un trago, convida a Mamá. La vida de los mayores pasa rápidamente por encima de cualquier revelación, por brutal y sorpresiva que sea.

—¡Qué historia, Mamá! —dice Papá—. . . ¿No se te ocurrió pensar que es como si los chicos lo hubiesen conseguido?

Ha sido una imprudencia de Papá decirlo de tal modo. Mauricio y Martín, ¡qué lástima!, los niños que después van a ser hombres, como diría Papá, no deberían haberlo escuchado tan claramente.

## EL HIJO PRÓDIGO

A veces quieres consolarte imaginando qué diferente habría sido todo si lo hubieras visto primero, si hubieras llegado antes que él junto al niño, si hubieras podido imponer esa prioridad. Pero acaso habría sido igual, porque hay situaciones que no dependen del tiempo y esta fue una de ellas. Situaciones, quiero decir, a las que un detalle de trivial anticipación en el paso no podría afectar en su naturaleza. Como mujer te lo digo. Como mujeres, sabemos estas cosas.

De todos modos, me has dicho que los dos lo vieron y encontraron en el mismo instante: tú y el hombre gordo. Tú y el hombre manso, como otras veces —repasando la historia— le llamas.

También a la criatura sueles cambiarle los nombres: a veces le llamas el niño. Otras veces te parece demasiado sofisticado, demasiado cursi decir “el niño”: tiene algo de la presuntuosa jerga con que los maestros hablan de los escolares, simulando quererlos a morir y en realidad despersonalizándolos, como simple materia de trabajo, como la expresión de una cifra. Entonces ya no le llamas “el niño” sino “el chiquilín”. Te parece mejor: más llano, más humano. Pero cuando me lo describes, ves que la palabra “chiquilín” sugiere una estructura demasiado angulosa. Y el chiquilín de tu historia es un muchachito redondo, carilleno, de blanduras mórbidas y una mirada en ningún sitio, como los querubines de Rafael. Un chiquilín parece empezar por ser alguien flaco, descalzo, desnutrido, raquítrico o avanzado en un crecimiento desparejo. Y la criatura de tu historia está bien vestida y alimentada, visiblemente ahíta: no siente ninguna necesidad de esa especie, acaso por hartazgo, acaso por indiferencia. Cuando el hombre gordo le compre pororó o un pastel,

soplará el maíz desde sus labios indiferentes, mordisqueará apenas el pastel, aprovechando la primera moldura de un balcón, el primer hueco de una fachada para abandonarlo. No, no llega a ser rollizo pero es de formas suaves, llenas, casi femeninas: no se sabe si ha sido glotón y ahora es inapetente. Es, al fin de cuentas, una parte pequeña, una parte insignificante de lo mucho que se ignora de él: nombre, origen, incluso existencia.

Partamos de lo único que no puede negarse: que el hombre y tú lo vieron al mismo tiempo. He vivido junto a ti lo bastante para saber que es injusto que te acuses de haber sido, "como siempre", demasiado imperioso. No existe la palabra justa para definir ese rasgo creador que está en la energía de tu carácter, algo que el hombre gordo, que el hombre quieto, que el hombre manso sin duda no tenía. Mejor, pienso ahora, no llamarle tampoco el hombre gordo. Porque nadie, ni ese hombre ni el chico ni tú, nadie es verdaderamente enteco en esta historia. Nadie ni nada: ni siquiera el paisaje, que dices haber ido pasando entre arcos romanos, entre balcones y columnatas, entre balaústres como botellitas panzonas (¡y cómo te gustan los balaústres!, están en la escenografía decadente de todo lo que escribes) entre turgencias y curvas que contribuían a dar la impresión de que también el paisaje fuera gordo, bien alimentado y redondo. Redondo y no carnal, redondo como la luna, redondo linfático. Salvo tú, nadie es carnal en esta historia: salvo tú, mi querido. El hombre manso es fofo, inerte; eso fue quizá lo que más acució tu don de empresa. El niño (llamémosle así, por convención de lenguaje, algunas veces) es una presencia como coagulada, apagada, tal vez esponjosa cuando tratas de definirlo. ¡Por algo se escapa!

Los dos lo vieron al mismo tiempo pero tú te pusiste a preguntarle primero; no porque hayas sido, "como siempre", el más imperioso, sino porque de los dos (y casi siempre que haya dos y tú seas uno de ellos sucederá lo mismo) eras el más vivo, el más alerta, el más despierto, el más curioso.

Por lo demás, haberle preguntado antes no fue nin-

guna forma de anticipación abrumadora, ninguna forma de intrusión lo suficientemente posesiva. Piensa en lo que ocurrió después y estarás de acuerdo conmigo.

Acaso el hombre manso tenía también sus instrumentos de posesión y ellos fueron más insidiosos —menos claros, menos limpios— que los tuyos. Menos limpios y más definitivos. Piensa en lo que ocurrió después.

Lo vieron los dos al mismo tiempo, tú le preguntaste primero y por lo que el muchachito contestó —al parecer un gesto, gestos más que palabras— se supo que estaba perdido. Que se había perdido, quiero decir. No usemos palabras con cargas subjetivas.

Lo supiste tú. ¿Lo supo también el hombre gordo? Tú sí que no lo sabes. El hombre gordo no habló entonces, casi no habló en toda la historia. No dijo nada, no opinó nada. ¿Puedes darme una sola opinión de él en todo el asunto? ¿Verdad que no? No opinó nada pero estuvo tan cerca del chico como tú, aunque por otros medios, por otras formas de compañía —y al cabo habría que decir "por otras formas de persuasión", "por otras formas de captación"— que habrían de resultar más convincentes, más decisivas, más abusivas tal vez (¿no serían más enigmáticamente afines a la naturaleza del niño, más misteriosamente compulsivas?) que las tuyas.

Porque mientras el chico dio a entender (¿dijo, hizo ademanes?) que estaba perdido, que se había extraviado en la ciudad, que ignoraba su nombre, su edad, su casa, incluso su barrio, y tú absorbías todos esos datos —toda esa ausencia de datos— y te aprontabas a traducirlos en acción, en la única acción que te parecía posible, verosímil, conducente, el hombre manso, el hombre quieto, el hombre gordo no estaba tan abismalmente ajeno como su cara de pan crudo con agujeritos a dedo (ojos, nariz), con rasguños más largos (boca, orejas), pudo haberte dado engañosamente a creer. No. No estaba ajeno y lo has aprendido duramente después. Es entonces cuando te has reprochado, con injusticia hacia ti mismo, tu prontitud autoritaria o, revés de la misma actitud, cuando te has dado a inventar una relación de semejanza aun fi-

sica, una relación de parentesco no en la familia sino en el tiempo, entre el hombre gordo y el chiquilín fofo. Es cuando has dicho que tuviste la impresión de que el hombre gordo y el muchachito gordo eran dos tiempos de una misma cosa, ni siquiera de una misma persona. No el niño y el hombre definitivos en el correr de una sola encarnación, sino algo así como dos monigotes de masa para una misma serie, en la que alguien volvería a manipular después la crasa sustancia del hombre manso junto al barro casi lunar casi volcánico de la criatura, cuando los dos le hubieran servido y ya no le sirvieran, como pruebas de tránsito, para dar con la forma de algo, una forma terminal, quizás abstracta pero definitiva. Oh no, esa forma definitiva y abstracta tampoco serías tú, no sería de tu serie. ¡Y tú eres tan concreto! Porque tú sí —no sé si es por quererte que lo digo, no tenemos un hijo, no pienses que es por eso— siempre me has parecido una forma plena y contundente, una forma de la que no es fatalmente necesario que tengan que salir otras formas. No es esterilidad: es conclusión, es acabamiento rotundo, es energía vital. ¿No te parece?...

Te reprochas, después que pasan las cosas, no haber concedido atención a ese tipo de frágiles primeras impresiones. ¿Te valdría de algo lo contrario? Pienso que no. No me tomes en cuenta.

Te pareció que el hombre manso y el muchachito gordo tenían alguna secreta relación corporal no averiguada (no averiguada por ellos, no averiguada por ti) cuando el hombre le dio la mano y el chico se atuvo a que ya no lo soltara. No se soltaron nunca, no lo digas: fue así.

El hombre gordo no estaba ajeno a nada, eso sí se ve bien. Tú habías preguntado el nombre, No sé, la edad, No sé, por los padres, No sé, por la casa, No sé, por el barrio, No sé, por las horas que llevaba errando y aquí sí el niño habló para decir que le parecía haber andado y caminado (no dijo haber llorado, siempre indiferente) haber estado perdido desde la mañana temprano. Y era ya más de

media tarde soleada y quieta, una tarde de abrigo tibio en el puro corazón del invierno.

El hombre no parecía escuchar. En todo caso, no parecía interesado en la suerte del interrogatorio, como si de algún modo estuviera más allá de todos esos datos posibles, los diera por supuestos, no le interesaran; como si supiera —has dicho tú, tu impresión aquí vale más que la mía— como si supiera que nada de eso podría cambiar nada, en lo que verdaderamente importase.

Al niño tampoco nada de esto parecía preocuparle: ni su identidad perdida ni su cuerpo perdido. Nada. Pero no era como un tonto, no lo hacía como un tonto, no se ausentaba como un tonto, no. Eso me lo has descrito muy bien, y tantas veces que ya casi lo veo: no era como un tonto. Era como si fuese un amnésico o, mejor todavía, un abúlico, un volcán apagado, una criatura indiferente, un ser totalmente desinteresado del trance que estaba viviendo, que otros estaban obligándole a vivir. Tampoco parecía estar despistándose (digo despistándose, no despistándolos, porque el hombre gordo no entraba en todo este juego de la curiosidad y el posible socorro y las preguntas), tampoco parecía estar desorientándose adrede, para prolongar de algún modo el beneficio de su libertad. No. Esa libertad tampoco debía resultarle disfrutable. Ni efímera ni perdurable, ni pavorosa ni ideal, ni miserable ni preciosa. No. No llegaba a rozarlo. Era como una planta, pero como una planta de patio cerrado: sin sol, sin noticia del sol, sin ambición de sol. Si era más libre que salido de su casa, que escapado de una madre oprimiente y solícita, que fugado de un padre cruel, eso no lo sabía. No lo sabía ni dejaba que nadie lo supiese por él. ¿Lo sabía, a pesar de todo eso, el hombre gordo? A veces, casi como un delirio, te ha parecido que sí, que el gordo lo sabía y que entre ellos dos te jugaron, sí, que te jugaron taimadamente. Con la sabiduría del gordo y la sumisión del chico.

Lo cierto es que el hombre gordo le dio la mano, no para asegurarlo contra tus preguntas, no para resguardarlo contra tus vanas tentativas de intromisión en su inti-

midad (¿y acaso podía tener intimidad estando tan vacío por debajo de sus carrillos sopladados, por detrás de su cara de careta de bebé?); no, no para nada de eso, sino para hacer sentir —para que tú lo sintieras, para que el niño lo supiera, pero especialmente para que tú lo sufrieras como un límite a tus poderes de disposición— que desde que ambos lo habían encontrado al mismo tiempo, tú no decidirías sin él, sin su concurso, sin su aquiescencia, por pasiva que ahora empezara a parecerse.

Tú te has preguntado muchas veces por qué los dos lo encontraron al mismo tiempo y, más concretamente, de dónde venía cada uno de ustedes dos cuando los dos, llegando al lado de él en un mismo instante supieron, cada uno a su modo, que estaba perdido. Pero aquí sí he visto que quien se pierde eres tú, que te fatigas y distraes en conjeturas, sin poder salir de la invencible oscuridad del detalle. ¿De dónde venías tú, de dónde venía él? No se sabe, el paisaje tampoco daba un solo asidero; el paisaje era, para todos lados, escabrosamente vago y podría decirse que escabrosamente hueco: como una escenografía que se fuese replegando y retrayendo a espaldas y delante de ustedes, a medida que la recorriesen. Habrías de verlo más claro después, en la marcha que siguió. Pero ya se advertía como un gran vacío de aire por estresar detrás de cada cuerpo; un aire en que los ademanes más silenciosos se magnificaban, se hacían ampulosos, con un aura de engrandecimiento desagradable y cascado y pueril, al modo del que hace el eco para la voz. Una sensación de vacancia espacial, dijiste alguna vez y te arrepentiste de la pedantería que siempre crees encontrar en la precisión de tu lenguaje. Y bueno, no es pedantería: hablas así, como otros hablan a ciegas, como otros tartamudean, como otros se expresan a tropezones. Es absurdo que alguien haya podido convencerte de que esa justeza es fatuidad, de que esa nitidez te perjudica como escritor. Tenterías.

Sí, era eso, una sensación de vacancia espacial y en ella tú, el gordo y el muchachito como tres sondas, como tres globos cautivos... como tres cometas. ¿Te gusta más

así, no te parece más modesto, menos pomposo, más fortuito, más misteriosamente vago? Pero tampoco era fortuito, había como un amortiguado encaje de todas las actitudes —por inesperadas, por balbucientes que pareciesen— en el aire de aquel escenario; de aquel escenario sin cosas cerca, con balaústres, con arcos romanos, con largas columnatas, con dudosos confines de macetas y árboles en sitios a que aún ustedes no se habían vuelto, y por tanto aún no existían.

Había en todo eso como un aplomo cadencioso, primero entredormido y desperezándose y emergiendo de a poco, pero en definitiva fácil y suelto y fluido. En los gestos, en las palabras que tú eras el único en decir, en las determinaciones que tú eras aparentemente el único en tomar y que iban desenroscándose como cintas a partir de esas palabras. De esas palabras no contradichas pero tampoco aprobadas; después lo supiste muy bien, sin duda alguna: tampoco aprobadas.

La cordura parecía de algún modo abolida, completamente arrasada en toda la situación. Porque si ahora lo piensas —como después lo has pensado, como tantas veces lo razonaste ante mí, un codo hundido en la almohada— es increíble que no le hayas preguntado al gordo quién era él, cómo se llamaba, dónde vivía. No se lo preguntaste, ni siquiera cuando él mencionó la posibilidad de dejar su nombre junto al tuyo en los libros, una vez que tú habías propuesto (sin que él asintiera, sin que él negara, sin que él se pronunciase) llevar al niño, depositarlo en manos de las autoridades, darlo por encontrado.

Es increíble que no le hayas preguntado quién era, cómo se llamaba, dónde vivía, ni siquiera por aquella impresión (que dices haber entrevisto, no haber profundizado pero acaso haber acatado momentáneamente) según la cual el niño y el hombre gordo existían juntos, se comprendían de algún modo indescifrable, alentaban en un mismo sitio, en un mismo ramal de la especie humana. No, no se le preguntaste y esto te ha llevado a alzar desde la almohada un rostro crispado y desapacible, descontento contigo mismo, desavenido a una primera lucidez de

vigilia, conmigo a tu lado. A alzar ese rostro hacia la luz del día y a abrir lentamente los dedos de una mano, mientras el codo sigue hundido en la almohada, hundido en los últimos vestigios de la penumbra o el sueño.

No, no se lo preguntaste, ni aun en aquel momento en que tu curiosidad no podría haber sonado a impertinencia. Sí, era seguro que el hombre nunca cuestionaría tu identidad, tu origen, tu viaje a través de la ciudad y de la tarde; y esa forma desapareja y no correspondida del interés, de la información, de la inquisición (oh, de la Inquisición, aquel era un paisaje en que pudiera muy bien existir) parecería tal vez un abuso tuyo, un saqueo de tu parte, un despojo de la suya, y aquí tiene que haber entrado infaliblemente a funcionar tu renombrada delicadeza, mi amor querido. Sí, dejemos esto: no se lo preguntaste, a qué darle más vueltas.

La ocasión existió, sin embargo. Tú habías desarrollado ya tu primera propuesta; lo que a veces, con ánimo de castigarte, llamas tu primer soliloquio. Soliloquio es tal vez una palabra más fatua, más empingorotada, más rebuscada, menos auténticamente teatral que monólogo. Y entonces y por eso la usas. En ese soliloquio habías dicho, ¿para quién?, el niño no parecía entenderte, el hombre manso no parecía contradecirte ni acompañarte, habías dicho que puesto que el niño estaba perdido (o extraviado, te acusas de haber empleado esta palabra más enfática, más distanciada, más impura, menos comprometedor de otros sentidos) era necesario llevarlo ante las autoridades. Dijiste autoridades y no policía, pero casi en seguida se supo que pensabas en la policía. Mientras te mantuviste en la palabra "autoridades", era posible que adujeras pensar en el Consejo del Niño, en algún albergue transitorio, no en un asilo, no en una cárcel. ¿Asilo o cárcel por qué? ¿Era eso lo que temía, era eso lo que no estaba dispuesto a consentir el hombre gordo? ¿Por qué no se lo aclaraste antes de que fuese demasiado tarde? Tú tampoco pensabas en castigos, tú tampoco pensabas en prisiones. Sí, claro, el silencio del hombre gordo, el aire distraído y como absorto en que había caído como para

siempre el muchachito, no ofrecían el mejor estímulo para seguir, para redondear un propósito, para aclarar una frase, para ser más preciso. Lo que te repugna siempre, la precisión, eso fue lo que malhadadamente faltó cuando dijiste "autoridades". El hombre gordo no dijo nada, pero acaso fue lo que anotó, lo que temió, lo que contagió al niño teniéndolo de la mano, lo que a los dos los decidió sin hablarse, sin necesidad de mirarse siquiera. ¡Tanto se entendían!

Dijiste que seguramente las autoridades tenían ya en su poder la denuncia de los padres y que todo se arreglaría (aquí pretendiste ser amable, ser cómico) juntando el chico a la denuncia. Esta fue tu segunda palabra desgraciada, dices: denuncia. Posiblemente estés en lo cierto. Es una palabra desgraciada, siempre y desde cualquier sitio: cuando uno la hace, cuando a uno se la hacen. Es una palabra que se sufre de los dos lados y el niño tiene que haberla sufrido en su distracción y el hombre gordo tiene que haberla sufrido en su silencio, tanto como tú al decirla. Y otra vez la excusa es la misma: el hecho de que ellos dos callaran no podía inspirarte, volcarte a buscar lo tuyo dentro de ti. Tú no estás hecho para el soliloquio, como dices con intención de escarnecerte. Tú precisas la réplica. La discusión, no la denuncia.

Fue entonces cuando el hombre manso preguntó si habría que dar los nombres. ¿El tuyo, el suyo? Tú no entendiste bien o —mejor dicho— la voz a medio hacer del hombre gordo (una voz sin cocción, como su cuerpo de panadería inconclusa), esa voz aflautada y hueca y cavernosa, todo a un tiempo, te perturbó más allá de lo esperado (y no esperabas nada). Te perturbó y, pensando que el niño iría a juntarse con la denuncia o, mejor aun, pensando que no debería haber otro niño perdido y denunciado más que aquél, aquella tarde de invierno en aquella ciudad, dijiste imprudentemente que sí, que habría que dar el nombre del niño al restituirlo. "Pero si no lo sabemos..." te dijo con boyuna sensatez el hombre gordo, que parecía haber estado aguardando tu renuncio, haberlo esperado hasta el minuto en que ocurriera,

para desaprobarte. No soltaba la mano del niño, no la soltó nunca, ni aun para comprarle las rosetas de maíz, ni aun cuando le regaló un pastel. Compraba con la mano libre, daba a que el niño tuviera las cosas con su mano libre. La mano izquierda de él, la mano derecha del niño jamás se soltaron. Como en un pacto.

Sí, conviniste, claro. No lo sabemos todavía (fue un adverbio imprudente, tu tercer error). Pero lo sabremos una vez allá. Y eso pudo haberse registrado como un ligero temblor más, en el puente de comunicaciones que hacían aquellas dos manos, la izquierda del hombre gordo, la derecha del niño.

No, el hombre gordo te lo explicó entonces (y tenía voces y más voces diferentes, y todas como crudas dentro de él, de su pecho abombado, de su garganta redonda). Dijo que se refería al nombre de los dos, tú y él. No dijo "nosotros dos", eso sí lo recuerdas. Dijo "usted y yo", pero el yo salió más opaco, menos agresivo que el Usted. Usted y yo, no había nunca la asociación suficiente para integrar el "nosotros".

Fue el momento en que cometiste tu cuarto error, si hay que seguirte en tu escrutinio implacable. Dijiste que no, que bastaba con dar el tuyo, que él no tenía por qué molestarse. Dijiste "molestarse" pero él debe haber entendido "ingerirse", "inmiscuirse", "verse involucrado". Y era eso, precisamente eso lo que no depondría, lo que no resignaría en tus manos ni en las de nadie, lo que no declinaría ni aun cuando le costase precios mayores que el de su obesa tranquilidad: su vida, por ejemplo, volver al horno de donde había escapado antes de estar pronto.

No, le habría parecido una traición hecha al niño porque sí, hecha a sí mismo. Si el niño no hubiera estado tan enteramente abstraído, habría registrado aquella insolidaridad que sugería la frase por la que tú invitabas al hombre gordo a no molestarse. La habría registrado en un temblor de su mano regordeta y pequeña dentro de aquella otra mano regordeta y más grande. Pero era cuando el hombre ya le había comprado pororó y el niño

estaba soplándolo, como un granizo, desde sus labios inapetentes.

¿De dónde llegó el vendedor, cómo pudieron entenderse sin palabras? Tampoco lo sabes. Has llegado a pensar —pero seguramente inventas, para mortificarte más— que el vendedor de rosetas de maíz era otro tipo carilleno y crudo como el chico, como el gordo; otro ejemplar de la misma serie. Mejor confesarse la verdad, mejor saber que no reparaste en su cara, porque andabas ya alzando la tuya en busca del frontis, del escudo, de la chapa, de la bandera de la comisaría, que deberían estar por allí (¿dónde, en el vasto aire?) y empecinadamente no estaban. No reparaste en la cara del vendedor de maíz ni oíste palabra alguna para decir el precio, para pedir el envoltorio, para nada. Cuando bajabas el rostro del sitio en que debía colgar el escudo y no colgaba, en que debía flamear la bandera y no flameaba, viste la mano derecha del hombre manso saliendo del bolsillo de una chaqueta de pana. Y entonces supiste que el hombre gordo, todo él, estaba vestido de pana. Todo, de pies a cabeza. Un traje de pana color morado, te parece ahora, ¿o es una fantasía para sugerir, por esos enlaces viciosos que hacen las palabras enmascarando la realidad y mimetizándose con ella, que te parecía todo él, sí, todo él, y también de pies a cabeza, un hombre demorado? Pagaba lentamente del bolsillo de pana, su mano derecha tomaba después el cilindro de maíz y miel, lo pasaba a la mano izquierda del chico, que era su mano libre. El chico, desganaadamente, desgarraba el papel con los dientes (y le viste por primera vez unos dientes translúcidos, como de persona desnutrida y vieja) y se ponía a disparar las rosetas de maíz, como si aquellos labios, que también te parecieron exangües, fueran una penosa, una débil cerbatana, casi sin aire.

Toda esta escena distrajo al niño de la posibilidad, insinuada por tus palabras, de que el hombre gordo lo abandonara en el momento de registrar la entrega, el depósito de Él/criatura en el Libro/cosa de las autoridades. Pero el hombre gordo, que parecía haberse abstraído en el acto de comprar, pagar y pasar lo comprado, no te

dejó seguir ni apoderarte del chico, tampoco esta vez. Dijo, con labios casi tan flojos como los del niño, dijo, esta vez con un extraño tono cortés en las palabras, que no, que no era molestia, que el trámite deberían cumplirlo los dos, ya que tú y él habían encontrado verdaderamente al chico y serían llamados algún día a testimoniario. Se interpuso para no dejarte solo, pero evitó otra vez decir "nosotros" o decir que tú y él lo habían encontrado "juntos". Parecía atenerse a dos rincones distintos, casi parecería que antagónicos, a dos rincones enemigos desde los cuales tú y él hubieran confluído sobre el niño, como sobre un sitio y un objeto azarosos, como sobre una forma casual de hallazgo que tampoco los amalgamara en una misma palabra de trato, en un solo punto de fusión, en nada que creara entre los dos ningún vínculo, el más precedero ligamen. "Usted y yo", "Usted y yo".

Lo dijo con un acento neutro de urbanidad, que adelantaba y garantizaba su presencia, llegado el caso, pero sin comprometer su actitud ni mucho menos su convicción, en tanto la situación no estuviera y golpeteara frente a él, frente a ti y llamándolos, inevitable.

Y entonces tú, falsamente tranquilizado por esa caballerosidad que se comedia a no rehuir un nombre en los libros, sin ver que era —dicho con otras palabras— exactamente lo mismo que ya había afirmado al tomar la mano del niño, dijiste lo otro. Tu quinta torpeza, enumeras en el largo inventario, siempre el codo en el mismo sitio de la almohada, los dedos abiertos y en alto, llenos ya de reproches.

Dijiste algo así como "Entonces vamos a la novena". Por primera vez advertiste un sobresalto en la gorda cara del hombre, y esto debería parecerte ahora un éxito y ya no otro fracaso. Un sobresalto y los labios carnosos y sinuosos del hombre gordo devolvieron como pregunta ¿A la novena? En seguida notaste el equívoco litúrgico, el doble sentido religioso y pelicial de la palabra "novena" y sonreíste. Sonreíste e hiciste deslizar el significado hacia el sitio en el cual de veras habías pensado y que ahora te parecía el menos inquietante para el hombre

gordo, que debía ser ateo. Ateo, mi amor, si es que hay ateos. Pero si fue el que le alarmó menos, fue el que le escandalizó más: tú adoras las palabras y me has enseñado el no tan deleznable matiz que hay entre el escándalo y la alarma. Lo escandalizó porque tus palabras desnudaban ahora tu ambigua mención de las autoridades. Dijiste "No, no (como negando algo que él no había afirmado y sí sólo preguntado con tus mismas palabras), no, no, a la comisaría".

Él volvió a interrogar, usando nuevamente tus frases, como si fuese un muñeco de harina, incapaz de inventar otras: "¿A la comisaría? ¿Así que vamos a la comisaría?"

"Sí, dijiste, a la comisaría del barrio". En la ciudad, en aquellos espacios que parecías pisar por primera vez, tú hablabas de barrio. ¡Qué absurdo!, me dices ahora. Era tal vez tu infancia, tu barrio y tu comisaría de infancia y aparecían intactos en tus palabras. Intactos, hasta diciendo barrio en vez de distrito. ¿Tendría barrios, como la tuya de la niñez, aquella ciudad? Intactos el recuerdo y el número nueve, pero no descubrías el escudo en el sitio arbitrario en que habías decidido que tus ojos lo hicieran cuajar. No veías el frontis, no veías la chapa, no veías la bandera.

Como no veías nada, con una lógica extravagante dijiste "Vamos". Y te echaste a andar. Te echaste a andar obligando, con tu categórico ejemplo, con tu mirada, a que ellos dos también lo hicieran. Tú sí que habrías podido decirles "Ustedes", como si fueran un tandem, o más aún una pareja de danzarines, unidos por las manos. Habrías podido llamarles Ustedes si hubieran vacilado, si se hubieran quedado quietos. Pero te siguieron con una firmeza congelada de sonámbulos, una firmeza arrobada que acaso habría revelado —a alguien menos ciego y emprendedor de lo que entonces dices haber sido— que acaso habría delatado a ese ser empeñado en arrastrarlos, que ambos tenían ya un plan, un plan que por el momento no se perjudicaba con seguirte pero en el cual tú, en última instancia, radicalmente no figurabas.

“Vamos”: te obedecieron y siguieron. Es que quizá te habían visto dudar, acababan de descubrir que tu busca se había hecho errabunda y empezaban ya a no temerte. Sin ninguna expresión de burla (no había expresión de burla ni de nada en sus rostros) sin ninguna capacidad de sarcasmo ni de disfrute de la situación; pero empantados más que nunca en la seca clarividencia de que ni tú ni ellos encontrarían nunca nada: “Vamos” y fueron.

Como forma de premiar esa certidumbre, que estaba abriéndose más y más en ellos, el hombre gordo compró el pastel tan pronto como tú hubiste lamentado que la comisaría, que en tus recuerdos estaba allí mismo, ya no estuviera. ¿Dónde estaría? ¿Sería que la ciudad iba borrándose, describiéndose de corrido en tu memoria? Un solo y pequeño pastel, compró un solo y pequeño pastel porque él no comía y el niño tampoco tenía hambre. Parecía ser, otra vez, un simple pretexto para la operación de entendimiento de las manos. Y esta vez sí, porque tuviste ganas de preguntárselo, de averiguarle por el antiguo sitio y el nuevo emplazamiento de la comisaría, esta vez sabes que lo miraste y que el pastelero era gordo. Gordo, inexpresivo, con una cara mucho más vulgar y ordinaria que la del hombre manso, como para avisarte que estaban cayendo a un arrabal, como para que pudieras darte a imaginar que la ciudad corría por debajo de ustedes y no ustedes por ella, hasta dar con aquel personaje de suburbio, con aquella canasta de los pasteles grasosos de suburbio. Por eso mismo, tal vez, rehusaste preguntarle nada. Te mentiría, sí, te mentiría si fuera necesario para halagar a su cliente, y la cara del hombre-gordo-su-cliente se entendería instantáneamente con él para decirle que no tenía el menor deseo de que encontrarán ese sitio ni ningún otro sitio. Porque a esa altura tú parecías el guardián y ellos dos se habían amañado sin palabras para parecer tus presos. Hasta la forma perentoria, chasqueando los dedos una y otra vez, en que hiciste y consentiste el alto para comprar el pastel, estaba dándolo a entender: eran tus presos. El pastelero

te echó la mirada hostil y servil que se dirige a los guardianes del orden, esa mirada que declina toda relación individual con la autoridad; sí, y la mirada te disuadió de preguntarle lo que andabas buscando. Comprendería que no eras el guardián por quien te había tomado, podría aliarse con ellos dos para engañarte y vejarte del modo más redondo y perverso. Te sentiste inseguro, por primera vez algo, aquella cara tan vulgar te puso miedo. Preferiste callar.

El chico mordisqueó las esquinas del pastel, como si el sombrerito central, rechoncho de dulce casero, no le interesara; y tú anotaste mentalmente la negación de infancia que había en aquella ausencia de gula, en aquel desdén lastimoso. La edad del niño se perdía en aquellos bocados que orillaban el dulce, con aquellos tirones de tísico a las puntas de un pañuelo.

No podrías medir en el tiempo, en el tiempo lúcido de los demás hombres, el rato que los tres caminaron. Tú adelante y a veces al costado, como si arriaras animales y temieras que fuesen a desbandarse, no por rebeldía sino por ignorancia o por torpeza. Solías volver hacia atrás y flanquearlos, solías mirar sus manos que parecían soldadas; sí, lo hacías disimuladamente, fingiendo que buscabas la novena, el escudo de la novena, la chapa de la novena, el frontis y la bandera deshilachada que en tu infancia (¿pero no habías vuelto a buscarla desde entonces?, ¿pero la habías pensado alguna vez allí, en aquel espacio raso, de polvo acre, luminoso, en suspenso?) la bandera en pingajos que en tu álbum de infancia tenía la novena. La única mirada cómplice que en toda la marcha te echó el niño, la única mirada de comprensión y simpatía que en toda aquella marcha te admitió el niño, ocurrió casi en seguida, cuando lo descubriste en el acto de esconder el pastel en las molduras de un balcón, dentro de aquella pequeña e inesperada hornacina que su repugnancia había discurrido tan providencialmente. Entonces el niño volvió a caer todo él dentro de su edad para ti, en la súplica de desvanecida y legañosa inocencia y picardía que sus ojos de niño, pero

de niño repentinamente enfermo y lloroso te dirigieron cuando los tuyos saltaron de la moldura del balcón a su rostro y él receló y quiso precaver en silencio tu intención de denunciarlo ante el hombre gordo. Después has pensado, con menos candor, que el hombre gordo, desde que no se distraía en absoluto, tiene también que haberlo visto, haberlo visto y aceptado con una desabrida indulgencia, que nacía de su necesidad de no disputar con el chico, así fuese para no tener que soltarle la mano. Oh, todo antes que soltarle la mano, como si de allí, de la aparente languidez casi lacrimosa del niño indigestado, estuviese manando una fuerza que precisara para vivir, para vivir y engordar más aún, el hombre gordo.

No podrías medir en los relojes de los hombres y la vigilia el tiempo que erraron los tres, tú en la pesquisa de tus brumosas memorias, de tus desiertos con cara de comisarias, ellos en el progreso de una certidumbre baldía, que iría volviéndose más y más victoriosa. Ahora piensas que el escenario estaba totalmente desierto, que si hubiera aparecido un barquillero con su cilindro y su triángulo y su rueda, el hombre gordo (siempre con su mano derecha) habría tirado a suertes en la ruleta del perezoso estambre de cinc, o habría dejado que el niño (siempre con su mano izquierda) hubiese probado fortuna. Y el niño habría molido luego los barquillos contra su pecho o triturado la vacilante pila bajo las oscilaciones de su barbilla, no de su boca (porque habrían ganado muchos para no comerse ninguno, eso lo sabes por más que en la rueda de los barquilleros haya unos y dos en mayor medida que siete y ochos) y los barquillos se habrían vuelto polvo bajo sus pasos, para abonar perdidamente su triunfo y el suelo de su triunfo. Pero no había nadie, en esta ciudad no vivía casi nadie. ¿Y si hubiera legado la locomotora con brazos de litera del vendedor de maníes (seguramente un quinto, un sexto gordo pero esta vez, por el honor tradicional del oficio, un gordo encarnado, vinoso y de bigotes) y si hubieran tropezado los tres con un organillero con su loro y sus cédulas y su caja de música?

Sí, esos recuerdos dices, esos inventos dices y no otros, porque de alguna manera el territorio que ustedes descubrían, que ustedes recorrían sólo podía ir poblándose con miedos, con magias, con mitos de la niñez, la tuya y la de ellos, la tuya en retirada, donde las cosas estaban describiéndose a toda velocidad, la de ellos presente o venidera, donde las cosas manaban, brotaban como flores, crujían como árboles y también, para dar fe de la vida, caían y pasaban y morían pisoteadas.

Pero no había nadie más que ustedes tres, nadie más que ustedes tres y la tarde de invierno ya empezaba también a caer y una luz casi horizontal desmesuraba los pasos, exaltaba el arco rasante de los dos brazos enlazados, la negativa sombra de las cabezas de ellos dos, la desasosegada estampa a volteretas de tu cabeza que buscaba y buscaba.

Y en el centro o tal vez en el fondo abrupto de esa inquietud, de golpe, sin preguntárselo a nadie, sin la indicación de una bandera, de un escudo, de una chapa de bronce o de esmalte (¿cómo habría sido exactamente, hace tantos y tantos años?) estuviste súbitamente seguro de que aquella casa rosada, cuyo frente lamía el crepúsculo, que aquella suerte de estructura lacustre a la que se llegaba por una escalera de caracol (sabiamente complicada por la hora del día, por la luz orfebre de la hora del día) tenía que ser por fin la novena. Y se los dijiste y les pediste oh, no, no les pediste, les diste la orden incontrastable (ahora tú ganabas) la orden irresistible de que te esperaran abajo, de que te aguardaran quietos al pie de la escalera, ellos tus presos; y silenciosamente, a pesar de la herrumbre ominosa que carriaba los peldaños, a pesar de las trampas que la luz movía para equivocarte la altura y el torneado de los escalones, te diste a subir solo: sin que nadie se molestara contigo, como habías predicho.

El comisario era otro gordo —¿cómo no habría de serlo, en ese tramo ya final de la tarde?— otro gordo de rostro sin terminar, otro gordo a mitad de cocción, pero con un rictus de innoble impaciencia policial que lo ale-

jaba por igual de ti y del rostro del hombre manso y del gesto del niño gordo. Estaba cansado, el día iba a acabarse también para él y podría de un momento a otro acabarse su uniforme, la rotosa guerrera que había sido flamante en tus recuerdos, que acaso hubiera sido nueva cuando aún flamease la bandera y tú fueras niño, pero ya no ahora. Todo, el despacho, los muebles, el libro amarillento en que ibas a buscar el nombre del niño, a pedir y a saber el nombre del gordo, a levantar del tiempo de tu infancia y a poner como recién oído tu propio nombre, todo tenía un aspecto de vejez estancada, de tumbalodosa y verdinosa que por un momento estuviera ventilándose (habías abierto la puerta de losanges, la cerraste detrás de ti), una tumba con su guardián embalsamado y adentro. Oh, los viejos labios marchitos de ese guardián, los labios del rictus impaciente picotearon para ti la peor sorpresa: Ningún niño/ningún chiquilín se había perdido en la ciudad, Ningún niño/ningún chiquilín había sido reclamado, no constaba el nombre de Ningún niño/ningún chiquilín en aquel libro (y caíste en sus hojas y descubriste en el bermejo de una tinta que había sido negra, el tiempo de polvo y orín que llevaba sin escribirse en él). No, no era posible, insististe, tenían —tenían, te corregiste— Un niño/un chiquilín para entregar allí, para poner en manos de las autoridades, Un niño/un chiquilín cuyo drama de extravío y nostalgia pudiste fantasear y transmitir recordando los ojos que te pedían, que te imploraban sepultases con él la travesura del pastel escondido. Tenían Un niño/un chiquilín para entregar, sí, ¿quiénes?, tú y un desconocido gordo, ¿un desconocido para entregar un niño que nadie reclamaba?, ah, no, no, picoteaba el obeso gallo de la guerrera en jirones, ah, no, no, eso era poco serio, tendría que averiguarse a fondo cayera quien cayese, Usted mismo tal vez, los últimos restos de corrección crepuscular del comisario estaban por averiarse y el sol los marcaba, los fileteaba en agrío sobre sus ojos bolsones, ¿Qué chiquilín?, decía, ¿Hijo de quién?, Usted, que tanto insiste, ¿Qué sabe?, dígame hijo de quién, no me haga perder

tiempo, Usted lo habrá raptado, o el otro, ese gordo que dice, ¿habías dicho o lo adivinaba el comisario? ese gordo o los dos, oh, hay parejas de degenerados que merodean a veces por los suburbios de esta ciudad. No se sulfure tan pronto, no lo digo por usted, quien sabe el gordo y algún otro, aunque lo cierto es que los degenerados recién salen a hacer sus correrías a partir de esta hora, la noche, lo oscuro, las sombras, usted sabe, y tú descubrirías que estaban asaltándote unas ganas irreprimibles, unas ganas justicieras, unas ganas urgentes de tomarlo por el pescuezo y sacudirlo y escupirle a la cara cuánto le pagaban a él, viejo gallo coimero, por negar la existencia de aquel niño, por dejarla perderse, por liberarlo de sus padres o por liberar del peso de aquel chico a los otros, tampoco tú sabías, tampoco tú querías ofender concretamente al comisario ni a nadie. Oh, apenas resististe a la tentación de golpearlo y humillarlo en tu angustia, nadie quería ofender a nadie pero los dos estaban ofendiéndose, sin decirlo, por el absurdo de aquel diálogo, por aquella suerte de horrible escalera de caracol que estaban bajando abrazados, por toda aquella situación que entre los dos, tú y él, se habían ido inventando y cerrando, hasta ahogarse, como los jugadores más fatigados, más torpes. Y cuando el comisario te desahució diciéndote “Nosotros no podemos hacer nada de nada”, descubriste que alguien usaba por primera vez en la tarde ante ti aquel pronombre, “Nosotros”, pero lo hacía para transferir las responsabilidades a un orden ajeno, distante y desentendido, un orden que, a falta de denuncia asentada en los libros, daba al niño por inexistente, al hombre gordo por inexistente y te concedía la gracia, a menos que machacaras demasiado, a menos que acabaras por exasperarlo en la persona y en la paciencia precaria y en la guerrera rotosa del comisario, de darte a ti también por inexistente.

Tuviste la certeza de que el comisario mantenía su mirada de desaprobación y cansancio y cordura y yo-yalo-sabía fija en tu espalda cuanto tú, a medio bajar la escalera, volcaste la cabeza hacia abajo, como desde lo

alto de los zancos hacia la sombra de los zancos, volcaste la cabeza para compensar la empinada perspectiva de aquella estructura que se desenlazaba en el vacío y por el vacío, volcaste la cabeza, desde lo alto de los zancos hacia la larga sombra de los zancos en el crepúsculo, volcaste la cabeza y supiste, con un alma de viejo supiste y comprobaste, estupefacto y derrotado, que ni el hombre gordo, que ni el hombre manso, que ni el hombre quieto ni el niño gordo extrañamente parecido al hombre manso, te habían finalmente esperado. ¿Lo sabían todo de antes, la vejez del libro, la falta de constancias escritas? ¿Lo sabían de antes, te habían escuchado, habían escuchado la vociferación del comisario? Oh, tal vez lo supieran de antes, porque era imposible que hubieran llegado a escuchar desde abajo, desde afuera, desde el viento aquel diálogo forcejeado, amordazado detrás de un ventanillo de vidrios espesos, de la puerta de losanges llenos de mugre, que habías cerrado en seguida de entrar. Lo cierto es que no te habían aguardado, que no te habían acatado, que habían desaparecido sin dejar rastros. Nadie, ya no había nadie al pie de la escalera. Nadie, decía el comisario. Nadie, ningún niño denunciado, ningún gordo rufián, nada de nada, nadie de nadie. Oh, seguramente aquella era la plena confirmación de las palabras del comisario, "Nosotros no podemos hacer nada de Nada", que venían a significar Nosotros no podemos hacer nada de la Nada. Y el gordo crudo con cara de viejo gallo debía estar sintiendo como un alivio la evidencia fácil, quién sabe si falaz de que no fuera al fin de cuentas tan viejo ni estuviera tan roto como su chaqueta, tan enmohecido como su escalera, tan polvoriento como su escritorio. Debía estar sintiendo el alivio bienhechor de considerarse un noble miope de los años vividos en medio de aquel mundo de alucinados...

Sentiste como un latigazo su mirada en la espalda y entonces —¿a qué esperar más?— terminaste de bajar corriendo, a todo lo que daban tus piernas sobre escalones que se deshacían. ¿Huías de él y de una celda, de un chaleco de fuerza, de las explicaciones? ¿Ibas en busca

de ellos dos, del hombre gordo y del chico a quienes parecía haberse engullido la tierra? ¿Cumplías un porfiado deber hasta el final o te escapabas, aun de ellos dos y de todos? ¿Corrías, por qué corrías?...

Este tramo es el último y el más borroso. Esto sí no lo sabes, no puedes saberlo. Aquí es donde repites sin falta que has sido siempre un hombre demasiado impetuoso y que esa carga de poder no puede ser gratuita, tiene que depararte también sus horrorosos escarmientos, su mitad estéril. Recuerdo, podría copiarte de memoria los ojos con que me miras mientras lo dices, los ojos con que buscas los míos y me lo dices, el codo en la almohada, los dedos que se pliegan, renunciando a seguir. Y por esa tristeza de tus ojos oscuros, por ese aire repentina y enternecidamente mustio y barbudo que toma tu cara al empezar la mañana, por esa incapacidad de llorar, por ese hijo que ya no me darás, te digo una vez más y otra vez que te quiero.

## LA PUERTA

“La puerta deja entrar a un visitante que vendrá pasado mañana o vino ayer”. CORTÁZAR.

“Aquí es allá; hoy es ayer o mañana; el movimiento es inmovilidad”. OCTAVIO PAZ.

¿Subirás? Los tubos de la Indiana resplandecen a la luz del mediodía; has oído muchas veces el escape cuando tu hermano Esteban parte a velocidad, acelera rotando los manubrios, derrapa al llegar a la esquina... ¿No subirás? Tu cabeza de quince años (tu hermosa cabeza ensortijada, de perfil griego) lo piensa todavía, lo piensa todavía, vuelve a pensarlo... Era un muchachito desalmado a los quince años, no se detenía a pensar en nada —dice Mamá, dijo hace trece años la mujer madura que hoy es la vieja Mamá—. No podía demorarse en pensar nada, en considerarnos al Viejo o a mí (le llamaba el Viejo desde los años jóvenes, ¿cómo no habría de llamarle hoy?). No. Era demasiado egoísta. Sólo después del accidente, sólo después de ese horrible accidente que le rompió el espinazo, mi muchacho, mi hijo, mi Osvaldo cambió y se convirtió en lo que todos dicen, un alma generosa, un alma noble, bondadosa, sensible, un ser caritativo y espléndido, eso que es su hijo Osvaldo ahora que agoniza en la cama, ahora que los riñones no le funcionan, ahora que acaba de hacer testamento y parece tan dueño de sí, tan sereno.

Es de tu hermano Esteban, sí, pero él no está ahora. Podrías tomarla. Tu hermano ya ha perdido el entusiasmo por la moto, la novelaría por usarla que tenía en los tiempos de la compra flamante, tu hermano Esteban ya piensa en un auto, ya piensa en la pick-up con que se estrellará en la carretera (faltan aún nueve años, tu hermano está todavía en el primer matrimonio y se matará

con su segunda mujer y dejará vivo e ileso al único hijo de esa segunda vuelta, dentro de nueve años, yendo al Este en una tarde lluviosa, de aquí a nueve años). La tomarías, darías un pique, probarías su velocidad a fondo en las rectas del Prado, volverías a ponérsela en su sitio, él no sabría nada.

No subirás. No pasará nada y seguirás siendo, de aquí a siempre, el que tu madre llama desalmado y tal vez sea otra cosa, la criatura vulgar que ven crecer invasoramente desde ti, desde tu adolescencia a la hombría, a la salud y la vida, el hombre de veintiocho años de pelo ensortijado y hermoso injustificado perfil de inteligencia y un hijo, llamémosle Ricardo, démosle un sonido fuerte porque las vocales y consonantes de tu apellido son débiles, un hijo que luego, cuando tú tengas veintiocho años y él ocho y medio se morirá ante ti, desesperadamente lo verás morir, oh, tú, tan robusto, tu cabeza y tu torso tan fuertes, sin huella del crudo sufrimiento que infligiste, con el primer rictus del crudo sufrimiento que ahora te causan se inclinan y tiemblan, sin saber llorar, y el chico, ese muchachito pensativo y transparente y suave llamado Ricardo que tú engendraste morirá y nadie sabe por qué, tal vez de ti, de tus excesos que estropearon su sangre, no se sabe, nadie te lo dice, no quieren decírtelo. Estarás solo, tu madre preferirá el cuarto contigo, tu mujer te habrá abandonado. sabrás ahora que no la tienes, que nunca la has tenido y que Ricardo, el pequeño Ricardo con cara de escolar, el pequeño y tieso Ricardo fotografiado en su delantal de primeras letras, morirá.

Subirás. La Indiana es demasiado resplandeciente a la luz del mediodía para que puedas resistirla. Y aunque entonces subas tu hermano morirá, ha de morir nueve años más tarde y has de heredar de él un sobrino, un sobrino llamado Ricardo, un niño pensativo y transparente y suave con cara de escolar, con sigilosos modales de escolar que está ahora a los pies de tu cama, que no es tu hijo pero se aproxima a ti con una cobardía cautelosa, con un propósito de fugar cuanto antes que sólo

acomete a los verdaderos hijos junto al lecho de muerte de sus padres. Subirás. Abres el escape, vas maniobrando los manubrios e inclinando el cuerpo en las curvas (cada vez más veloces, cada vez más cerradas) como has visto que Esteban lo hace, pero Esteban mide mejor las inclinaciones de su cuerpo que tú y el cuerpo de Esteban está más hecho que el tuyo, conoce y ha probado mejor su peso, es más firme, sólo podrá destruirse cuando quede prisionero, atrapado entre los hierros de la caja de la pick-up y no haya dependido de su agilidad saltar, zafarse, saber caer amortiguando el golpe.

*Declaro llamarme Osvaldo Mancebo, tener veintiocho años de edad y estar en pleno goce de mis facultades mentales. . .*

Subirás. Sereno y sin sorpresas a la llegada de la muerte. La has esperado tanto tiempo, la has llevado tanto tiempo sobre tu coxis y tus riñones. ¿Qué pueden decirte los otros, los que sólo han sabido rodear tu invalidez durante trece años y proclamar la transformación de tu espíritu, esa transformación que atribuyen a la obra compensatoria de Dios sobre tu cuerpo deshecho, de tal modo les parece increíble, sobrenatural, imposible de haber imaginado, insospechable de que hubiera ocurrido en el crecimiento y la expansión de tu cuerpo, en la propagación de tu salud, en la siembra de tu simiente, en la plena vida? Ah, no —¿y no lo ve acaso la Escribana?— si ahora hablas así y ella escribe, si ahora lo piensas y lo dices así, tan con naturalidad tan sin unción, tan con llaneza tan sin énfasis, como si tu muerte fuera un episodio que no entorpece los propósitos de Dios ni en ti ni en los tuyos, es porque eres un ser superior, porque siempre has sido un ser superior, porque siempre habrías sido un ser superior, aunque no hubieras tomado la moto, aunque no hubieras corrido con ella, aunque no hubieras caído de ella partiéndote el espinazo, aunque el feroz egoísta de quince años no hubiera decidido todo ese costado de la suerte en el acto de robar la Indiana, hacerla deslizar por la cuesta de la calle, montarla a

la carrera y abrir la explosión por las curvas y hacia el Prado, cada vez más y más vertiginosa.

No subirás. En tu casa, tus padres te preferirán vivo por más que vulgar y desconsiderado, tu padre ha dicho muchas veces (hablando de los hijos de otros, claro está) la opción clara entre el burro vivo y el sabio muerto. Sé un burro vivo y serás algo más que un burro vivo, un espléndido muchacho de veintitantos, tu hermoso injustificado rostro de inteligencia, tu avasallante arrogancia (revés de tu egoísmo), tu don con las mujeres y la vida, tu don de espuela; y ahora, ahora sí, irremisiblemente, ese hijo débil que le has excavado expoliado a la vida, ese hijo débil que se morirá en la cama, intacto y vencido, sin usar y apagándose, a los ocho años y medio de su edad, sin que nadie quiera decirte de qué...

Subirás. La Escribana piensa (mientras escribe) que podría haberse enamorado de ti, pero el verdadero sujeto de su amor habría sido una obra a partes, a partes inconciliables: el tipo que no hubiera subido a la moto, con el alma del que cayó de la moto. O mejor aún, para ponerlo en las palabras y en la imaginación con que lo cuenta tu madre: con el alma sublime que nació del accidente y de la invalidez y la sabia meditación de la invalidez. Esa alma con aquel cuerpo. Pero todo eso no existió nunca junto, y ella tiene que desecharlo mientras escribe, mientras esa imagen ideal cruza fugazmente por detrás de las palabras que estampa, por detrás de las frases que un moribundo cabal y sereno, lúcido y sin apremios, le está dictando.

No subirás. Difícil imaginarse por qué tu mujer no estará en la habitación en que agonice el niño, los ojos tan abiertos, el niño tan tranquilo, sin nada que ordenar a nadie, sin nada que disponer. ¿Será por eso que tu mujer no está, porque ella sólo estaría si alguien dispusiera, si hubiese algo que escribir? ¿O será porque ella ha reaccionado contra el error de haberte querido tan sólo por tu hermoso injustificado rostro, tan sólo por esa gallardía de macho que en mala hora le habrá impedido pensar, por esa imperiosidad de macho que la habrá he-

cho consentir y entregarse, ella tan superior, ella con un título, ella con un pasar, ella con una carrera —oh, hay otras carreras que tu atroz carrera en la moto— y que la hará llorar ahora (tú no sabrás llorar, ella sí y ha llorado sufriendo tu vulgaridad muchas veces) que la hará llorar ahora de culpa solitaria, de culpa incompatible por haber engendrado con tan poca fuerza de sus entrañas, con tan poca convicción (ya entonces no enamorada de ti, apenas entregada a tu fuerza de macho, a tu brío salvaje), de culpa por haber dejado una simiente de renunciación en ese hijo que ahora, naturalmente y por eso, sin que el padre sepa de qué, se despedirá con sus pensativos ojos secos bien abiertos, morirá.

Subirás. La velocidad ha saltado de golpe entre tus piernas, quieres cabalgarla en una ebriedad de bocanada de aire que te gana la boca, una boca que no sabe si reír de júbilo o gritar de miedo, la moto que se va inclinando como si expoliaras los ijares de un caballo y el caballo quisiera lanzarte a tierra... Pero no, piensas que no caerás, a veces parece que la máquina fuera a escapásete hacia adelante, como si tus piernas de muchacho pudieran parirla, y zumba y trepida y ya piensas que quién sabe cómo harías para frenarla, para desviarla, para detenerla de golpe o para hacerla pasar antes e indemne si apareciese alguien, un auto, algo, una esquina imprevista en este barrio del que tu infancia conoce desde hace años las esquinas, algo alguien, un exabrupto de la misma velocidad, algo que está creciendo desde la calcomanía del tigre con las garras en alto que tu hermano ha puesto sobre la superficie convexa del tanque de gasolina, esa calcomanía que miras temerariamente cuando deberías alzar la vista desde los manubrios a la calle, al pavimento cada vez más áspero, a los incidentes de la vida por la que vas entrando con agresión, rasgando, irrumpiendo, lastimando, sonando a fuerza...

No subirás. Habrás vuelto en la madrugada, vacilarás tomándote de las perillas de la cama, ella te reprimirá el aliento de alcohol, tu marcha grotesca de oso entre los muebles; dirás que el club de la esquina, dirás

que el candidato insistió, dirás... Ella no podrá aceptarlo todas las veces, esa vez —te dirá— ha sido la gota que ha colmado el vaso, mañana mismo se irá, no es posible... ¿Será que has temido perderla, será que has querido obligarla?... Estás encima de ella, te arañará, la mordearás, será la violación de una mujer que debería ser la tuya, en una cama que debería ser la tuya. Jadearás, olerás a vino agrio, arquearás la lengua bajo una baba oscura, totalmente distinta del deseo, cada vez más próxima a la náusea. No la habrás deseado esa vez, menos que nunca esa vez y sin embargo será la decisiva. Querrá levantarse para evitarlo, la tomarás de los brazos, se echará a llorar; aguantarás diez minutos, el tiempo justo que lo haga irreparable. Ese día, esa noche, esa bebida habrán empezado la enemistad de tu mujer hacia ti. Para siempre.

Subirás. Va a parecerte que cabalgas un tigre, ese tigre que salta en los golpes del manubrio, en el viento de la insensata velocidad. Un tigre que alza las garras hacia ti, que espera cazarte en la próxima curva, echarse encima de ti con todo su peso, partirte —si puede— el espinazo. O tú lo cabalgas o él te aplasta.

*... Me mueve a hacer este acto de disposición de mis bienes, no el hecho de que ellos sean cuantiosos sino la edad avanzada de mis padres, la existencia de otros sobrinos absolutamente ajenos a mi vida y la necesidad de proteger al que hace cuatro años hemos recogido, es huérfano y vive con nosotros.*

La escribana te mira con una ternura que no está en las incumbencias de su profesión sino en la antigua, en la ambigua amistad que siente por ti desde siempre. Ese niño... ella te prometería protegerlo, recogerlo como si hubiera sido de ella y de ti, como si la vida pudiera haber sido otra y en esa vida lo hubieran engendrado los dos juntos, ella que está mirándote sin moverse, a la espera de que tú sigas hablando, tú que amonestas la solemnidad de las frases con el vaivén errabundo de tus manos, que alisan el borde de la sábana, que se abren inesperadamente en el aire de la pieza, entre tu cuerpo

yacente y el cuerpo de ella, menudo, sentado, fijo en el equilibrio de sus tensiones; entre tu boca que lo está diciendo y sus manos que querrían abandonar la estilográfica, venir hacia ti, despedirte.

No subirás. No será muy claro que tu madre la haya aprobado. Lo que tu madre habrá aprobado será que te cases, que pruebes a ser mejor si te cargas de responsabilidades. Lo que tu padre dirá es que no has sido hasta entonces una criatura de provecho (la palabra criatura te infantilizará en sus propósitos, en su indulgencia, en sus recuerdos) pero tal vez el matrimonio te despierte. Tu madre pensará que acaso, bien mirada, tu mujer no le parezca la mujer ideal que habría elegido para un hijo ideal, pero sabrá —mientras lo piensa— que ese hijo ideal no lo ha tenido, que ese hijo ideal ya no serás tú ni lo ha sido Esteban. Sí, sí, todo eso será cierto mientras el niño, esa otra criatura (y esta vez criatura, sí) no haya nacido: el niño débil, el niño frágil que la nuera dirá, no se sabe por qué, criminalmente engendrado.

Subirás. El tigre puede al fin más que tú. Una arenisca en una curva, justamente cuando ibas a enfilar hacia el Prado. Una arenisca suelta y el tigre salta y tú saltas. El instante de saltar, un instante perdido para siempre. Nada sabes de quién te socorre, de quién te lleva al sanatorio (el mismo en que ahora estás, trece años después), de las punciones, de las radiografías, de las transfusiones, de los sueros que soporta tu cuerpo profundamente dormido. Hay un mes entero de sueño profundo, un mes entero de coma, el suspenso de tus padres entre la vida y la muerte, el suspenso de quienes te acompañan, de quienes esperan lo peor, de quienes van y vienen, de quienes velan mientras tú estás solo, mientras tú no esperas, mientras tú yaces, mientras tú duermes.

No subirás. El empleo que habrás perdido por tus faltas habrá sido mejor que ese otro empleo que el cau-dillo de barrio ha de conseguirte. Pero, de todos modos, tendrás que estarle agradecido, porque no habrá sido él quien te haya hecho perder el primero sino quien te

haya conseguido el segundo. Tu mujer no lo entenderá nunca: por eso beberás con él en las noches del club, por eso churrasquearás con él en el parrillero del boliche que junta sus fondos con los fondos del club; por eso volverás tambaleando la noche en que tu mujer habrá decidido abandonarte, poner fin al pésimo negocio sentimental a que tus padres la habrán inducido; por eso, tambaleando y todo, habrás decidido retener a tu mujer dándole ese hijo que hasta esa noche habrás evitado, primero contra sus ruegos, luego contra el silencio en que ella habrá acabado por darte la razón, por estar de acuerdo en que, venido de ti, ese niño no exista. Por eso, por eso...

Subirás. Emerges del coma, miras a todos con ojos que quieren agradecerles lo que han hecho por ti. Lo que han hecho por ti: esperar a que una tarde cualquiera, entre ellos mirándote, abras los ojos. Allí está tu madre, allí está tu padre, allí está Esteban (todavía con su primera mujer, ¿o recién con su primera mujer?) que adelanta con unos ojos llorosos que hace ya mucho, un mes, un mes y días que te ha perdonado el robo y la destrucción de la moto, pero tú no recuerdas ninguna moto, ningún hecho, hay ante ti como un gran vacío en el que salta un tigre, un tigre con sus zarpas en alto y una mirada de ferocidad burlesca, como si ahora ya el duelo entre él y tú (tú vives, él te ha inmovilizado para siempre) hubiera definitivamente concluido.

*Mi disposición terminante es la de amparar a ese sobrino con exclusión de todos los demás y pedir a quienes me hayan estimado que también lo amparen, como el mejor modo de acordarse de mí, si es que mi vida y mi sufrimiento de estos trece años les siguen inspirando, después de mi muerte, la misma simpatía que me ha confortado en todo este tiempo de mi invalidez.*

¿No estaba también, cuando abriste los ojos, una estudiante menuda, negativamente vestida de gris plomo, mirándote desde unos ojos castaños, sonriéndote con unos dientes hermosos, con una boca titubeante y recatada? ¿No estaba allí esa joven que es ahora una mujer y te

mira con los mismos ojos castaños, mientras la vida menguante va desde tus ojos de enfermo hacia sus pupilas claras, hacia esa orla dorada y luminosa de unos ojos que tal vez, silenciosamente, por esos trece largos años te han querido?

No subirás. Será un horror, un craso horror el del primer día en que la golpees. Ella lo habrá provocado, insultando tu imagen en la imagen de tus amigos del club. Tú estarás cargado de copas, ¿cuándo no?, y el niño habrá nacido un mes antes y ella invocará ese alumbriamiento todavía próximo y ese golpe innoble para desmayarse. Tu madre intervendrá esa única vez, intervendrá para llamarte Canalla, te dirá que has llevado a una perfección insuperable al desalmado que siempre has sido. Desalmado, esa palabra te perseguirá desde la infancia, desde los gorriones que mataste a hondazos en la infancia, desde los gusanos a los que rociaste de alcohol y arrimaste un fósforo para verles retorcerse y curvarse entre la malvada fascinación de los demás chicos. Pero eso, golpear a tu mujer recién madre, habrá culminado tu historia. Será, sin embargo, el día de la reconciliación más fácil. Le pedirás perdón, prometerás comprar una camioneta para que puedan sacar a pasear al chico... Con tu nuevo empleo, con las promesas del diputado que es tu amigo, con...

Subirás. Está en trámite, está por llegar tu camioneta de lisiado. La manejarán otros, ella te ha prometido manejarla para salir de paseo los domingos. Tú haces tanto bien a todos, dice ella, que no vale la pena que le agradezcas un favor que será, al mismo tiempo, un placer. Y tu madre, ¿no va a querer venir tu madre? ¿Y el Viejo, y el sobrinito amoroso, pobre santo?... Acaso tus riñones no sepan esperar, pero los despachos de importación ya han salido y ella, portafolios en mano, viene a verte y a anunciarte que le han comunicado que el embarque se hizo. Serán días, serán muy pocos días, ya verás cómo pasa el tiempo. Oh, sí, pasa sobre tus riñones inmóviles, y hace ya días en que no puedes acercarte hacia el transmisor en que de la mañana a la noche,

y sobre todo por las noches, trabajas, ayudas a todos, pasas mensajes a gentes perdidas en todos los rincones del país, das a las madres noticias de sus hijos, a las mujeres recados de sus maridos en viaje, a los comisionistas recomendaciones de sus comitentes, a quienes se mueven encargos de los que se están quietos, todo desde tu asiento de dunlopillo, todo desde tu comando donde consumes tu pregonado espíritu de servicio hasta que aparecen las escaras y los médicos te retiran a viva fuerza del transmisor, y vienen a visitarte las comisiones y te condecoran de medallas y te empapelan de pergaminos, y oyes decir Tan Bueno, y oyes decir Un Santo, Un héroe civil, un héroe, lo mismo que te dice con mayor sencillez esta mujer que podría haberte querido, que te habría querido si el cuerpo que no subió a la Indiana hubiera estado activamente junto a ella, alentando con el alma que subió a la Indiana, que cayó de ella como un fruto, que estalló para siempre al disiparse la bruma del Coma, oh, el Coma, ese interregno, esa vida larvaria y animal en la que tanto enterraste, esa vida larvaria y animal de la que brotó lo que todos celebran en ti, oh, el alma que salió de El Coma...

*Lo designo, por tanto, único y universal heredero de mis bienes, nombrando albacea con tenencia de bienes, hasta que llegue a su mayor edad, a mi señora madre y, en ausencia, imposibilidad o fallecimiento de mi madre, a...*

—Ah, tendría que haberte puesto a ti, pero entonces no podrías haber hecho el testamento... ¿qué hacemos?

Ella te conforta una vez más, te da el nombre de una amiga totalmente leal, “Es como si fuera yo, estate tranquilo”, y tú estás tranquilo y ella te dice “De hecho, seré yo” y entonces te animas y le preguntas si la camioneta estará incluida en el testamento aunque llegue después de tu muerte. Estará, te dice, estate tranquilo, pero tú vivirás y ya iremos juntos, tú, yo y... tu heredero. ¡Verás qué hermosos paseos, qué hermosos picnics! Ríe al decírtelo, ríen esos ojos cuyas pupilas de orla luminosa te calmaron siempre, te gustaron siempre. ¿te

amaron siempre? Ríe y tú te animas desde la agonía y le dices que quisieras conseguir una calcomanía con tigre saltando, igual a la de la moto famosa (dices moto famosa, podrías decir Indiana pero temes que ella no te entienda) y pegarla en el parabrisas, así, y ella, la escribana, dice que hay tigres de moletón, tigres de paño lenci, tigres abullonados que se pueden colgar de un hilito, en el parabrisas o en el vidrio trasero, y entonces saltan cuando la camioneta se mueve, cuando la camioneta marcha. Verás, te dice, conseguiremos uno y lo haremos bailar día y noche y será tu venganza...

Subirás o no subirás. Hará, hace nueve años que eres inválido y te darán, te dan la noticia: tu hermano y su segunda mujer, ver. lo hacia el Este, sobre una carretera lluviosa, han volcado. La carga de una casa entera que llevaban ha golpeado en la cabina de la pick-up, los ha aplastado. Sólo el niño, sólo el niño de cuatro años y medio ha salido ileso, indemne y te lo traerán, te lo traen. Tú le has deshecho una moto; él se ha deshecho y te entrega un hijo. La vida, ahora sí la vida verdadera, te cargará, te carga con una responsabilidad que no saliste a buscar por los caminos, que otro buscó por ti en los caminos. Es, será tu hijo, le dices, le dirás Mi hijo (o con pudor de tu virginidad de baldado, de un solo golpe de vez M'hijo), lo cuidas, lo cuidarás por siempre, por ese siempre provisorio que es tu vida de veintiocho años cabalgando como un tigre sobre tus riñones...

No subirás. Tu mujer se irá, dirá que ya no puede sufrirte más. Te dejará ese hijo. Preferirá no verlo, si el precio ha de ser el de seguir viviendo contigo. Tu madre intentará disuadirla. No la habrá querido nunca, pero pensará que lo peor ha de ser que te quedes sin ella, sin ella y con ese hijo que le parece enfermo. El niño enfermará, para darle razón a sus temores. Oh, una abuela no se engaña, dirá tu madre.

Subirás. El niño, ese sobrino huérfano llamado Ricardo —no, no es tu hijo, deliras, es la intoxicación de la urea, es la uremia, no es tu hijo pero ella prefiere callarlo, no señalarte ese error, ese extravío final que

podría también invalidar un testamento que tú haces y ella recoge, que ella quiere que hagas— ese niño llamado Ricardo asoma y hace un mohín a la mujer, no pregunta nada, teme enterarse de que el tío está grave, quiere a Tío por encima de todos los seres del mundo, recela quizá quedar en manos de un par de viejos, no puede saber (piensa ella) que ha de quedar en manos de más de un albacea, cuando la abuela se pliegue a la desgracia y sucumba, no falta tanto, sucumba. En ese momento miras a la mujer, la miras, le indicas con una mano que el niño debe irse, tú quieres seguir, seguir dictando, seguir diciendo algo que ya se te escapa, seguir... Ella te entiende y hace un gesto al niño. El niño, cobarde como un hijo en la agonía de su padre, acata.

*Quiero ser enterrado sin ninguna pompa. No habrá anuncios en los diarios. Se transportará el ataúd en un furgón sin flores. Se adoptarán las medidas necesarias para la más inmediata cremación del cuerpo...*

¿A quién confiar todo eso? Ella vuelve a decirte que a ella, pero que estás desvariando, que vivirás y se reirán de tus mandatos tan macabros... La miras: no se reirán, no tendrán tiempo de reírse y ella lo sabe. Oh, sí, lo sabe pero quiere negarlo, negártelo y también negárselo a ella misma, tal vez te ama. ¿No te lo dirá?, tiene tiempo aún. No, que no te lo diga, no debe decirlo. Ahora te tranquilizas: has visto su mirada, el gesto de renunciamento que afloja su labio inferior, que lo recoge luego en un mordisco de esquina. No te lo dirá. Lo sabes ahora, claro que lo sabes, sabes que te ama y que no te lo dirá. Mejor así.

—Nada más —dices—. Dámelo, que lo firmo. ¿Y los testigos?

Nada más. Podrías decir: Tengo veintiocho años, es horriblemente injusto. Pero tampoco tú debes decir ciertas cosas. No olvides que te ama. Se acerca a ti, te da la estilográfica, te acomoda la almohada, te ayuda —con todas sus fuerzas de pequeña mujer— a incorporarte. Firmas. Firmas, devuelves la estilográfica y ella te dice ¿Ves?, ¡qué bien! Sonríes, con unos labios horriblemente

secos, horriblemente apergaminados. ¡Qué bien! Ruegas apenas, con un hilo de voz, que te acomode otra vez la almohada. Quieres reclinarte, descansar. ¿No te enojas? Te dice que no. Le pides ¿cuántas veces lo has hecho ya?, disculpas por la pena que vas a causarle —tú, el que salió del Coma, un hombre tan generoso y tan cortés y samaritano y comedido—. No quisieras y realmente no quisieras darle esa pena tan grande a ella que ha sido tan buena contigo. Sonríes, quisieras alentarla. Pero la ves, y adviertes que ella ya no puede seguir simulando. La ves. Quiere atarearse en arreglar el cuadernillo del protocolo, en meter el protocolo dentro del portafolios. Quiere ocupar en algo su piedad, su frustración, su lástima, su amor, pero no puede hablar. No puede hablar ni puede seguir simulando y sus ojos brillan y apenas si no llora. No llora pero va a llorar en un segundo más. Te decides entonces. Le pides sus manos. Dámelas. Vienen desde el portafolios, oprimen las tuyas, te las tienen. Gracias. Ya no hablas. Gracias, dices moviendo las tuyas dentro de las de ella. Gracias. Te las oprime cada vez con más fuerza ¿O te parece? Le dejas, le dejarás definitivamente las tuyas. Sí, y ahora sabes que vas a subir.

Subirás. Subes a la moto. La Indiana resplandece a pleno sol. O mejor aún, todavía no subes. La haces correr por la cuesta, esperas que tome impulso para saltar. Ves la imagen del tigre, brilla y alza sus garras a la luz del mediodía. Tú y él van a saltar. Cierras los ojos. Saltas.

## NI SIQUIERA ANTÍGONA

CREONTE. En tales principios fundo yo el engrandecimiento de mi patria, y en conformidad con ellos he ordenado a la ciudad acerca de los hijos de Edipo: que a Eteocles, pues sucumbió peleando por la causa de la patria, con toda clase de proezas militares, se le conceda sepultura y todas las fúnebres expiaciones que acompañan a los nobles adalides cuando mueren; por el contrario, a su hermano, a Polinice, que volvió de su destierro resuelto a arrasar y consumir por el fuego la ciudad de sus padres y los dioses de su patria, y a saciarse de sangre fratricida y llevarse a los vivos en cautiverio, a éste, digo, queda pregonado en toda la ciudad que nadie la haga exequias, nadie le haga duelo, sino que se le deje insepulto, pasto a la voracidad de las aves y de los perros, espanto para quien lo vea.

Primavera, martes 29 de setiembre de 1970, nueve de la mañana. Alguien lo dice en dos endecasílabos:

Los sediciosos vuelan un local  
donde los yanquis juegan a los bolos.

Sí, hacen salir primero a un vendedor de diarios, al encargado del negocio, a una chica, a una limpiadora que discute y es tomada por el derrumbe: tomada en parte, lo suficiente para que radios, diarios y TV pronostiquen su invalidez, la describan en su cama del Hospital Militar, cuenten los hijos que tiene, el desamparo en que esos hijos podrán quedar si ella muere. A utilizar rápidamente, porque dentro de seis o siete días será evidente que ella se repone y ese limón ya deberá estar exprimido.

Rápidamente. El vecindario lo narra en reportajes grabados: un vecindario que deforma la ll, que deforma la y, un vecindario high, un vecindario yes. Eran unos

mushhhachhhos en una cashhhila, la cashhhila estuvo assshhi parada desde temprano. Después salieron corriendo.

Salen menos uno, salen menos dos.

A media mañana, los noticieros empiezan a referirlo: hay un dinamitero que ha sido tomado por la explosión y debe estar carbonizado. Y otro a quien se ha oído quejarse, a quien se ha acercado un policía; se ha quejado un tiempo, ha insultado, ha acabado por callarse. Está preso bajo los escombros. Ya no se le oye. Debe estar muerto: a estas horas debe estar muerto. Sí, mejor pensar-decir que está muerto.

¡Cuarenta millones de pesos de pérdidas! Dos terroristas muertos. ¿Dos muchachos muertos?

La limpiadora tiene tal o cual familia, pobrecita. Van a operarla en el Hospital Militar. ¿Iban a llevarla al Clínicas, justamente allí donde está el nido de los terroristas? Su hija ha podido escapar ilesa. Ella, en cambio, ha querido discutir con los gangsters. Y así le ha ido.

El vendedor de diarios ha informado a la Policía: quienes estaban en el Bowling cuando llegaron los asaltantes, han podido salir todos. Así que ése, a quien oyen quejarse, es uno de los terroristas. No puede ser otra cosa.

#### VIDA BAJO ESCOMBROS

...La primera de las víctimas, al parecer, murió en forma instantánea al ser aplastada por los bloques de cemento que se le desplomaron encima; no así el segundo, que estaba con vida y al parecer sin heridas mortales, horas después de ocurridas las explosiones.

Informaciones cuidadosamente ocultadas por la Policía, fueron proporcionadas por testigos directos. Uno de ellos, cuyo nombre pidió se mantenga en reserva, lo relató así: "Oímos las explosiones y casi en seguida llegamos al lugar: fuimos los primeros en llegar y oímos gritos, no muy fuertes, pero gritos. Entramos y vimos a una señora atascada dentro de los escombros: estaba herida y la atendimos afuera. Después, entramos nuevamente y dimos voces de alarma para ver si quedaba alguien. Nos contestó una persona que dijo tener un brazo atascado y

pedía que le ayudáramos a salir. Era la voz de un hombre joven, sonaba muy cerca aunque no lo veíamos. El hombre hablaba con voz clara, no estaba gritando: pedía ayuda tranquilamente. Entonces consultamos al encargado del local: dijo que no lo tocáramos, ni tratáramos de hacer nada, porque todo el personal que estaba en ese momento había salido y que quien pedía ayuda seguramente era un sedicioso. Después de eso nos retiramos y llegó la policía, a la que informamos de lo que habíamos oído. Nos dijeron que nos retiráramos. Sé también que un oficial de Bomberos habló con el que pedía ayuda y le dijo que tenía las piernas aprisionadas.

Hubo otras personas que hablaron con el joven atrapado. Un oficial de la fuerza policial de choque lo oyó. Le dijo que se identificara, a lo que el interpelado contestó: "¿Qué te importa cómo me llamo?... Hijo de puta... sacame de aquí y llévame al Hospital de Clínicas". Después de eso la Policía acordonó el lugar y se impidió el acceso al lugar y a la prensa. Se dijo que unas dos horas después se dejó de oír la voz del que pedía auxilio. Nadie removió los escombros del lugar donde procedía el llamado. Se cree que haya muerto asfixiado o ahogado por la cantidad de agua echada para apagar los focos de incendio. (MARCHA, 2/X/70).

CREONTE. —Ya están puestos guardas que vigilen el cadáver.

Los bomberos empiezan a trabajar, remueven algunos escombros; pero tendrá que venir una empresa de demoliciones, que ha sido contratada por los propietarios. Los propietarios del bowling, que son también prestamistas a interés, con oficina en el centro. Buena gente, buena gente.

A la tarde, los locutores insisten: hay dos cadáveres, la empresa de demoliciones quedó en venir y aún no ha llegado. Se carece de pistas acerca de los sediciosos. Eran hombres jóvenes, había también una muchacha, deben ser los mismos que incendiaron la planta de Sudamtex.

CREONTE. —No hay peste mayor que la insubordinación: ella es la que arruina a las naciones, ella la que lleva la desolación a las familias, ella

la que pone en fuga desbandada las huestes aliadas. Y al revés, cuantos bogan con prosperidad, deben en su mayoría la salvación a la obediencia. Así, hay que apoyar siempre el orden establecido.

El jueves 1º de octubre aparece el primer cadáver: estudiante del IAVA, dicen; totalmente carbonizado, dicen. Se le ha identificado: la chica que lo acompañaba (su novia, estarían autorizados a decir y algunos dicen; su compañera, insinúan otros, para buenos entendedores del escándalo) ha hablado a su propia casa y ha dicho que previnieran a la madre del muchacho que había ocurrido una desgracia. Es así, sobriamente así como lo dicen estos duros de buena familia, y los barrios se escandalizan. Es así. Nada más: una desgracia. El muchacho era estudiante, integrante del FER, Frente Estudiantil Revolucionario, que ha dado guerra a la Intervención en Preparatorios, hasta que el Poder Ejecutivo se ha visto obligado a clausurar los cursos en Montevideo. Vean bien. Precisamente en estos días, en el Senado, el ministro de Educación y Cultura ha exhibido fotos de las leyendas escritas a carbonilla en las aulas de Preparatorios: una de ellas ("El País" la publica) aconseja llevar la batalla contra el enemigo a sus mismos centros de diversión, a sus locales de recreo. Ahí lo tienen: el rostro de la violencia, como ya lo ha mostrado a toda página el movimiento "Adelante, Uruguay", traficando aleccionadoramente, como rostros de la metamorfosis de un rebelde latino, fotos de un drogadicto juvenil de la sociedad espléndida. El rostro de la violencia. Ahí lo tienen. El rostro de la violencia, la marca del odio.

"El País" escribe que tiene fotos del cuerpo carbonizado, pero que son tan horrosas que se resiste a publicarlas, por más que serían ejemplarizantes para todos estos jovencitos extraviados...

La noche antes, el muchacho ha pedido a su madre (cuentan) que lo despierte a las seis de la mañana del martes. Ella lo ha despertado, creyendo que tendría algo que hacer. Jamás ha podido sospechar... (cuentan).

Todo se remueve tranquilamente, en calma, sin agitación, sin prisa. Prisa y agitación hubo cuando miles de soldados, armados de metralletas, entraron a las casas y revolvieron todo, en busca de aquel ángel desaparecido, de aquel ángel condenado a muerte. Revolvieron todo y se llevaron libros y discos y papeles, en busca del Ángel de la AID. Sí, un ángel de la Ayuda, un ángel policial gordo y canoso, un buen señor patriarcal con muchos hijos que había sido jefe de Policía en su ciudad natal de Richmond, Virginia, donde todo el mundo lo adoraba, y después había estado en la Dominicana para ayudar a los Marines y proteger (eso sí) a los súbditos norteamericanos; y después en Brasil, para asesorar a la DOPS y después aquí. Un buen amigo de nuestros pueblos, que simplemente prestaba asesoramiento técnico a nuestros esbirros, un buen amigo de nuestra América Latina, que quería adiestrarnos en los mejores métodos para preservar entre todos la Democracia. Un buen ángel gordo, que había sido secuestrado por los terroristas. El buen señor D-M (Deme, como piden nuestros gobiernos al suyo), el buen señor D-M con quien agonizamos todo un domingo, el domingo nueve de agosto de mil novecientos setenta. Un domingo inolvidable, tiempo soleado, precozmente primaveral sin haber salido de la entraña del invierno: una señora demócrata venida del Litoral pedía, sollozando desde una emisora de la capital, que se conviniese una tregua y la suerte del cautivo se sometiera a plebiscito (este pueblo ha dirimido siempre sus diferencias votando). Se leía una carta del ex senador ex embajador Payssé Reyes, que se ofrecía en canje, como rehén, y daba las señas de su casa y su teléfono. "También el Dr. Héctor Payssé Reyes ofreció su persona, su libertad y su vida, a cambio de los extranjeros secuestrados por elementos sediciosos", decía "El País". Y el ex senador ex embajador concluía su carta del modo más solemne: "Comprometo mi honor estableciendo que concurriré al lugar que se me indique y me entregaré sin dar aviso a nadie".

Fue sobre todo la mañana de ese domingo, porque

a mediodía vencía el plazo: el senador Michelini también se ofrecía, el Sr. Alfonso Galimberti también se ofrecía, el Sr. Juan Edmundo Müller también se ofrecía; el Decano de la Facultad de Derecho hablaba por radio con voz conmovida y recordaba frases de Artigas (siempre hay a mano frases de Artigas). ¿Por qué no hablaba el Rector, por qué callaba el Decano de Medicina? Ah, ésos...

Fue sobre todo la mañana de ese domingo, porque a las doce vencía el ultimátum y por la tarde ya había fútbol. A partir de la una y media, las mismas emisoras gritaron por otra causa: comenzaba a jugarse la preliminar del Estadio.

Viernes 2 de octubre de 1970. "El País" publica, en su página de editoriales, un comentario titulado "Santo y seña":

Hace un tiempo, quien más tarde se pudo identificar como un conocido delincuente antisocial, fue atropellado por un auto en la motoneta que conducía y lo primero por lo que clamó después del accidente, fue porque lo condujeran al Hospital de Clínicas. Allí desapareció. Ahora, desde los escombros del club de Bowling dinamitado en Carrasco, un oficial de la Guardia Metropolitana escuchó que alguien clamaba: "Sáquenme de acá, hijos de p..., llévenme al Clínicas; vamos, muévanse, qué esperan". La unión de las dos anécdotas y lo que tienen de común, poco favor le hace al Hospital de Clínicas y a la Universidad, de la cual depende, si ése es el santo y seña de los conspiradores nacionales.

Viernes 2. El empresario de demoliciones, señor Oddone Zunino, contesta preguntas de un locutor radial:

Empresario. —Mi empresa fue contratada por los propietarios del Bowling y empezamos los trabajos anteayer. Pero no hay ninguna orden especial, así que no vamos a trabajar durante el fin de semana. De modo que la demolición sigue el lunes. Y al sitio donde está el cadáver que quedó aprisionado por la explosión, no llegaremos seguramente ese día ni el siguiente.

Locutor. —¿Tan grande es el derrumbe?

Empresario. —Hay que ir apuntalando, por el peligro de desmoronamientos. Hay dos planchadas que aprisionan el cadáver. Hay que andar paso a paso.

HEMÓN. —No seré yo quien pida exequias para ningún sedicioso.

Y el lunes diez de agosto de 1970, con las primeras luces y en la calle Lucas Moreno, en una orilla de la Unión (el viejo infame barrio Puerto Rico, con la cinta de un nombre de un soldado de Oribe), dentro de un sedán Buick gris, modelo viejo, apareció el cadáver de D-M, las manos atadas, el pelo teñido, tiros en la espalda y en la sien. El Presidente, ¿estaba entonces en la estancia de Anchorena, estaba en la avenida Suárez? Imposible buscarlo en los periódicos de la fecha. "No, señor, no pasan muchos coches allí —dijo la vecina al locutor—. ¿Era un Buick?, preguntó el locutor. —¿Qué?, se alarmó la señora. —¿Un modelo americano? —¿Qué? —¿Y a usted no le extrañó —cambiaba el locutor— ver ese coche parado tanto tiempo? —Y... será una pareja, dije yo: como el lugar es tan sólido... —¿Y no lo comenté con nadie? —Mire, si habría tenido un teléfono habría avisado a las quince... pero por aquí no hay teléfono... —¿Y oyó tiros? —No, nada, ninguno. Nada".

La demolición prosigue lentamente. Si alguien ha dicho "Que se pudra", ha sido un profeta erróneo. Es curioso, dice el periodista, no se levanta ningún olor de la trampa de escombros en que está apretado desde hace días el cadáver.

El periodista. —¿Y no podrían sacarlo ya, metiéndose un poco?...

El bombero. —No, nosotros no nos acercamos. Es una cosa delicada. Puede tener una bomba en la mano, sin detonar, y la tocamos sin querer con el pico y volamos todos...

¿En qué mano? Una de ellas se ve desde aquí, la otra está aprisionada por la viga.

—Que lo haga la empresa de demoliciones. Para eso cobra.

—Ya saben quién es. No hay ninguna otra forma de urgencia. ¿A qué apresurarse?

Habían ofrecido un millón de pesos a quien diera cualquier dato para llegar hasta los sediciosos. El ministerio del Interior lo ofrecía por radio, con todas las garantías del secreto. Bastaba con escribirle al ayudante del ministro, en forma anónima, identificando la denuncia con una cifra numérica. Se guardaba la copia. Comprobada la exactitud del hecho, bastaría con presentarle al ayudante, con todas las seguridades de reserva, la copia con la cifra. Y así se ganaba un millón. Un millón que podría depositarse, a gusto del denunciante, en cuenta bancaria abierta en el extranjero, en cuenta innominada, como él prefiriese.

Sábado tres de octubre: ya se sabe que uno de los muertos era estudiante y empieza a decirse que el otro también lo era. “El País” escribe:

#### LOS HIJOS DE LA UNIVERSIDAD

Cada conspirador que cae, cada sedicioso que se captura, cada elemento antisocial que pasa a la clandestinidad, todos, absolutamente todos son de extracción universitaria o en tránsito a ella por la enseñanza media o preparatoria.

Ni un obrero, ni un trabajador, nadie de las clases modestas ha caído, ha sido capturado o pasa a la clandestinidad, y de la misma manera que es un hecho irrefutable el que hay médicos que prestan asistencia, colaboración y apoyo a los sediciosos, no menos evidente es que parte de la más endeble intelectualidad nacional pretende hoy hacer una revolución.

No hay que tener pudor en reconocer que le asistía razón al Che Guevara cuando señaló que precisamente en ese origen estaba la causa del fracaso del movimiento. Además, a la Universidad, es un hecho que debe hacerla meditar.

ANTÍGONA. —¿Pues a qué aguardas? Que así como nada hay en tus palabras que pueda gustarme a mí, ¡ojalá no lo haya jamás!, así nada hay en las mías que a ti pueda agradarte. Por más

que ¿puedo yo realizar hazaña más gloriosa (si por gloria va) que dar sepultura a mi hermano? Esto todos los presentes lo aprobaran a voces si el miedo no les cerrara la boca. Sino que los tiranos tienen, entre mil otras ventajas, la de hacer y decir impunemente lo que les place.

Tampoco dejaron que el joven sedicioso Hernán Pucurull fuera enterrado al modo en que se entierra a los demás mortales. Demoraron. Era domingo y el forense no tenía la llave de la morgue y el cuidador estaba franco. Hecha la autopsia, entregaron el cadáver a los deudos —como dice la frase ritual— calculando que tuvieran el tiempo justo para llegar al cementerio de Durazno. A toda prisa y ataúd tapado. A la entrada de Durazno, la Policía detuvo el cortejo: la hora estaba vencida, había que apurarse, los guardianes del cementerio esperaban tan sólo por ese entierro, no había minutos que perder (pero la Policía los gastaba en su aviso: anochechía). La madre, el hermano no habían podido siquiera comprobar si enterraban realmente a su muerto. El empresario de pompas fúnebres era un compañero de la infancia, pero estaba temeroso de las complicaciones que podría traerle aquel servicio. —No me comprometas, hermano —repetía, mientras el verdadero hermano exigía ver la cara del cadáver, antes de darle sepultura. Junto a los muros del cementerio —la Policía no los había dejado entrar— los estudiantes de Durazno cantaban el himno en la tarde fría. —Tengo que verlo, dijo el hermano. Y Mamá también quiere verlo. Quitaron por un momento la tapita que daba sobre el óvalo de vidrio, encima mismo del rostro del cadáver. Lo vieron: tenía un arañazo en la frente, producido quizá por el alambardo contra el cual había caído cuando lo balearon. Veinte y pocos años, los pulmones extraídos en la morgue y llevados al laboratorio para comprobar la causa de la muerte, la asfixia por hemorragia. No menos de cuatro minutos de agonía, habría de decir el forense. Allí estaba, el arañazo en la frente. Muerto donde cayó, no lo habían tocado. No menos de cuatro minutos, eso podía asegu-

rarse. —Cerrá, hermano, no me comprometas. Afuera subían —Tiranos, temblad— las estrofas del himno. Anochecía, era invierno. Taparon. ¡A enterrarlo!

HEMÓN. —No seré yo quien pida exequias para ningún sedicioso.

Ofrecieron un millón de pesos y también ofrecieron condolencias, excusas, prometieron incluso (sollozando por radio) humillaciones nacionales: Habíamos dejado que mataran a nuestro amigo. También nosotros habíamos descubierto que lo adorábamos, como en Richmond, Virginia. Ni aun muerto, cesaba de torturarnos.

CREONTE. —Sólo quien se muestre amante de mi patria será honrado por mí, muerto lo mismo que vivo.

Las ancianas venerables, las honestas amas de casa y los sensibles ciudadanos de esta democracia ejemplar, lloraron frente a las pantallas de TV, porque estaba subiendo el ataúd (un ataúd para D. Mitrión) el ataúd estaba siendo introducido a un avión de las USAF e iba a marcharse a Richmond, Virginia, lugar donde el ángel gordo había nacido y donde iban a enterrarlo con todos los honores, en una conmovedora ceremonia a la que asistiría, en nombre de la República, nuestro pequeño embajador en Washington. Lloraban ahora porque veían las espaldas de su viuda, el enjuto rostro de un niño mantenido en brazos. Lloraban. Había allí ministros consternados, acogojados (¿avergonzados?), altos jefes militares, los pundonorosos militares de siempre, arcaicos senadores de Bizancio sombrero en mano. Sonaba gravemente una marcha fúnebre, el ataúd envuelto en la enseña de las 13 bandas y 48 estrellas (¿o son ya 49, 50?) era llevado en hombros y embutido en el avión panteón USAF. Ministros trémulos que saludaban a la viuda, coroneles tiesos que hacían la venia, senadores apabullados que —“por encima del color de los cintillos”— abrazaban al canciller, locutores que sollozaban pidiendo al muerto,

en nombre de la Nación, que por favor nos perdonara, charlatanes que publicaban su vergüenza en el aire, entre más sollozos, para destinatarios que fueran capaces de recibirla entre más sollozos. Y el ángel sería —se daban a prometer, desgañitándose— recordado en el nombre de una calle, perpetuado —así les gusta decir— en el bronce de un monumento, propuesto a la memoria del mundo en nuestra contrición y nuestro escándalo, en nuestro arrepentimiento por la obra de criminales que albergábamos inevitablemente entre nosotros, en nuestro horror por la vesanía de otros, en nuestro repudio por el crimen de otros. Las ancianas venerables, las honestas amas de casa y los sensibles ciudadanos de esta democracia ejemplar, lloraron sentados lágrimas tibias frente a las pantallas de TV, porque el ataúd estaba entrando en el avión panteón de las USAF.

CREONTE. —Pues, ¿cómo haces exequias que para el otro son injurias?

ANTÍGONA. —No diría que lo es el cadáver del difunto.

CREONTE. —¿Cómo no, si en tus obsequios le igualas en un todo con el traidor?

ANTÍGONA. —Es que no es ningún siervo: es un hermano el que ha muerto.

CREONTE. —Un hermano que estaba devastando nuestra patria, cuando el otro, resistiéndole, la defendía.

ANTÍGONA. —Con todo, el Hades pide igualdad de derechos.

CREONTE. —Pero los buenos no han de ser igualados en los premios a los perversos.

Miércoles seis de octubre. El locutor —¿por modestia, por vergüenza, por miedo?— ha impreso el mensaje engolando la voz, tornándola irreconocible. El mensaje se pasa cada cinco minutos justos y dice:

Callar una información sobre elementos sediciosos es hacerse cómplice de la violencia desatada por ellos. Es deber de todo buen ciudadano informar llamando al teléfono 8-11-55.

Cualquier dato, por pequeño que fuere, puede resultar útil en una lucha en la que estamos todos unidos. Recuérdelo: 8-11-55.

Miércoles seis de octubre. "Se sabe quién es el muerto del Bowling", dice a todo lo ancho de su página seis "El País".

De manera casi pública fue dada ayer a conocer la identidad del segundo sedicioso muerto a raíz del atentado dinamitero que destruyó el martes ppdo. el edificio del Bowling Club de Carrasco. Fueron los mismos componentes de la organización subversiva quienes proporcionaron la información, a través de panfletos de texto amenazador que fueron distribuidos en centros estudiantiles y preferentemente en la Facultad de Medicina, donde cursaba estudios el conspirador cuyo cadáver aún permanece atrapado entre las ruinas del edificio por él mismo destruido.

Hubo discursos en las Cámaras, declaraciones de los rotarios, condenaciones de los leones, cartas de lectores de la Gran Prensa, también poemas, repudios telegrafados desde el extranjero, la piedad estival del Santo Padre desde Castelgandolfo, misas ordenadas y pagadas por embajadores. Hubo compasión a raudales y la beatificación del buen señor D-M fue un hecho virtualmente ecuménico. ¡Viva! Ahora que está muerto, ¡Viva! Se le usó en la campaña electoral de Chile, resonó en Tanganika. Tan sólo Cuba faltó gente capaz de llorarlo. Claro, ¡allí!

Dirigentes estudiantiles de la mencionada Facultad obligaron a observar durante la jornada de la víspera, en simultaneidad con la distribución de los panfletos, un paro de actividades en señal de duelo por la muerte del extraviado muchacho.

Y llegó el 25 de Agosto entre tantas compunciones y la Esso entregó banderitas de papel para fijar en todos los coches ("Esta es mi bandera", decían orgullosamente los autos, empavesados por gentileza Esso); y pasó y

fue el 26 y "El País" celebró la reacción patriótica en los barrios más pobres, exaltando "el maravilloso espectáculo de su pobreza avivada por los colores de la enseña patria".

A todo esto, lentamente prosiguieron ayer los trabajos de apuntalamiento y demolición y el despeje parcial de un sector cercano al sitio donde está el cadáver —atrapado por uno de sus brazos— permitió recuperar otra pistola Remington calibre 45 y el reloj del sedicioso, detenido a las 6.55, hora en que se produjo la primera de la sucesión de violentas explosiones que destruiría casi por completo el lujoso edificio.

Ha pedido que lo llevaran al Clínicas porque recibía clases en el Clínicas. Ahora está claro. Clases de medicina y de guerrilla, por supuesto. Cursos y contracursos. ¡Los famosos contracursos!

La limpiadora del Bowling mejora a ojos vistas en el Hospital Militar. Ya no hay nada que temer por sus hijos, pobres criaturas.

Ron Fernández, cuya madre y hermanos viven en Asamblea 4729, había sido denunciado como desaparecido por sus familiares, luego de los sucesos de Carrasco, la semana pasada. En medios policiales, sin embargo, esa denuncia era como algunas otras de similar tenor, ya que a partir de los atentados dinamiteros fueron varios los jóvenes de ambos sexos que dejaron sus hogares para sumirse en la clandestinidad.

Siete de octubre. Hace nueve días que el muchacho yace, aparentemente intacto bajo los escombros. El arquitecto municipal (con acento italiano) hace declaraciones por radio:

Se está terminando de demoler la planchada del segundo piso, para llegar a la planchada del piso bajo donde está, como se sabe, apretado por una viga, el cuerpo del dinamitero muerto. Está como en un nicho, debajo de la escalera que comunica la cafetería con la cancha de bolos.

Parece que el cadáver está intacto. Parece que se ha conservado, a pesar del tiempo transcurrido, a causa de la fuerte humareda que penetró todo ese nicho.

Es cuestión de horas. Los bomberos están cortando la pesada viga que aprisiona el brazo derecho del dinamitero.

Tenía veintiún años y D-M cincuenta y tantos, algunos más que el número de estrellas de su bandera. Lloremos a los viejos en un mundo de viejos, dejemos que se amontone el cascote sobre los jóvenes... ¿O qué quieren ustedes, un mundo de jóvenes, un mundo gobernado vociferado denunciado por jóvenes, Cohn Bendit, Ruddy el Rojo y todo eso?

ANTÍGONA. —¿Pues no ha mandado Creonte que, de nuestros hermanos, el uno quede honrado con sepulcro y el otro afrentado sin él? A Eteocles, según cuenta, reconociéndole los derechos de la ley y las costumbres, le concede sepultura con grande gloria entre los muertos de allí abajo; pero el triste cadáver de nuestro difunto hermano Polinice dicen que ha mandado a voz de pregón en la ciudad que nadie le dé enterramiento, nadie le haga exequias, sino que le abandonen sin lamentos, sin sepulcro, para pasto deleitoso de las aves, que lo devoren a su sabor en descubriéndolo.

Media tarde del jueves siete, nueve días y medio desde la explosión: ahora se ha llegado hasta el cadáver. Una camioneta de la Seccional 26a. ha traído un ataúd (sin banderas, sin nombres en la desnudez de la tabla de pino). Los bomberos levantan el cuerpo, lo colocan allí. Está intacto, ni siquiera el brazo está fracturado. Está el Juez de Instrucción, está su Actuario: se asoman, miran, hacen un gesto, dan la orden: Que se lo lleven.

La autopsia dirá que el joven murió asfixiado por emanaciones de monóxido de carbono y el monóxido de carbono explica la buena conservación del cadáver. La televisión ofrece un breve pantallazo, en sus noticieros de las ocho de la noche; muestra a seis bomberos que

marchan hacia una camioneta, llevando un basto féretro de entierro de pobres. No hay bandas tocando ni embajadores saludando ni coroneles haciendo la venia ni senadores apabullados ni siquiera familia. No hay nada, nadie.

No habrá nada, nadie. Ni avisos en los diarios ni velorio anunciado ni coronas televisadas ni álbumes para firmar en ningún hall ni colas de radioescuchas para llegar a los álbumes, en el atrio de una embajada como en el patio de una fortaleza, de una prisión. Nada. El hecho se cierra. Nada. Ni siquiera Antígona. Nadie.

HEMÓN. —No seré yo quien pida exequias para ningún sedicioso.

Nada. Sólo que, delante de todos, está el tiempo: el tiempo en el aire, con y sin monóxido de carbono, el tiempo en las pantallas, el tiempo en las cabezas. Mañana será el ocho de octubre.

CREONTE. —¡Ay de mí! A nadie, a nadie sino a mí se culpe jamás de este crimen. Yo te he muerto, hijo; yo, desdichado, lo confieso abiertamente. Sacadme de aquí, oh siervos, cuanto antes; sacadme fuera; yo ya no existo, yo ya no soy.

## EL TREN, LA MUJER, EL HOMBRE

### EL TREN

No es una estación especialmente importante, acaso sea una estación de balneario, imposible precisarlo desde este lado de la ventanilla hacia afuera. Una ventanilla que, ahora que ha caído su mecanismo de guillotina, se revela sucia, chorreada, con lunares polvorientos y marcas de dedos de niño que han grabado monigotes, redondeles, alguna palabra. El vagón es arcaico, eso se ve por el esmerilado del cristal de la ventanilla, que entrelaza cuatro letras, FCCU, las famosas letras del ferrocarril de los ingleses, esas letras que servían para el chiste de la onomatopeya de una locomotora que se pone en marcha y empieza a echar vapor y a pitar: ¡f-c-c-uuuuuu!

No es una estación especialmente importante pero allí ha subido el hombre y allí ha subido la mujer. No se conocen, vienen desde sitios diferentes de ese paisaje empañado que queda detrás de la ventanilla, de ese sitio impreciso, de ese andén que se pone lentamente en marcha, de esa fila de árboles que cabecean y empiezan a pasar, primero más despacio, luego —perdida ya toda precaución— más y más velozmente, mientras el tren silba. Es un Diesel, claro está, no echa la vieja tiznada llovizna de carbón líquido de las antiguas locomotoras que el hombre —mayor que ella— recuerda de su infancia. Pero silba.

Han llegado desde sitios diferentes. El hombre antes y ha elegido la ventanilla; no por lo que promete el paisaje sino por la capacidad de aislamiento, por la falsa confianza en sí mismo que depara la proximidad de una ventanilla, el arte de subirla y bajarla, el juego de copiar un rostro borroso entre lampos de polvo y raudos fondos

de arboledas, de parvas, de animales brumosos, y que ese rostro aéreo perséguído sobreimpreso contra fondos veloces sea el del hombre que lo va buscando entre techumbres y ramas, como en el hallazgo del rostro escondido de las revistas de la niñez. Por eso ha elegido la ventanilla, no por lo que espera del paisaje. Tal vez lo conoce, tal vez no le interesa.

El tren, la mujer, el hombre. La mujer ha subido después que el hombre y no ha encontrado ninguna ventanilla. Ha preferido entonces la vecindad del hombre a la de algún viejo, a la de alguna vieja. Ha pensado que un hombre maduro, con un diario del día asomando por la abertura del maletín de mano —que ese hombre maduro con un vago aspecto de ejecutivo, de pasajero ocasional de los trenes más que de viajante profesional de comercio— ha de ser menos locuaz que un viejo, que una vieja. Y ella tiene un aire de cansancio —¿de agotamiento?— que rehúye las conversaciones, los largos tanteos entre remotos conocidos de este mundo que se acaba luego por declarar tan chico. “¿Conoce usted a...?” “¿Nunca oyó hablar de...?” No, seguramente él no planteará estos acertijos estúpidos y el silencio se instalará entre los dos. Es lo que ella quiere, lo que seguramente precisa para pensar, para recapitular las experiencias de la jornada o para tomar una decisión mientras el tren corre, visiblemente desde una ciudad secundaria hacia una ciudad más importante. Por eso se ha sentado en el asiento contiguo, el deprimido asiento de cuero negro con su capitoneado a paneles ya flojo y de botones flojos, cuando no de botones ausentes. Por eso se ha sentado allí.

Lo que no tiene lógica es que después de elegir un compañero tan circunspecto ella haya sido, a sus expensas accidentales, tan efusiva. Porque por un momento le ha pedido permiso, ha alzado tanto como se puede la ventanilla, ha echado el torso por allí hacia el andén, mientras el hombre momentáneamente le ha dejado una ventanilla que de todos modos piensa recuperar y sólo ha cedido (eso se ve a las claras) por un instante. El instante de las despedidas, también eso se advierte. El hom-

bre —desde su posición— no mira hacia afuera y la escena entre ella y el andén se desarrolla sin voces. El hombre no mira, por discreción: presiente a otro hombre. La mujer ha echado su torso por la ventanilla abierta, sus brazos relampaguean en el ribete de luz que queda entre el vagón y el andén. Pero el hombre, desde adentro, no lo ve ni ambiciona verlo. Prefiere inventárselo, prefiere situarse imaginariamente en la otra punta de la situación: No está mal, piensa; aunque sólo ve, como una mancha atigrada por el redoble de las varillas del andén y los montantes de la ventanilla cayendo casi a plomo sobre ella, el dorso de la mujer. El dorso carnal de una mujer joven: No está mal, no está mal.

Ella puede estar llorando, sin que él se tome el trabajo de imaginárselo: llorando en líquido, silenciosamente y sin espasmos, llorando a goterones sobre mejillas como manzanas de cera, como les gusta llorar a las mujeres en las despedidas. Puede estar llorando y las locomotoras Diesel ya no arrojan aquella llovizna de carbón licuado que sabía bajar en busca del rimmel de las mujeres en llanto. Ella llora, los nuevos trenes no.

El tren, la mujer, el hombre. El primer chirrido, el primer remezón por el que la locomotora tira de su cortejo, la mujer ya retira sus brazos, alguien se los abandona o los afloja. Alguien sin rostro —¿un hombre?, podría haber vuelto a pensar el hombre si la escena le importara, pero no le importa— entre más gente sin rostro que arroja ahora sus voces gritadas contra el flanco del tren, porque el tren se mueve. El hombre piensa que va a recobrar su sitio en la ventanilla, cuando en vez del andén sean los árboles y le digan algo más, ya que a él nadie ha ido a despedirlo, nadie ha llegado para tomarle las manos, para pedirle u ofrecerle lágrimas. Nadie.

Adioses, muelles que rechinan, un silbato ronco. La mujer abandona la ventanilla, agradece con la cabeza, una cabeza a contraluz, un perfil inscripto contra el claro de la ventanilla abierta, sobre su cielo a cuadros, a barras, a listones: un perfil quieto contra un señalero que voltea sus pequeñas aspás, un perfil sobre un letrero de cemento

con el nombre del lugar (invisible, con el coágulo en negro que le hace la luz, llegando desde atrás), un perfil donde no se dibujan surcos, penas, ojos hinchidos, nada. Un perfil que apenas cabecea para agradecer y cede el sitio que por un par de minutos, dos eternos minutos, le han prestado.

Se ha sentado al lado del hombre, además, por una sencillísima razón: el hombre tiene una ventanilla que da al andén y en el andén está alguien, ese ser que toma los brazos y los abandona tan sólo con el vagón en marcha... ¿corriendo sin soltarlos en los primeros metros?... ¡mirando, mirando!

Pero ahora el tren se mueve y ella regresa a su sitio y él decapita pudorosamente el recuerdo inservible del hombre de los brazos: la ventanilla cae como un hachazo sobre el pescuezo de ese recuerdo, oh, la ventanilla cae y el golpe seco hace un remolino (el hombre sólo mira hacia afuera, da tiempo a la emoción que adivina en ella, tiempo a secar las lágrimas) y el pañuelo que ella ha llevado a sus ojos (y horas antes había llevado a su boca e impreso con sus labios) vuela, escapa de su mano. Oh, vuela y él ahora está sentado y el pañuelo capota en un aire que se ha vuelto de pronto tan confinado luego del abanicazo y cae sobre las ingles del hombre, justamente en el trance en que el hombre no lo ve, absorto en el escrúpulo de mirar hacia afuera, hacia los términos de un paisaje que no le interesa, para dar tiempo, como sólo da tiempo un caballero.

¿Y ella? Ella piensa que no puede pedírselo, que él ya lo verá, lo tomará delicadamente con dos dedos, se lo devolverá casi sin mirarla y ella dirá Gracias, susurrará Gracias, un susurro que precisaría del mismo pañuelo anegado por el cual se pronuncia: Gracias. El tren, la mujer, el hombre. El tren ya puede echarse a correr, ya ha dejado atrás las últimas agujas, los refulgentes desvíos hacia vagones abandonados, las pistas que peinan hacia los dos costados la charca de fulgor del mediodía. Ya puede echarse a correr, ya corre.

¿Y él? De pronto, sacándolos del deslumbramiento,

sus ojos bajan hacia aquella mancha movediza, quieta, aleteante, modulada en blanco sobre el sitio del sexo. Oh, aquello. Él ha llegado temprano pero acaso se haya vestido antes con demasiada prisa. ¿Desde qué sitio, desde qué cama, desde la orilla de cuál criatura? Y ahora aquello emerge, declara, late. El hombre lo ve como un faldón de camisa o como algo peor y más irrisorio, como el capricho de trapos que le hace una pajarita de papel en el sitio y el recuerdo del sitio del amor. Entonces no duda. Abre el diario que estaba proponiendo su otra punta desde la boca del maletín. Lo abre, se enfrasca ficticiamente en noticias que ya sabe o que no le interesan, sigue los títulos con la mirada, no lee, se distrae en los juegos iridiscentes de las retículas de imprenta que le bailan ante los ojos como los rieles de las vías que no tomaron; simula estar averiguando lo que ocurre en el mundo. Pero la mano que no sostiene el diario, la mano que queda hacia el lado de la mujer (y ella la ve, desde sus lágrimas antiguas su risa su espanto ella la ve) empieza a trabajar por separado. Y toma el pañuelo y empieza a empujarlo hacia el sitio de la bragueta y a incrustarlo en los intersticios de la bragueta. No lee, ¡qué va a leer!, su cuerpo es sólo esa bragueta que cree estar recibiendo el regreso del faldón de la camisa.

¿Y ella? Todavía no se han secado sus ojos pero la boca se crispa de risa chasco pensamientos (sí, pensamientos de la boca, de la boca que también se despintó en el pañuelo para no pintar en la despedida el rostro comprometido de alguien) y si ese alguien la viera creería que hace por él un puchero de la niñez, porque la boca piensa estrangula pensamientos tan imposibles, frases tan absurdas e inconcebibles como "Caballero: Usted está sepultando mi pañuelo en su bragueta, es una confusión, no es su camisa, es mi pañuelo, he llorado, caballero, usted no diga que no siente su calor, su impregnación, ¿no está húmedo, no se nota?" y el todavía más imposible ruego "Caballero, por favor, devuélvame-lo" o el comentario "Qué situación tan cómica, caballero, fuera de todos los cánones del sentimiento y la educación,

el sentimiento en mi caso, la educación en el suyo, oh, por favor, caballero, no le dé importancia, no se ruborice, ¡qué importa!, ¿acaso yo no lloré en su ventanilla, en su cara?"

Pero él ya ha acabado de sepultarlo y no dirá cristiana sepultura, ha acabado de sepultarlo porque cree tal vez estar sepultando, en viaje hacia una ciudad una mujer que lo esperan, sepultando un simple desacomodo revelador en las ropas, él un hombre maduro, un hombre serio, ¿un hombre escapado de prisa, temeroso de alguien, del regreso de alguien, saturado de su experiencia con alguien que no vino al andén? Y ahora que lo ha sepultado, que concienzudamente ha integrado el pañuelo a la región del calzoncillo y el pubis y el pozo de los besos sobre el sexo ya muerto, ese pozo con canutos de pesquezo de gallo entre el vientre que cae y el avance ya flácido de las formas del sexo, ahora que lo ha sepultado pierde súbitamente su interés por las noticias del mundo, Pablo VI viaja a Manila, un pintor boliviano quiere asesinarlo vestido de sacerdote, pliega el diario y se da a mirar por la ventanilla, el paisaje calcinado por donde resbala su cabeza, esa cabeza que sonríe (y el vidrio no lo copia) pensando en el otro posible descenso al llegar, en su mujer esperándolo y en el capricho con forma de pajarita de papel delatando las travesuras de un sexo que también regresa de viaje, imaginándose (los labios se abren, echan casi su aliento sobre ese cristal en que fingen encarnizarse tras un paisaje sin jugo), imaginándose lo que habría acontecido si...

¿Y ella? Ella puede abandonar definitivamente sus lágrimas, abandonarlas pensando que ese hombre se desvistió por la noche delante de su mujer y la mujer lo ve con estupor, se desprende y cae un pañuelo como una hoja de parra del pene del hombre y ese pañuelo tiene unas letras entrelazadas y la marca en rojo de un beso y la mujer ve voltejar en el aire esa hoja de parra y salta de la cama, desnuda, antes pronta a entregarse y ahora repentinamente furiosa, antes Leda y ahora repentinamente tigresa leona perra aulla pregunta...

Entonces ella pierde con ganas su pañuelo, ella ríe. Ríe y sólo su mano puede ahora atajar su risa, su risa que sale brota desborda por más sitios que sus lágrimas. Ríe.

## LA MUJER

Si hemos perdido la estilográfica, adquiere una increíble importancia, una condición histórica la última palabra que trazamos con ella. La miramos escrita, es trivial, puede registrar una simple obligación doméstica: "zapatos", que significa "no olvidar los zapatos". Zapatos: aunque sea esa, se vuelve una palabra póstuma, misteriosa.

¿Y un pañuelo, aunque no esté propiamente perdido, sino sumergido entre la ropa de un extraño, a sólo un metro de distancia? Más increíblemente perdido porque la suerte de encontrarlo depende de la transgresión de todos los tabúes.

Tenía el pañuelo en la mano, sí, lo tenía, miraba la huella de sus labios, impresa para dejarla allí, voluntariamente, como en una servilleta de papel. Para dejarla allí y poder besarlo. Él no lo ponía como condición, pero ella sabía que luego de la estación él se iría directamente a trabajar, sin volver atrás a despintarse la marca de un beso. Y no soportarían la situación clásica de sainete, del señor que llega con una mariposita de amor —ah no, *papillon d'amour* es otra cosa, dijo él riendo y se negó a explicarle qué era— con una mariposita roja en mitad de la mejilla o, peor aún, en el nacimiento del cuello, rozando el borde de la camisa blanca; llega así y es objeto de los chistes feroces de los compañeros de oficina. Horrible. Debería despintarse ella ahora, besarlo y luego, en el coche, volver a pintarse. Sí, pero el inconveniente era que también le gustaba besarlo en el coche, en plena marcha. Él le acercaba el rostro como la mitad de la luna y ella descendía allí, en aquellos mares que ahora serían

pero que media hora antes no habían sido de la Serenidad. Bueno, se despintaría ahora, lo besaría, seguiría despintada casi hasta el final del viaje: sólo cuando estuvieran ya a la vista de la estación, él pediría el último —el último de aquella vez, ¡no de la vida!— y ella se lo daría y entonces tomaría con sus dedos pequeños el espejito retrovisor y lo acomodaría para que esa otra luna cayera en sus labios, o ellos en el resplandeciente estanque oblongo que había estado copiando los árboles convergentes del camino, a espaldas de la marcha, y se los pintaría con un mohín de la boca fruncida, un mohín que no hacía delante de los espejos del cuarto que habían abandonado, un hociquito fruncido que a él volvería a darle ganas y del que se burlaba, como si la boca entera, el reflejo de la boca entera no cupiese en un espejito acostumbrado a albergar casas, automóviles, pistas, camiones. No seas presuntuosa. Y si le pidiera luego otro beso, ella se lo daría tan sólo rozándole con los labios, sin impregnar, o le tomaría la cabeza y se lo daría en el pelo, aquella jungla. Pero mejor que no se lo pidiera. Porque los besos que a ella le gustan son aquellos en que participan los labios y la lengua y los dientes y una crispación de mordisco retenido y la humedad interior de la boca y un civilizado perfume a chiclets, para no trasegar los alientos desnudos. Y a veces no; lo que le gusta, cuando besarse es una forma más de penetrar en él, es eso mismo, los alientos desnudos. Los alientos desnudos, los alientos jadeados, los alientos fundidos: el amor.

Ahora ha dejado de besarlo y lo escucha. Están desnudos, las cortinas corridas, sólo un resplandor bermejo fantasma la pieza. Desnudos, él fuma, una floración de humedades, a la cabecera de la cama, mancha e inventa, como en una estampa, su cabeza pensativa. No lo besa, lo escucha. Está hablándole de un padre muerto, de una infancia lejana, de viejos animales de la memoria. Está mintiéndole una vejez que no siente, a esa hora del día, una vejez que caerá sobre él a la noche, cuando descuelgue el traje de sus hombros, cuando le ponga su corbata a una silla, cuando entregue su cansancio a un vaso

de whisky y ella no esté a su lado: ella en su tren, en su ciudad, en sus años. Pero ahora no: están desnudos y él ya no fuma. Tiene también un vaso de whisky en la mano y los dos toman del mismo vaso, en la vieja ceremonia de mezclar los secretos. Pero más arriba, la verdadera ceremonia es la de prestarse los recuerdos. Ella piensa ahora, con el pañuelo perdido en los ijares de un extraño, que no conoce de él lo suficiente. Y corrige: que no conoce lo suficiente del hombre que fue él hasta que se encontraron. Después sí, pero el amor con hambre pudo más que todo. Un amor al que no renunciarían por nada del mundo. Por nada de la tierra ni del cielo, piensa ella mientras el tren se sacude entre la tierra y el cielo. Un amor jugoso y glotón, dicho en broma, hecho en serio: así lo ve ahora. El buen humor del hombre de los brazos del andén se le aparece, cae de lleno en su mente y ella sonríe. Cuando él le cuenta cómo contrajo un amigo indeseable, como quien contrae una enfermedad, cuando él le pone a ella nombres de animalitos y eluden por razones de estricto esnobismo cultural, a ese bichito simpático y de historieta que se llama el castor. Cuando él la levanta desnuda y la pasea en triunfo o la hace dar vueltas como en los viejos juegos de la trilla o cuando la lanza al aire y la recoge o cuando la acuesta encima de él, como sobre un colchón suficiente, y luego va alzándola en una camilla o plataforma que ascendiese, y ríen. Ella le jura entonces que ya no concibe separarse de él y se prometen todo, la junción de la vida, la junción de las sangres y de las cenizas. Aquello por un momento los ha puesto serios: él le imparte una vez más las recomendaciones austeras de su muerte y ella siente (¿igual que en la escena del andén?) que sus lágrimas caen sobre un rostro liso y tranquilo, sus lágrimas caen. No está sufriendo oh, no, seguramente no. Y acaso lo contrario: se emociona con él, se emociona consigo misma, la apelación de saberse mortales renueva la gratitud, pone un fondo muelle a los pozos donde bajan. Ah, sí, cuando están solos tienen la sensación de que esos pozos existen, de que se baja a ellos, de que la muerte es

un descenso graduado. Él, más que ella, lo dirá al día siguiente. Por el que voy bajando... ¿Cuántos años te crees que tengo? Esto es proselitismo y ella no llora: éstos son arrumacos, juegos, el envite de la vejez como una coquetería del sexo. De ese sexo al que bajan y vuelven a bajar, como al fondo del pozo de la existencia, tantas veces mentado.

Y si ella se peina, y si ella se arregla el trazo verde/azul/cárdeno (depende del vestido) de sus ojos, si ella emprende aquellos ritos de su intimidad que lo excluyen, él entra, vuelve a entrar, ríe de ella, le revuelve el pelo, le horronea un párpado demasiado cargado. Ya está cerca la hora del tren, hay que irse.

Es entonces cuando él se encapricha con un-último-beso-verdadero y ella, fingiendo que aquello la contraría, echa mano al pañuelo y se despinta los labios. El pañuelo en los fondos insondables de la cartera, el pañuelo con la amistad del peine, el pañuelo con el perfumador para el toque frugal tras las orejas, el pañuelo con el diseñador y con el bolígrafo y con la libretita de notas para compras y encargos. El pañuelo sin todas esas cosas, el pañuelo cayendo a la oquedad desconocida del pubis del viajero.

Y en la noche ella habrá llegado y él llamará, Señor Barcia o Ingeniero Flos él llamará y ella, acurrucada y susurrando en el rincón del teléfono, le hará preguntas cariñosas intencionadas perversas sobre el cansancio de la jornada y él, pensando en las interposiciones invisibles de soplones, curiosos y viciosos en las líneas telefónicas (se dice *voyeur* en los parques, ¿cómo no se ha inventado nada para el onanista aéreo de los teléfonos entrelazados?) responderá neutramente que sí, que está cansado, que fue —eso sí— una buena jornada, que Empezó Muy Bien. Y ella insistirá en dudarle, para estar segura de que él se refiere a ella y no a ningún buen negocio hecho sobre el mediodía. Oh, no, hoy no hubo demasiados negocios, gracias a Dios. Y entonces ella tomará ánimo, se sentirá aludida por esa voz que se ha puesto más cálida cuando él desecha el resto

de las fatigas cotidianas para situarla en la cumbre del día transcurrido (Como desnuda en alto por la pieza, como-desnuda-en-alto-por-la-pieza) y empezará a contarle, a partir de la ventanilla que se cerró, la historia del pañuelo. Él la oye, por supuesto que sí, pero ¿es esto y esto y esto realmente lo que ella está contándole?, y es esto y esto y esto —ella le confirma— esto y esto y esto, aunque le parezca absurdo, increíble. ¿No será una coartada?, aventura él, fingiéndose celoso. ¿Coartada de qué?, se indigna ella, se finge indignada (están siguiendo los juegos de la mañana, se entienden recelándose, se entienden denostándose, se entienden olisqueándose, se entienden besándose, se entienden siempre). ¿Coartada de qué? ¿No podría haberte dicho que lo perdí en el *toilette* de una tienda? Sí, eso es cierto, él se dará por satisfecho. Pero parecerá no haber acabado de entenderlo: su oído —¿cuál de ellos?, seguramente el izquierdo, siempre toma el auricular con la mano izquierda— lo habrá escuchado, su pensamiento no parecerá haberlo penetrado. Porque preguntará: ¿Y ahora?... ¿Dónde está ahora? Y ella, riendo: A esta hora ¡qué sé yo! En la bragueta del Caballero Desconocido o a los pies de la Dama del Caballero Desconocido. Entonces... ¿no se lo pediste?, insistirá él, para mantenerla en el juego de las respuestas, a precio de Larga Distancia. ¿Cómo iba a pedirselo, qué frase existe para pedir esas cosas?... pero ella habrá estado imaginándola todo el viaje, habrá hecho todos los juegos de esa frase y mañana irá proponiéndoselos uno a uno e irán eligiendo ésta, desechando aquella, como en los pasatiempos de las revistas que a veces, entre las veces del amor, van resolviendo desnudos y juntos, con un solo vaso de whisky por encima de ésta, de aquella, de esta otra o en el monótono canje, en el canje ritual y consabido de las eternas mismas palabras, autillo-oto, tonto-opa, lechetrezná-ésula, plantigrado-oso.

Entonces él reirá, dirá Ese Pobre Tipo, ¿Qué Tendrá Que Inventar Para Que Le Crean, Ese Pobre Tipo? y reirá y su risa llegará cálida a través de Larga Distancia, esa risa que gasta minutos, que cuesta plata, que vale besos.

Reirá, ella se lo imagina perfectamente; al ser que él es ahora, ella lo conoce: no habrá conocido a sus abuelos, a sus tíos, a sus padres, pero a él sí lo conoce. Reirá, dirá cosas como ésa, Ese Pobre Tipo (y ella lo tiene al lado, no a él, a ese-pobre-tipo). El tren, la mujer, el hombre. Lo mira, está allí, dormita sobre fondos de parvas, de vacas, de gallinas, sobre edenes de infancia que resbalan. Dormita, ella lo ve, podría ir sacándoselo con cuidado, con esos dedos de pintar un ojo, de pintar un beso. Ese pobre tipo. ¿Y si se despertara? ¿Cómo explicarlo entonces? Piensa en su situación de mujer sorprendida escarbando en público en la bragueta de un extraño, de un durmiente indefenso. En busca de lo que me pertenece legítimamente, señor. ¿Pero qué creería entonces él que ella pretende que le pertenece? ¿Algo así como el derecho de las especies? ¿El matriarcado primitivo y sexual? ¿El débito extraconyugal? Lo mira. Él dormita, con el petardo de las explicaciones dormido en sus entrañas. El pobre tipo. Ella lo mira y siente ganas de reírse. Ríe.

## EL HOMBRE

La mujer tigresa, la mujer cabeza de gorgona: la conoce, tal vez la ama, le teme, a veces la afronta, otras le huye. La mujer leona, perra, animal de costumbres, a veces sumisa, siempre fiel, algunas noches dulce. Esta noche iba a ser una de ésas, quizá. Volvía cansado, iba a ser una de ésas, el pañuelo cayó entre ellos, él de pie, ella alcanzándole el pijama, mirando las aquerenciadas formas conyugales sin sorpresa sin hartazgo sin miedo. Él es un hombre como tantos hombres, un ciudadano sin mayor historia (¿qué derecho tiene para negársela la mujer, no la suya sino la llorosa llorona mujer del pañuelo?). Un hombre sin novedades sensacionales pero con hábitos firmes, un ciudadano cumplidor de las leyes (y transgresor de las leyes) como se dice y no se piensa (como se piensa y no se dice).

Y ella ahora, Qué venís a jurarme, desgraciado, qué querés que te crea, Contate otra vez la del pañuelito pintarrajeado en el calzoncillo y el Inocente que lo trajo sin saber nada y lo encuentra porque sí, Dale, contátela. Son los reproches, los conoce. Lo desgraciado de la situación está tan sólo en que no conoce el pañuelo y debería conocerlo, se supone que tiene que conocerlo, Es-Juzgado-por-las-Evidencias, como dicen en los programas de TV que ella ve, que él ve, que los dos ven por las noches, antes o en cambio.

Mañana Mismo Voy A Ver al Abogado, es otra frase que parece salida de las seriales porteñas; pero no lo hará: llorará toda la noche o una parte de la noche, llorará para dormirse después y roncar a su lado mientras él piensa y vuelve a pensar, devanándose los sesos (¿los sesos como una madeja?) ¡Este pañuelo!, porque en el escándalo que ella está haciendo él ha perdido totalmente la memoria del gesto de sus dedos en la bragueta. Y si fuera a ver al Abogado porque el Abogado lo hubiera citado y él tratara entonces de explicarle, en su estudio-sufete, la historia del pañuelo encontrado porque sí, extraviado no se sabe por quién justo en el sitio más íntimo de sus calzoncillos, el Abogado tampoco le creería. Sonreiría con una sabiduría cómplice, una indulgencia profesional, una campechanía de hombre a hombre y todo eso. Sonreiría pero con un dejo de reproche en la leve torcedura de la sonrisa, algo que significara Cómo-me-viene-a-mí-con-eso, A-la-señora-está-bien-¡pero a mí!, algo que desacreditara el candor de aquella historia, Vamos, viejo, le aseguro que ésa no la tenía... y ya tengo mis años de quilombo; diría seguramente quilombo o alguna otra palabra grosera que fuese su modo implícito de despedir la historia, de rechazar la historia, de rebotar la ofensa de que a un hombre crecido y graduado pudieran venirle con esa historia. Como la historia del rayo de luz y la Paloma del Espíritu Santo, diría después (pensaría entonces) el Abogado. Vamos al grano, ¿cuánto está en condiciones de pasarle por mes, mientras le da tiempo para que le acepte la historia del Pañuelito Blanco?...

No, mejor no ir a ningún lado, encontrar la auténtica explicación o callarse. Tal vez el abogado fuese un caballero culto y no hablara así, pero entonces su modo de rebotarlo sería otro: Por favor, no me cuente la intimidad del asunto, no me concierne. Créame que no me interesa hacer divorcios, sólo que me recomiendan a la señora y ella está decidida... aun que usted no tenga la culpa... Decidida... y ¡furiosa! y todo eso sería otra forma de no creerle.

Mientras su mujer duerme él excava en los episodios de la mañana: la pieza del hotel, el despertador que sonó con tardanza, la ducha a las corridas, los chicotazos de jabón en el espejo, los regueros de gotas por la habitación, la vestimenta apresurada y la última manga en el corredor, porque el taxi ya estaba esperando y el teléfono... Entonces se acuerda. ¿Por qué lo supuso? ¿Por qué se juzgó por lo que no es, uno de esos sujetos que se desabrochan el cinturón en los mingitorios de los cafés, que se sacan los faltones de la camisa y luego se los vuelven a arreglar, tan sólo porque han orinado? ¿Por qué, si nunca incurre en él, se sintió identificado, aludido en el rito de orinar entre el amoníaco de los excusados de los cafés, alisarse las encrespadas cejas con una gotita de saliva ante los espejos de los excusados de los cafés, peinarse con un peñecito de bolsillo ante los vidrios de los tragamonedas de preservativos o chocolates que hay a la entrada de los mingitorios de los cafés? ¿Por qué, si esa mañana ni siquiera había tenido tiempo de tomar un cafecito en el bar de la estación y hacer aguas, precautoriamente, en el excusado lleno de moscas del bar de la estación? ¿Por qué?...

Entonces se acuerda. ¿Por qué lo supuso? Porque aquella mujer desconocida estaba a su costado, llorando y aquel pedacito de tela, ¿venido de dónde?, le había dado la impresión de asomarse desde el centro de su braguita. Aquella mujer que lloraba, aquella mujer que se empinaba hacia alguien, como para salir del incendio de una casa por la ventanilla del vagón... aquella mujer —J L, es todo lo que sabe de ella, esas dos letras entre-

lazadas y unos labios pequeños y sensibles, el pañuelo lo dice— ¡entonces fue el pañuelo de aquella mujer! Ahora no duda, ahora lo ha recordado, como en un fogonazo, como en una película. Ahora lo ve todo. Va a decírselo. ¿A despertarla para decírselo? ¿Podrá creerlo? Se pondrá furiosa, ¿Te llevó una noche entera inventar semejante estupidez? o —peor aún— ¿Para eso me despertás, pedazo de infeliz?, una palabra límite, una palabra ambigua en el fondo de los reproches, ¿Infeliz por qué?, ¿infeliz por quién? Mejor no despertarla, mejor no decirle tampoco al abogado que ésta es la-verdad-verdaderamente-crease-o-no.

Y ésa no es —lo mira mientras duerme, pobre tipo, ¿dormirá todo el viaje?— la historia más desairada, aunque sea la primera que la imaginación le adjudique como desgracia.

Lo ve solo, al final de su jornada de hombre solo y sin mujeres, de pobre simple polvoriento fatigado viajante de comercio con camas sin mujeres, ni en su rancio departamento de los suburbios ni en sus piecitas de hotel de campaña, pobre hombre de camas de olor ardido y un solo pozo al medio, triste solterón de dedos barcinos que fuma a oscuras para despedir otro día como tantos. Solo y desvestiéndose y el pañuelo cae y tiene dos letras, J L, y tiene unos labios dibujados de mujer en rojo y él se queda primero estupefacto y piensa después una historia con esos labios, con una mujer que tenga esas letras y le imagina nombres y apellidos (oh, este hombre no hace, como su hombre del andén, palabras cruzadas, pasatiempos para amoblar o escamotear su soledad) y le pone un nombre a la boca, bautiza esos labios y sueña que se empina y los besa, él que no recuerda no quiso no tuvo más besos que los de su madre y después ya fue viejo para sustituirlos, ¿cuántos años tendrá?, lo mira durmiendo, incalculables, una edad milenaria, la del solterón sin historias, la del solterón que lee su diario de la noche y fuma después su cigarrillo a oscuras, la lumbre del cigarrillo como única compañía y en las tinieblas el imperioso desvaído retrato de la madre, desteñido por el golpe de sol

en las horas en que el trabajo no se lo deja mirar. Sí, es ese hombre, esa clase de hombre, por eso él le diría *Pobre Tipo*, también a ellos dos les gusta el deporte de atribuir historias a las gentes que pasan, del ventanal del café para afuera, cuando el hombre del andén viene y están en la ciudad y llueve y pasa gente corriendo, tranqueando, agachándose, guareciéndose bajo la marquesina del café y es divertido discutir la historia que cada uno pueda tener, el pasado más conveniente a cada cara, la forma de felicidad de cada criatura que se pierde en la lluvia, sí, es un deporte para días de lluvia pero ella lo intenta ahora con el hombre que duerme, el hombre que recuesta su cabeza dormida al cristal vetado de la ventanilla y se aletarga con un pañuelo de ella mechado en sus entrañas. Si es así, pobre, si es un solterón de pieza con ventana al tragaluz, tomará ese pañuelo con las puntas de los dedos, lo levantará en el cono amarillento de luz que baja desde la lamparilla sucia colgante del techo, lo considerará con extrañeza, con recelo, sin verdadera curiosidad viril y luego se dará a inventar una mujer a partir de esas letras, a partir de esos labios, mientras los suyos tienen un cigarrillo y aspiran para graduar un ascua en la noche donde también duerme ¿o vela? un rostro invasor, intransigente, querido y difunto.

El tren, la mujer, el hombre. Pero ahora la habitación es otra, tiene un teléfono color lacre, un sofá muelle, una reproducción de los músicos de Picasso. No menos convencional que la otra, piensa ella: pero más luminosa en la implantación de sus objetos, en la edad de los sentimientos que esos objetos hacen vivir, ayudan a vivir, fingen que alguien vive junto a ellos, por obra de ellos. En esa habitación suena el teléfono: y entonces él habla; sí, la jornada ha sido cansadora, pero la imagen de la criatura cuya voz ahora tiene junto a sí (es más explícito que ellos dos en sus juegos, desconoce los circunloquios, las contraseñas, las charadas: es más simple, más enterizo y expreso, más rotundo y elemental y limitado en su concepto de la dicha) la imagen de esa criatura y el recuerdo de la noche pasada hace unas horas junto a ella

lo redimen del polvo del tren, del sueño incómodo del tren con el sol en los ojos (ah, sí, para compensar una noche en blanco: y no ríe, habla de algo ceremonial que le impide reír), de toda la fatiga del viaje, que volvería a hacer, que volvería a emprender mil veces, por supuesto. La voz de la criatura insiste, quiere saber algo más. Y entonces él, inesperadamente le promete (esto sorprende a la mujer del tren, esto no lo esperaba de un ser que parecía tan simple en sus pasiones) le anticipa, le pide que le haga recordar un sueño tenido en el vagón, un sueño absurdo, un sueño en el que entran un pañuelo con dos letras —¿No sabés de alguien que se llame Jota Ele? puede animarse a preguntar entonces— un pañuelo con dos letras y dos labios pintados, iguales a los suyos. Haceme acordar de ese sueño, vamos a analizarlo.

¿Entonces no es tan simple, tan estólido como ella suponía? No lo sabe aún, claro que él no lo sabe, pero hay algo que persigue en su sueño y le hace sonreír, sonreír al pudor de una mentira todavía no imaginada que esta noche dirá para seguir viviendo, sonreír al recuerdo de una trampa que hará y aún no conoce, sonreír a la fortuna de un ardid en el sueño.

Ella lo mira, piensa que el pañuelo perdido en la bragueta del hombre es acaso una historia a cuatro puntas. Encuentra esta expresión, como un pañuelo: una historia a cuatro puntas. ¿Cuál de los cuatro va a decirlo después? Ah, bueno, todavía no se lo imagina. Pero es seguro que alguien lo dirá: tal vez ella aventaje a los otros tres y se lo proponga al hombre del andén, pero no por teléfono sino cuando vuelvan a verse. Cuando vuelvan a verse y ella empiece por sacar otro pañuelo, para exorcizar la increíble historia. ¿Será tan listo como ella el pobre hombre, será tan lista como ella la mujer del pobre hombre? ¿Será tan listo como ella el hombre del andén? Ahora sabe que toda esta fruslería está poniéndola estúpidamente pedante. Pedante, cinco letras: fatuo, diría él. Ella lo ve ahora con sus pañuelos de papel a cuadritos blancos y negros en los bolsillos, con los recortes de palabras cruzadas que lleva

a través del día hacia sus ratos perdidos. Como el recuerdo de ella, ni más ni menos. Como el recuerdo de su cuerpo, como el recuerdo de sus labios, como el recuerdo de su amor, ni más ni menos. Pasión principal del alma, cuatro letras: amor. ¿Principal? Está haciéndose ahora sus juegos en el aire, el hombre de la ventanilla cabecea y abre los ojos. El tren, la mujer, el hombre. El hombre que súbitamente —¿tocado por los pensamientos de la mujer que tiene al lado?— abre los ojos. Los abre sin darle aviso, la sorprende, la mira. Y ella, sin poder evitarlo, sin saber tampoco por qué, ríe.

El tren, la mujer, el hombre. ¿Empieza aquí la historia?

## EL CABALLITO GRIS

*Da vergüenza ser viejo, en un país que sospecha de sus jóvenes*

Los marcianos bajaron por azoteas y avanzaron por patios. A la vecina de la casa contigua se le presentó primero un walkie-talkie: Por favor, permítame subir a su azotea: tengo que transmitir a Jefatura. Pero detrás del walkie-talkie entró un marciano armado a metralleta, otros, otros. La mujer cedió: era fidelista, no le convenía obstaculizar: después buscarían y sabrían, si es que no habían buscado ya... La casa contigua era la casa de los actores: ensayaban teatro hasta la madrugada, arrancaban las motos debajo mismo de la ventana de la mujer. Empezaban a vivir al mediodía, la muchacha flacucha que pasaba a hacer sus compras casi a la una no saludaba a nadie. ¿Cómo se llamarían?

También en casa de los actores golpearon, empujaron la puerta a culatazos, entraron al zaguán y al patio apuntando con metralletas y bazookas: Que nadie se mueva, están copados. Vayan saliendo todos al patio (aquí empellones sobre cuerpos, no ya sobre puertas). Todos al patio y las manos juntas en la nuca. ¡Vamos!

El oficial carnoso hizo saltar la tapa-trampa de la azotea y cayó súbitamente en el altillo. Fue la primera visión que tuvieron Martín y Ana. Abajo, ¿qué era aquello? ¿Gritos del judoka, órdenes, qué? ¿Y qué hora era? Ana fue la primera en saltar de la cama: sólo veía la figura compacta del oficial recortada en el vano de la tapa-trampa: encorvado, rollizo, incómodo: y la cabeza hacia adelante, hacia la bocanada de humedad del altillo, la cabeza como de un bulldog, agresiva. ¿Quién es, qué quieren? El oficial acabó por largarse a la piza, supri-

miendo de un salto los tres escaloncitos de madera empotrada. No se muevan. Ana, desnuda en el centro de la pieza, había encendido la luz, la única luz que venía desde el techo de la bovedilla, una cuarta apenas por encima de su estatura, rozando la estatura de Martín, seguramente no admitiendo la estatura del oficial, que se mantenía encorvado y en actitud de saltar, como un gorila. ¿Qué pasa, qué hay?, dijo Martín, desnudo y entre las sábanas, soplando desde una larga fatiga erótica. ¿Quién es usted? El oficial lo suprimió, enderezándose un poco más: ahora se vio que apuntaba con una metralleta. Vamos, dijo, dirigiéndose a Ana. ¿Qué se queda ahí? Vístase. Demasiado flaca, debe haber pensado el oficial, que a juzgar por su cara (había caído con su cara debajo mismo de la mancha de luz amarillosa, daba las órdenes desde allí) parecía ser un tipo de gustos sexuales más truculentos. Demasiado flaca y sin tetas, debe haber pensado. ¡Vístase!

De abajo, por la ventanita que el altillo abría casi al nivel de la claraboya, recogiendo los ruidos del patio, seguían viniendo las voces. Vos, ya te dije: las manos contra la pared, dale... ¿o las vas de vivo? debía estar seguramente dirigido al judoka. Estaban allanándolos, pensó Martín, sin moverse todavía de la cama. Ana había empezado a embutirse un vestido, antes que el corpiño, antes que los calzones: desnuda, descalza, el vestido bajándole por el cuerpo flaco, por la altura de las caderas donde no tenía caderas, tapando ya el sexo. Un soldado cubría ahora la tapa-trampa, algo brillaba desde las cuclillas del soldado; el oficial había pasado por detrás de Ana (todavía una mirada para su traste, también descarnado, también insignificante); había sacado la metralleta por el ventanillo, apuntaba hacia abajo. Tenía a todos bajo su fuego, mientras el soldado en cuclillas en la azotea, que parecía estar defecando pero sólo debía cumplir una pose aprendida, los apuntaba a ellos dos. Y usted también —dijo el oficial—. Dele, carajo. ¿Qué espera?

Con su vestidito de verano, con sus bailarinas, con sus pequeños calzones que cabían en un puño, sin un in-

necesario corpiño para su pecho de tabla, Ana salió llevada por dos marcianos: habían llenado el patio, se estorbaban entre ellos de tantos que eran, casi la descolgaron desde la escalerita del altillo al patio. Salió llevada por dos marcianos, cada uno tomándola de un brazo: y lo vio. Lo vio, el viejo tenía el termo en la mano, se delataba como un vecino. Lo vio mover los labios, pero no llegó a escucharlo. Son unos niños —había dicho el viejo—. Da vergüenza ser viejo, en un país que sospecha de sus jóvenes. Al viejo le parecía haber dicho una gran frase, pero Ana sólo lo vio mover los labios, no lo oyó. Viejo de mierda —dijo ella—. Debe ser un soplón.

#### *Sillas para no sentarse*

Oscar les había conseguido el altillo: lo había apalabrado con Carlos y Carlos con los demás de la casa. Oscar les tenía lástima: había dicho que les salía de fiador, pero después —sin pedirles cuentas— empezó a pagar el altillo. Su sonrisa: su sonrisa cuando ellos, después del Rey Lear (se habían portado bien, no habían faltado una sola noche, tenían una devoción sin partes en el texto, un amor sin palabras) le dijeron que se amaban, que habían decidido vivir juntos, que no tenían cómo ni dónde. Los chichipíos, decía siempre Oscar, ésas eran las palabras —inaudibles como las del viejo, más ciertamente bondadosas que las del viejo— que escapaban por el dibujo de su sonrisa: Los chichipíos... ¿quieren acostarse de la mañana a la noche, a eso le llaman vivir juntos? Bueno. Y Oscar, ¿Oscar no se acostaba, siempre trabajando sobre el libreto, sobre las partes nobles (así llamaban ellos a esos papeles principales que acaso algún día les tocaran), con el luminotécnico, con el escenógrafo, con el utilero, con las partes menores, con la frase de cada actor, decila así, decila asá? Oscar... ¿no se acostaba? Por eso, ellos sólo quisieran pedirle la llave, el apartamento a las horas en que Oscar estaba dirigiendo los ensayos y a ellos aún no les tocaba llegar: esas horitas

cortadas, media tarde, que vos no estás... ¿no nos pres-tás la llave? Oscar había preferido conseguirles el altillo, pagarles el altillo y hasta había prometido que él y los otros actores irían un domingo de picnic al altillo, a pintarles las paredes, a pintárselas con figuras, con leyendas, con máscaras, con lo que entonces se les ocurriera. Oscar había hablado con Carlos, habían convenido un precio que ni Ana ni Martín sabían (Ustedes son menores, no tienen capacidad para contratar, había bromeado Oscar, con sus viejos brumosos recuerdos de la Facultad). No pregunten. Y ellos no habían preguntado. También les había conseguido la cama, un par de sillas, lo único que había. Dos sillas que no usaban nunca, porque vivían todo el tiempo en la cama, todo el tiempo desnudos, saltando, mordiendo o dormitando en la cama. Un calentadorcito de alcohol contra el suelo (no había enchufes para calentadores eléctricos ni para lámparas bajas en el altillo), unos cacharros que lo mismo daban para tomar café que para ofrecer vino. Oscar tomó vino para bautizar el altillo, la primera vez que subió y Ana tuvo que calarse el vestidito tan rápidamente como ahora. Los cacharros, las dos sillas para dejar caer la ropa, el calentadorcito, la cama de plaza y media, sin pies ni cabecera, un elástico, un colchón, dos almohadas cortas, sábanas ya grises, a lamparones secos, unas frazadas dobladas contra el suelo, como otro asiento posible. Y allí el amor, el amor de sus diecisiete (Ana), de sus dieciocho (Martín). Oscar tomaba el vino en uno de aquellos cacharros de cerámica que Ana había encontrado en el desván del teatro: Oscar que había traído la botella, Oscar que la había descorchado con su cortaplumas-navaja de siete oficios, Oscar que estaba bebiéndosela y volvía a sonreír. Los abstemios —decía—. Ustedes no hacen nada más que el amor. Hasta que nos des un buen par de papeles —contestó, pidió Ana—. Y ahora (Iasha y Duniasha) se los había dado y tan luego ahora que eran Iasha y Duniasha del Jardín de los Cerezos, además de ser Martín y Ana del altillo, pasaba aquello e iban presos. En el auto en que a ella la llevaron a Jefatura no iba Martín. Iba el

judoka, esposado, entre el chofer y un tira. Y si el judoka —los tiras no sabían que lo era, estaba sin su atuendo, pijama, kimono, ¿cómo se llamaría?— ¿si el judoka empezara a golpear con los pies, como a veces en el patio lo hacía? El judoka había estado enseñándoles modos de defenderse con los pies en las artes del judo, pero ahora los llevaba al parecer muy juntos, los muslos comprimidos entre los del chofer y los del tira. Ella veía su nuca y su coronita de calvicie precoz; no se hablaban. Y ella entre otros dos tiras y nadie más de la casa. Apparently, disponían de muchos coches. Porque Carlos, porque Martín, porque Alba, porque los otros muchachos ¿dónde estaban?... Más marcianos, una chanchita o más coches.

Había sillas en el patio, estaba lleno de sillas y bancos que ellos mismos habían arrastrado desde salones de clase, bajo el chirrido constante de aquellas órdenes perentorias que habrían precisado un poco de aceite en la garganta. Estaban allí, pero la maestra dijo a chillidos que eran para la fiesta de la tarde y no para sentarse ahora. Pero... pensaron los diez años de Ana, ¿iban a gastarse antes de tiempo porque se sentaran ahora y los grandes lo hiciesen por la tarde?

### *Preguntado/Contesta*

Lance de Rueda sobre el Hombro. Esta técnica puede emplearse con provecho en aquellos casos en que tenemos por adversario a un hombre más alto que nosotros, en el supuesto de que podamos resistir su peso. Se realiza del siguiente modo: Partiendo de la Postura Natural, en la cual se hace uso de las manos en la forma ya indicada. Entonces, tirando de la manga del adversario, procurar hacerle perder el equilibrio. Agacharse entonces, lo más rápidamente posible y meter el pie derecho entre los pies del adversario, introduciendo profundamente la mano derecha entre las piernas de él y agarrándole la parte trasera de su muslo derecho. La mano izquierda habrá levantado el brazo derecho del oponente.

PREG.: Si sabe que allí se efectuara la lectura de textos izquierdistas.

CONT.: Sé que a veces leían y comentaban, generalmente por la noche, no sé bien qué. Creo que eran fragmentos de El Capital, de Marx, o de comentarios sobre Marx.

PREG.: Si Usted asistía.

CONT.: Que no. Jamás.

El gordo, en realidad, lo tutea. El gordo ominoso, con el cigarrillo que no se desprende de la boca, las solapas regadas de ceniza, lo tutea; pero después sus gordos torpes dedos —Si/Us/teda/sis/ti/a— lo tratan de Usted.

No, no asistía. No era amigo de ellos, no estaba en sus cosas, sólo inquilino. Inquilino por cuenta de otro. Inquilino para hacer el amor a pleno empleo allá arriba, su cuerpo desnudo contra el cuerpo de Ana, oyendo desde la cama los chillidos de ese pájaro extraño en bata blanca y cordón negro a quien llamaban El Judoka, los golpes de los ejercicios en las baldosas del patio o la lectura como lluvia o las discusiones como pequeño granizo contra la ventanita del altillo, Amor. No, no asistía.

PREG.: Si recibía instrucción del profesor de Judo.

CONT.: No, tampoco. Nunca.

PREG.: Cómo explica entonces lo que dice el parte policial, que en la parte pertinente se lee.

El parte: "Todos los ocupantes de la casa recibían lecciones de judo, con la sola excepción de Ana Matonte. El nombrado Martín Quintana reconoce haber colaborado en las demostraciones que se hacían en el patio, para enseñanza de los demás sediciosos..."

—Ah, eso fue otra cosa: El Lance de Rueda sobre el Hombro...

CONT.: Que una vez, precisando el yudoca (y el gordo lo puso así, por más que él le deletreó que se escribía judoka), es decir, el profesor de judo, una persona de mayor estatura que él pero de menos peso, fueron a buscarlo al altillo, para pedirle que colaborara en una demostración. Que no viendo nada de malo en ello se pres-  
tó a colaborar y efectuaron un ejercicio llamado El Lance

de la Rueda sobre el Hombro. Que a raíz de ello quedó muy dolorido y recuerda haber dicho a los ocupantes de la casa, a quienes ni siquiera conocía por sus nombres, que no volvería a prestarse para semejantes pruebas, porque su físico no estaba preparado para resistirlas. Tampoco esa vez habló con el profesor de judo, de quien asimismo ignora el nombre...

El gordo parece querer ayudarlo. Lo escucha por detrás del humo del cigarrillo y de pronto alza una mano: Basta. Entonces echa los gordos dedos sobre el teclado y safe todo junto lo que él ha dicho en mayor número de frases y por separado. Se lo lee. ¿Es así? Es así.

Después, por un día, no pudieron hacer el amor, porque a él le dolían los testículos, a causa de los manotazos y apretones del judoka. Sí, esto no tenía por qué decirselo. Pero ya el otro día se le apareció en el recuerdo, él largamente acostado sin almohadas y Ana bailando desnuda, en circulitos casi suspendidos apenas apretados por su sexo de mujer, encima de él y de su aparato convaléciente pero bien erguido. Tampoco ella bailaba propiamente, no era una prueba de fuerza ni de gracia, no era ninguna suerte de judo ni de ballet, no era el lance de la rueda sobre el hombro ni un pas de deux: era el amor, una prueba de amor y si la quisiera mencionar púdicamente, si tuviera que contársela al gordo, si fuera necesario describirla para obtener la libertad de los dos lo haría llamándole entonces el Lance de la Rueda sobre el Pubis. Sí, ése sería el nombre más recatado, más decente, más esquivo, más gracioso: La Rueda de... pero ellos le llamaban El Caballito Gris, porque ella saltaba y trotaba sobre el sexo erecto de él, aunque no se le pasara por la cabeza irse Paraparís. Solamente quería trotar y bajarse en el momento preciso, mientras él también sacaba, escurría hacia abajo su sexo en el segundo del espasmo, regando sus piernas, las sábanas, donde después quedaba la memoria de aquellos lamparones de albúmina como almidón, como planchado y viejo, como amarillo y seroso endurecido: El Caballito Gris.

—Mire, supe que se llamaba El Judoka porque él en

el patio, cuando explicaba los ejercicios, hablaba en tercera persona y se llamaba a sí mismo El Judoka: y yo lo miraba desde la ventana del altillo.

Sí, lo miraba desnudo mientras Ana, también desnuda desde la cama extendía la pierna izquierda, sus piernas son bien largas, y con el dedo gordo le seguía la raya del trasero y le hacía cosquillas, como llamándolo de nuevo, era el amor, y él tenía miedo de no poder y, al mismo tiempo, si no volvía, miedo de soltarle la risa al Judoka desde allá arriba. Pero esto tampoco se lo contó.

PREG: Si sabe que hubiera armas en la casa, si las vio alguna vez.

CONT: Que no, que no sabe, que jamás vio ninguna.

PREG: Si fue objeto de torturas en la Jefatura.

Para darse fuerzas habría querido pensar en algo. ¿En qué... ¿En los textos a medio aprender, "IASHA (besándola) ¡Bomboncito! Claro está, toda muchacha tiene que cuidarse, y lo que menos me gusta es que una muchacha sea de mala conducta"... ¿Y ella? Ella decía "(DUNIASHA) Yo lo amo apasionadamente: usted es un hombre instruido, puede hablar de cualquier cosa"... pero el juego no servía: ¿dónde estaría ahora ella, dónde estaba él que ni se llamaba verdaderamente Iasha ni era un joven instruido? Escaparse del olor a orines (alguien había meado todos los rincones de la celda, alguien había defecado de miedo o de necesidad en alguna esquina, todo eso subía contra su cuerpo acostado en el piso, el piso duro, portland más que baldosas, el piso que olía a encierro y a humedad más que el del altillo, a orines y excrementos como no olía el del altillo). También tuvo trece años, hace cinco: trece años, hace cinco, echado en otro sitio, siesta, la pieza grande de aquella vieja estancia, la pieza casi vacía, un tocador con palangana floreada para lavarse la cara, una cama de perillas altas, torneadas, el mosquitero arriba, plegado como un traje de novia para salvar un charco. La siesta: y la chiquilina, en la bicicleta que acababan de traerle, empezó a dar vueltas por la veredita de ladrillos, alrededor de la casa. Una vuelta, otra vuelta: pasaba, volvía a pasar, cada vez más

flotante, tendría diez años, hija del dueño, ¿cómo se llamaba?, cada vez más vaporosa, más ingrátida, diez años u once, ya tenía un llenado mórbido en las formas del busto, pasaba —a la altura del antepecho de la ventana, la casa antigua— como si fuera sentada en el aire, con un fondo relampagueante de campo en su traje blanco, con reflejos color cobre, color ocre, color morado, color naranja, siempre sentada en el aire, como en una calesita fantasmagórica, que empezaba por soltarle la cabellera ¿una cabellera color naranja, color rojo, color cobre, cómo se llamaría, quién era? siempre sentada en el aire y la ventana empezó a devolverla como a intervalos, como a distintas horas del día, como a distintas edades de la mujer, como un sueño de las ganas del chico acostado: cada vez con menos ropa, cada vez más luz en sus mejillas, ahora ya los pechos flameando, las dos puntitas, siempre sentada en el aire. Fue cinco años antes del Caballito Gris y fue el día en que su sexo se levantó por primera vez sobre su cuerpo yacente, su cuerpo de huésped, su cuerpo vestido. Ahora, desde el piso con tufo a orines volvía, la calesita estaba desnudándola cambiándole la cara era Duniasha ¿sería Ana?, era Ana y ahora Ana se desnudaba y empezaba a vivir por su cuenta, proponía las poses de su cuerpo y era doloroso, desde aquel piso con olor a orines, seguirla cuando saltaba desnuda, en la suerte final del Paraparís Paraparís Parap y paraba y se desmontaba porque ya él... pero las ruedas de la bicicleta sisean cada vez menos en el recuerdo hasta que, en algún recodo de la memoria, acaban por desaparecer. Y la casa misma, ¿la vieja estancia de Quién?, va a ser devorada. Se abren ventanas, ventanas en esa pieza en que el muchacho huésped de trece años está acostado y masturbándose y ha dejado de ver una bicicleta que ya no pasa, tripulada por una niña que ya no existe, se abren más y más ventanas y desde ellas, como bocas, los muros van a ser sorbidos hasta que el aire vuelva a ganarlo todo y el aire sea la nada. Es como si unas paredes esponjosas crujiesen y se desmontaran dentro de otras que permanecen —¡bien, Oscar!— y reclaman todo el estre-

cho escenario disponible, las paredes de la celda en que él está, tirado en el suelo, ya no imaginándose que es un adolescente y que por una ventana pasa una niña en bicicleta y vuelve a pasar, como sentada en el aire, mientras él se baja solo, y por primera en su vida, del Caballito Gris, se baja solo y el caballito se derrama desangra entre sus manos crispadas, la niña ha acabado por desnudarse y ser una mujer y llamarse Ana y acostarse y hacer el amor y bajarse del Caballito Gris y no ser nada. La casa de Quién ha acabado por demolerse espontáneamente, como sólo con el mucho tiempo se demuelen las casas, Siglos si son Palacios de los Ricos, y ya no hay más que una celda oliendo a orines, a orines y a mierda de otros, y un muchacho tirado dentro de esa celda, un muchacho preso, un muchacho que ahora está a punto de echarse a llorar, muerto de lástima por sí mismo, pronto a llorar de lástima, sí, sólo de lástima, sin pensar para nada en La Injusticia.

—Bueno, espere, no escriba. No sé si puede llamársele torturas.

En las primeras horas de la noche se oían gritos y música y palmadas a compás y tipos que gritaban acompasadamente ¡Twist-twist-twist! y cada poco un grito, un grito horrible, ahogado, que desataba como una catarata de otros gritos: "Las prostitutas del encarcelamiento femenino", acota el gordo, como si fuera un entendido en la cosa; dice Las Prostitutas, no Las Putas, precisamente para que aquello parezca el dictamen de la experiencia. Y otra vez Twist y las palmadas, ¿aplausos sádicos? y otra vez el grito ahogado y horrible que parecía de hombre, ¿tal vez de Carlos?, y los chillidos que parecían salir desde una jaula, que parecían brotar desde mujeres. Pero después eso pasó y el silencio. Imposible saber la hora, la hora allí, la hora desde el piso: ¿las tres, las cuatro de la mañana? Y entonces sí, habría jurado que era la voz de Ana, ¡la conocía tan bien!, la voz de Ana y la de un tipo que le pedía que le mandaba que Se Dejara; y Ana gritó ¡Mamá, Mamá!, con una voz ahogada y era en la celda contigua, parecía ser, él se pegó al muro, arañó la

pared sudada, acaso los orines, no sentía ya sus manos, y oyó golpes y forcejeos y resuellos y un silencio, un silencio que le pareció eterno, ¿por qué Ana no seguía llamando a su madre? y al final la misma voz del tipo diciendo Buenas Noches, el violador se retiraba en triunfo y cortésmente; y la voz desalentada, exprimida, rota vencida desanimada solitaria de Ana contestando Buenas Noches.

—No pasó, dice el gordo. Nada de eso ocurrió. Tranquilícese ahora. Le pasaron una grabación. Tienen esas cosas... ¿A que fue un rato antes de venir a buscarlo para declarar?

—Sí, sí, fue un rato antes.

Y declaró ante el Comisario y dijo todo pero no lo de la voz de Ana ni las Buenas Noches Violadas de Ana ni los gritos del twist ni los chillidos de las putas y lo volvieron a la celda y cayó en una especie de sopor y ya no pudo pensar en Ana como si fuera la muchachita de la bicicleta ni la amazona del Caballito Gris; era como si fuese una de las putas del encarcelamiento allá arriba y los orines y la mierda y las propias ganas de orinar y no hacerse encima y la trompada en la puerta y el guardia que lo condujo al excusado y lo dejó allí.

Los dedos del gordo no quieren esperar más:

CONT: Que no, que no fue objeto de torturas en Jefatura. El trato fue correcto.

#### *Preguntada/Contesta.*

DUNIASHA. —¡Si por lo menos me mirara una vez, Iasha! ¡Usted se va, me abandona! (Llora y se le echa al cuello).

IASHA. —¿Por qué llorar? (Bebe champaña). Dentro de seis días estaré de nuevo en París. Mañana nos sentamos en el tren expreso y ¡a volar! Nos esfumaremos en un abrir y cerrar de ojos. ¡Hasta cuesta creerlo! ¡Vive la France! Aquí no estoy a gusto, no puedo vivir. ¡Qué vamos a hacer! He visto demasiada ignorancia, ya tengo bastante. (Bebe champaña). ¡Para qué llorar! Condúzcase decentemente y no tendrá que llorar.

DUNIASHA. (Se empolva, mirándose en un espejito). Mándeme una carta desde París. ¡Porque yo lo he querido, Iasha, lo he querido mucho! ¡Soy un ser delicado, Iasha!

PREG: Dónde conoció Usted a Martín Quintana.

—Bueno, dijo ella, con una garrulería que el comisario no podría seguir. Entramos juntos como partiquinos...

—¿Como, parti... qui?

—A mí me llevó Oscar, el director del grupo escénico en que Martín y yo trabajamos. Y antes había sido —Oscar, no Martín (sonrió ante la idea imposible de que el muchacho lo hubiese sido)— mi profesor en la Escuela de Arte Dramático. Y allí, cuando yo llegué, estaba ya Martín. No sé si a Martín lo habría traído también Oscar. Seguramente sí. Todos estábamos allí elegidos por Oscar... él y yo y todos. Al principio sólo hacíamos bocadillos.

—¿Bocadillos de qué?, semibromeó, semiignoró, semiintuyó el comisario.

—Bocadillos... se llaman así. Partes mínimas, una o dos palabras en el texto, en toda la representación. O a veces ninguna. Pasar nomás. O golpear las manos entre cajas o sentarnos en rueda, cuando nos fuimos para El Circular.

Ella pensó que el sujeto podía tener (creyó leerla en sus ojos) cierta curiosidad: Dígame qué textos, para precisar si era literatura subversiva. Y lo atajó:

—Shakespeare, Rey Lear. Pero allí no decíamos una sola palabra, éramos comparsas, nada más. Ahora sí: ahora estábamos ensayando El Jardín de los Cerezos y éramos Iasha y Duniasha, dos papeles menores pero muy lindos. Nos amamos. O, mejor dicho, yo lo amo a él y él simplemente pasa, está un tiempo allí, sueña con volverse a París y finalmente se vuelve. Él pasa...

—¿Pasa por dónde?... ¿y para qué quiere irse a París?

—No, no, hablo de la pieza (y el otro, ¿podría llevar su torpeza hasta creer que la pieza era el altillo?)...

hablo de Chejov, de la comedia. El personaje que él hacía quiere irse a París, él, Martín no...

Sonrió: en El Caballito Gris era ella la que tenía que irse Paraparis Parap y aquí al contrario. Sonrió. El comisario vio, interceptó la sonrisa.

—Bueno, hábleme solamente de lo que yo le pregunte. Y escribió:

CONT: Nos conocimos en la compañía teatral en que los dos trabajamos.

PREG: Cómo obtuvieron el altillo en que vivían, por medio de quién y qué vinculación tenían con los otros moradores de la casa.

El comisario ya sabía que ninguna vinculación ("Estos monos se la pasaban cogiendo") en tanto ella no podía imaginarse que Martín estuviera, ahora mismo, rasgando una pared porque a ella la violasen, buenas noches.

—Bueno, el altillo lo consiguió Oscar. Oscar conoce al dueño de casa, ese Carlos, que también es actor... pero yo nunca lo he visto en el teatro...

—¿Oscar cuánto?, preguntó él.

Ella se lo dijo.

—Ah, sí, dijo el comisario, dulcificándose repentinamente. Es el que habló conmigo esta mañana. (¿Habría venido con alguna tarjeta? Por la expresión del comisario, parecía que fuese una Recomendación/muy/buena). El mismo que a mediodía les trajo las milanesas y las frutas... ¿no?

CONT: Lo obtuvieron por medio de un amigo y no tienen ninguna otra vinculación con los dueños de la casa, ni su amigo —al que por eso mismo no desea nombrar— tampoco.

Supo esta frase recién después en el Juzgado. ¿Que ella prefería no nombrarlo? Ella no dijo eso: Si es tan bueno...

Pero el declaracionista del Juzgado sigue leyéndole, sin detenerse en los detalles. Esta flaquita es una náufrega, al fin de cuentas... ¿a quién puede interesarle tanta cháchara?

*En este país, uno tiene siempre un amigo...*

—Sabés —dijo Oscar— tiemblo de pensar cómo podríamos haber caído todos. Porque la misma tarde del domingo en que los allanaron —sí, ayer mismo— pensábamos ir a pintarles las paredes del altillo. Y era idea mía: Nora iba a llevar unas masas y los muchachos vino y, claro, los pinceles y la pintura y todo eso. Íbamos a pintarles todo el altillo y a ellos mismos, a lo mejor, si el vino se nos venía encima y los agarrábamos desnudos. ¡De la que nos salvamos! Nora se enfermó y lo dejamos para el domingo que viene. Ni les avisamos. Total, ¿qué les importa, si están acostados hasta que uno llega y les golpea la puertita del altillo y te dicen que esperes, como si tal cosa? Siempre los sorprendés cuando Terminan de o cuando Van a...

—¡Que les dure!

—Sí, que les dure: la juventud y el líquido elemento. (Estaba consiguiéndoles simpatía, habría que pedir por ellos en seguida).

Tant que ça dure... ¿En qué estábamos?...

—En las masas.

—Sí, pero las masas del Ombú, no las de Lenin.

Bueno: íbamos a llevarles masas y vino y a pintarles la pieza con las caritas pop de la revista de Casa de las Américas y monigotes tomados de Cuevas y personajes de historietas, Popeye y Olivia y collages de diarios y de programas de teatro y motivos sicodélicos...

—Y falos.

—No, eso es lo único que abunda en la pieza. Queríamos paisajes y caras y cosas. Pero Nora nos salvó a todos sin querer... Porque como esa tarde no teníamos función nos habríamos quedado tomando vino y habrían llegado los Marcianos y quién los convence después...

—Che, qué linda escena, los dos animalitos fornicando como animalitos y los marcianos que llegan...

—Como animales mayores.

—Qué linda escena. (Sonrisa, entonación profesio-

nal). Bueno, yo te hago una tarjeta para el Director de Investigaciones. O pará, mejor lo llamo por teléfono. Pará: ocho noventa y cinco once. ¡Si habré llamado de veces!...

### *El último cigarrillo*

El guardia lo condujo al excusado y se quedó esperándolo afuera. Y dentro del excusado —¿olvidado por algún otro guardia?— estaba el hombre de las mejillas mojadas oreándose, el hombre que parecía haber llorado.

Un turista argentino, preso por una delación errónea, habló para un tabloyd de la tarde, ese mismo que ahora han clausurado. Me sacaron de la pieza del hotel a empujones y sin explicarme nada de nada. ¿Para qué? Mi mujer estaba encinta y este lío le ha costado un aborto. A mí me tuvieron sin comer ni darme agua, en una celda inmundada, solo, incomunicado, desde donde oía los gritos de la gente que era torturada. No me dejaban saber nada de mi mujer y a mi mujer se negaron a confirmarle que yo estuviera allí. Hasta que intervinieron funcionarios de la Embajada Argentina y me largaron, sin pedirme siquiera disculpas por el error cometido. Díganle al Ministro de Turismo que me llevo un gran recuerdo para contar en Buenos Aires. Eso sí lo han conseguido. Y que le devuelvo y agradezco sus bonos y sus vales de nafta. Si los tratan como a mí, van a venir muchos turistas a disfrutar de estas hermosas playas... Y por último, únicamente quiero expresarle, por intermedio de ustedes, mi gratitud a un muchachito que no sé cómo se llama, y que debe ser —por su comportamiento— uno de los innumerables. Lo encontré en el excusado de la cárcel de Policía y le pedí un cigarrillo. Sacó uno: Es el único que tengo, me dijo. Quise que se quedara con él. No quiso. Quise que lo compartiéramos por mitades. Tampoco quiso: insistió en dármelo. Pero no teníamos fuego: a mí me habían quitado el encendedor, a él no le habían dado tiempo de traer fósforos. Después un car-

celero se apiadó de mí, viéndome junto al chico cuando salíamos de los baños, y me dio fuego. Escriba que le agradezco a ese chico anónimo su gesto de generosidad. Fue lo único que en esas horas me reconcilió con este país de ustedes, que va tan mal. Que le agradezco y le deseo buena suerte.

El hombre de las mejillas mojadas oreándose se llevó el cigarrillo a los labios y el cigarrillo temblaba en su boca.

No, no era que se hubiese mojado las mejillas: es que había llorado. Llorado por su mujer, por él mismo, como yo horas antes. Llorado: yo le llevaba la ventaja de haberlo hecho antes, antes de que hubieran violado a Ana, antes de que me hubiesen querido poner una capucha, para hacerme creer que me aplicarían la picana en vez de tomarme declaración. Antes. Volví a la celda más tranquilo. Ana tal vez dormía y yo tenía fe en que de aquella cosa horrible no iba a quedarle un hijo. Me tiré en la celda y empecé a pensar en mi abuelo materno, que decía que en Italia entraba en una cueva hasta que se le apagaba la vela y había que detenerse porque aquella era la señal de que empezaba a faltar el aire; era seguramente una idea traída por el encendedor del guardia contra la cara mojada del tipo que había llorado. Estaba por dormirme y alguien dijo, dentro de mi cabeza: No era una cueva, animal, era una catacumba. Era la voz de mi padre, pero pensé que por suerte estaba muerto y esos hijos de puta no podrían torturarlo.

—Bueno, le dije, hablé solo en la celda. Es lo mismo. ¿Qué es una catacumba?... Una cueva con calaveras de cristianos.

—Como ésta, dijo mi padre.

### *Imagen del mundo*

Y ahora te digo, Oscar, que ayer, en la chanchita, cuando viajábamos hacia el Juzgado, tampoco iba Ana pero en cambio iba Carlos y no nos dejaban hablar. Carlos: ni Ana ni El Judoka. Carlos viejísimo, barbudo, muy

diferente: más cerca de mí y de nosotros que nunca. Me miró y me dijo con los ojos, sé que me dijo con los ojos que Ana estaba bien. ¿Cómo lo sabría?

—Y vos —le dije, nunca lo había tuteado antes—. ¿Cómo estás?

Pero el tira que viajaba sentado entre los dos me hizo callar:

—No pueden hablar —dijo—. Todavía están incomunicados. Hizo bien, porque yo después iba a preguntarle ¿Te dieron, eras vos el que gritaba? Se ve que le habían dado, estaba viejísimo, con los ojos colorados y bolsones y una mueca en la cara: se ve que le habían dado. Yo soy bastante lampiño ¿ves? y él muy barbudo. Pero la barba le había crecido más que nunca y su ropa estaba a la miseria y me pareció que de todo el cuerpo le salía un olor ácido que el tira, sentado entre nosotros dos, no podía atajar. Acá, en esto, no estábamos incomunicados. Yo lo volví a mirar, ahora ya estaba seguro de que había gritado, y esta vez la pregunta era ¿Me hiciste quedar bien? y él la entendió y con un movimiento de la cabeza me dijo que sí. Y ahora vos me lo confirmás y es así. Carlos nunca nos daba pelota, pasábamos al lado de él sin que nos mirara, era casi tan artefacto como El Judoka. Pero ahora, te digo, llegaron las bravas y se portó. Aunque haya gritado, se portó. Pobres ¿qué va a hacer Carlos contra la Constitución y qué va a hacer El Judoka contra la Constitución, más de lo que hacen estos hijos de puta que nos llevaban? Pero ahí está: ellos dos presos y estos otros sueltos, laputaquelosparió.

### *Los chichipíos*

El timbre lo hizo saltar del sueño, correr a la ventana, abrirla de golpe a la madrugada, sentir el cachetazo del frío antes de haber acabado de despertarse. Los vio: siete pisos más abajo, en el ruedo luminoso congelado del farol, en la calma absoluta de la madrugada, estaban y lo habían llamado.

Los vio. Tomados de la mano, parias como antes, urgidos como antes: los chichipíos, otra vez los chichipíos. Hacía cinco días que no se acostaban, como cinco días que no comieran o que no tomaran un trago de agua. Peor: cinco días que no existían, que no se encamaban juntos, que no se revolvían desnudos, uno contra el otro, uno sobre el otro. Cinco días infinitos, demasiado para sus cuerpos, demasiado para sus manos: por eso se las tomaban, seguramente se las apretaban a latidos. Iasha y Duniasha. Los vio. Debajo del farol, cuajados en la luz, los rostros vueltos hacia aquella ventana que conocían, las manos —la izquierda de él, la derecha de ella— crispadas contra el tiempo, contra el mundo, contra los tiras y los milicos, contra el deseo impostergable de pasárselas por los pechos y las ingles, lamiéndose, jadeando, saltando. Iasha que no se había marchado a París pero acababa de salir de la cárcel, Duniasha que no había sido violada ni sería abandonada mientras pudieran seguir amándola en cualquier cama de cualquier rincón del mundo. Y esta noche, ya no podían más, habían elegido la cama de él, la de ese adulto entredormido que los miraba desde la ventana de un séptimo piso. El Caballito Gris. La prisión no les había dado ideas, sólo les había dado más ganas.

—Oscar —dijeron desde el redondel helado del farol.

Y Oscar:

—Esperen. Ya bajo.

Sabía que después de tomarse con ellos un vaso de vino y escucharles la historia, tendría que irse. Irse y dejarlos allí, para que se amasen con el hambre atrasada de cinco días, que son más de cien horas.

Porque ellos solamente habían dicho "Oscar" pero él oyó, entendió, Vení, bajá, abrí, andate, dejanos esta noche tu pieza.

SE TERMINO  
DE IMPRIMIR EN LOS  
TALLERES GRAFICOS LUMEN  
S.A.C.I.F.  
CALLE HERRERA 527  
TEL. 21 - 4043  
BUENOS AIRES  
REPUBLICA ARGENTINA  
EN EL MES DE  
NOVIEMBRE  
DE MIL NOVECIENTOS  
SETENTA Y UNO

**SIGLO XXI ARGENTINA**  
Editores S.A.

**George Rude**

La multitud en la historia

**Maurice Dobb**

Estudios sobre el desarrollo  
del capitalismo

**Stanley Moore**

Crítica de la democracia  
capitalista

**Darío Canton**

La política de los militares  
argentinos: 1900-1971

**Karl Marx**

Elementos fundamentales para  
la crítica de la economía política  
(Grundrisse)

**Gene Marine**

Los Black Panthers

**Georges Canguilhem**

Lo normal y lo patológico

**Quino**

A mí no me grite

**Jacques Derrida**

De la gramatología

**M. Fichant - M. Pécheux**

Sobre la historia de las ciencias

**Noe Jitrik**

El fuego de la especie